

LA MALDICIÓN
DE LOS

W Perck

VOLUMEN I

La Batalla entre el Amor y el Odio



Valéria Lopes por el espíritu Andorra



La Maldición de Los Werck

Volumen 1

La Batalla entre el Amor y el Odio

Valéria Lopes

por el Espíritu Andorra



Copyright © 2016 por Piu Books LLC
1ª Edición —Marzo el año 2016

Editorial Piu Book

4700 N.W. Boca Raton Blvd, Suite 202
Boca Raton, Florida, US —Zip 33431

Visite nuestro sitio web	www.piubook.com
Disfrutar de nuestras páginas	www.facebook.com/piubook www.instagram.com/piubook www.twitter.com/@piubook
Póngase en contacto por e—mail	pb@piubook.com

Preparación, edición y corrección: Rosana Lopes
Traducción: Débora Zoletti y Luisa Perissé
Tapa del libro: Maíra Lopes / Family's Design

Libro traducido del original en portugués “A Maldição dos Werck —Entre o Amor e o Ódio” publicado por la editorial PiuBook en 2016.

Información de Catalogación de Publicaciones

Lopes, Valéria	
La Maldición de Los Werck —Volumen I: La Batalla entre el Amor y el Odio / Valéria Lopes. —1ed. —Flórida: Piu Books LLC, 2016. —(La Maldición de Los Werck, v 1).	
ISBN 13: 978—1—944737—04—7 / ISBN 10: 1—944737—04—9	
1. Espiritismo 2. Psicografía 3. Novela espírita I. Lopes, Valéria II. Título III. Serie.	
CDU: 133.7	CDD: 133.9

Índice del catálogo sistemático:

1. Novela espírita: Espiritismo 133.9

Se prohíbe reproducir, almacenar, o transmitir cualquier parte de este libro en manera alguna ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto in el caso de citas cortas para críticas. Para recibir información entre en contacto con la editora Piu Books por e—mail.

Todos los derechos reservados esta edición por Piu Books LLC

Introducción

Todo sucedió en 1510, en una pequeña ciudad, un pueblo, ubicado al sur de Francia. Dicen los ancianos que el amor y el odio son dos sentimientos que caminan en líneas paralelas y que están muy cercanos uno al otro, pero nunca se encuentran. Es justo sobre esos dos sentimientos que está basada la historia.

Estábamos en los tiempos de la Inquisición y, en esta época, en nombre de Dios sucedieron las mayores barbaries del siglo. La matriarca de la familia Werck, señora Elizabeth, llevada por el prejuicio social, fraudó una falsa denuncia de brujería, como un intento de acabar con el amor de su primogénito, Néstor, por una campesina llamada Helen. Elizabeth había planeado todo meticulosamente y antes de realizar la falsa denuncia junto a la Iglesia Católica envió a su hijo, Néstor, a París para que tratase de negocios familiares. De esa forma, podía llevar a cabo con tranquilidad su maldoso plan.

La bella Helen tenía solamente 17 años cuando sucedió todo. Los curas, representantes de la Iglesia Católica y fieles a los colaboradores más adinerados, no se preocuparon por investigar la veracidad del caso. Debido al hecho de que la familia Werck era una de las más ricas y prestigiadas familias de Francia, la Iglesia, en nombre de Dios, condenó a Helen a la muerte en la hoguera. Durante el juicio el cura inquisidor calumnió, torturó y mató a todos los familiares cercanos de la niña, en el intento de que confirmasen la monstruosa mentira de que era una bruja. Después de todo, sin la confesión de los familiares, la alegación para la condenación a la pena capital fue el simple hecho de que Helen poseía un gato negro como mascota. Esta fue la prueba más convincente que tenían en su contra. Sin embargo, estos eventos generaron reacciones extremadas y sobrenaturales en el momento en que el espíritu inmortal de la acusada se encuentra dividido entre el amor y el odio en la vida de todos los involuacrados.

Capítulo 1 —Cuando Empezó Todo

Diecinueve de febrero de 1510. Estábamos al final de la tarde y el cielo, cubierto de nubes negras, anunciaba la tormenta. Todos estaban en la plaza esperando el gran momento del día. Unos eufóricos y otros tristes. Con los brazos atados y los ojos cubiertos, la condenada esperaba la sentencia, un fin que todos ya conocían. La niña sería quemada viva en plaza pública para servir como ejemplo al pueblo, para enseñarles a todos cuál era el destino de los que adoraban a otro Dios diferente al de la Iglesia Católica.

Elizabeth estaba allí y demostraba un pequeño arrepentimiento. Su intención era solamente alejar a Helen de su hijo y no matarla. No pensó que sus acciones la llevarían a la muerte y también a toda su familia. Pero ahora era tarde, no podía hacer nada más. ¿Cómo explicaría las pruebas que había forjado?

Solo rezaba, le pedía a Dios que la perdonase, pues esa no era su intención, no quería que la niña muriese. Si había cometido un pecado, había sido por amor de madre. Dios la comprendería y la perdonaría. Pero Elizabeth se olvidó de un detalle: pedirle perdón a Helen.

Cuando llegó el cura inquisidor, ordenó que encendiesen las antorchas y empezase la condenación. En ese momento, gritó Helen:

—Quiero pedir algo. ¿Lo puedo?

El verdugo miró al cura, esperando una respuesta.

—Sí —contestó el inquisidor —y espero que te arrepientas de tus errores.

La niña no contestó. Pidió que le sacasen la venda de los ojos. Quería morir mirando a cada uno de los torturadores y a los responsables de acabar con la vida de una joven inocente. Con el permiso del inquisidor, el verdugo subió al tablado de roble y arrancó la venda de los ojos de Helen. Sus ojos negros flameaban de odio. Miró a cada una de las personas presentes en aquel momento y buscó en todas una mirada de piedad, pero no la encontró. Todos creían que era culpable, con excepción de un cura de edad avanzada y espaldas arqueadas. Sus ojos dejaban claro que creía en su inocencia. Él era el viejo cura del pequeño Pueblo y por eso, la conocía muy bien. Intentó más

de una vez ayudarla, pero, por su edad avanzada, la gente le hacía oídos sordos. La actitud fría y deshumana de todos los presentes en aquella plaza aumentó el odio de Helen.

Nadie la consiguió salvar, tampoco el cura que la conocía desde antaño. Helen no entendía el motivo de esta gran injusticia. Siempre adoró a Dios y nunca, jamás cometió ningún crimen o acto que no estuviese de acuerdo con lo que enseñaba la Iglesia Católica. Se confesaba siempre. Su único error fue amar a Néstor más que todo.

Cruzó la mirada con Elizabeth en la muchedumbre. Intentó desviar la mirada pero no consiguió. La mirada de Helen era fulminante. Elizabeth sintió la intensidad del odio penetrando profundamente su cuerpo y su alma. El remordimiento que sentía la hizo llorar. Helen, sin embargo, no desviaba la mirada y empezó a hablar en voz alta, para que todos la escuchasen:

—¡Volveré! ¡Seguro que volveré! Me vengaré de todos. Si soy bruja como dicen, volveré en nombre del demonio.

Las llamas subían por sus piernas, su grito era alucinante, pero sus ojos seguían abiertos, mirando a todos con odio. Cuando reunía fuerza, gritaba de dolor y odio a la vez. Aunque Néstor no estuviese presente, le dirigió sus últimas palabras.

—¡Te quiero! ¿Dónde estás? Llega pronto. Quiero morir mirándote.

Y, suplicando de agonía, dio un enorme grito, pronunciando su nombre.

—¡Néstor!

Los allí presentes en la plaza jamás se olvidarían de aquella mirada. Estos momentos estarán para siempre en la memoria de todos que asistieron aquella terrible escena. En aquel momento, todos, de alguna manera, se sentían culpables por no hacer nada, unos por ayudar en la condenación de la joven y otros por sentir placer al asistir a alguien quemándose vivo.

El sufrimiento de Helen terminaba, su cuerpo ardía en fuego y la única cosa que se podía ver eran sus ojos, que, por obra de Dios o del demonio, estaban vivos y abiertos.

Su cuerpo parecía una antorcha cuando surgió un caballero gritando por ella. Era Néstor, que había oído de un amigo en la corte sobre el destino de Helen. Con lágrimas cayendo por la cara, galopaba a gran velocidad. Desesperado, oraba y le pedía a Dios que llegase a tiempo.

—¡Helen, mi amor, espérame! ¡Helen!

El desespero era tanto que no percibió que ya era tarde. Sin aliento, se bajó del caballo y corrió hacia la hoguera y, solamente en este momento,

percibió que sus esfuerzos no servían para nada. Solo hubo tiempo para ver los ojos negros de Helen todavía abiertos, mirándolo, como si estuviesen esperando su llegada para que después se cerrasen para siempre.

Helen partió, dejando a cada uno de los presentes un enorme sentimiento de culpa. En el corazón de Néstor, el vacío jamás será sustituido por otra persona. En aquel momento, todos estaban seguros de que se habían omitido y permitido que sucediese la tragedia. Por miedo o inseguridad, se sentían criminales y los gritos de Helen aún resonaban en sus oídos con la promesa de volver un día.

Se desató la tormenta y la gente buscaba guarecerse en zonas techadas. Con la lluvia, se apagó la hoguera y Néstor se acercó, intentando unir lo que restó de su amada. Había mucho dolor en su mirada, estaba aturdido con lo que veía, no podía creer que nada más existía de la mujer que tanto había amado, solo restaban sus ojos intactos, como si aún estuviesen vivos y lo mirasen.

Néstor se alejó. Aquella mirada no era de Helen. No reconocía aquella expresión facial. Tenía memorias de una mirada dulce y tierna que reflejaba amor, y no aquellos ojos de odio. Elizabeth, que asistía la escena, se acercó a su hijo intentando aliviarle la pena, como si también sufriese con la tragedia. Cuando percibió la cara de terror en el rostro de Néstor, le preguntó asustada:

—¿Qué pasó?

Observando los ojos de Helen, él dijo:

—¡Mira! Sus ojos no quemaron.

Elizabeth, petrificada, empezó a gritar para que todos fuesen testigos:

—¡Miren! ¡Miren! ¡Era realmente bruja! ¡Solamente una hechicera puede hacerlo! ¡Miren! ¡Acérquense!

En este momento, un rayo cayó en la plaza. El pueblo se asustó y corrió a casa. No querían ver nada más y temían por las últimas palabras de Helen: volvería para vengarse.

Elizabeth puso las manos en los ojos de Néstor para que él no viera más y dijo:

—Ven, vamos a casa, no hay nada más que podemos hacer.

Néstor se puso la capa, recogió las cenizas del cuerpo de la que un día había sido su amada y dijo que si ya no podía tenerla en cuerpo, la tenía en cenizas para que fuesen sepultados juntos cuando él también muriese.

Elizabeth se puso horrorizada con lo que escuchó de su propio hijo.

—Eso no lo puedes hacer, Néstor. ¡Es sacrilegio! No, Néstor, ¡no llevarás

las cenizas de esta bruja! Los curas nunca lo permitirán, además, ¡serás considerado hereje y te castigará la Iglesia!

—Mamá, por favor, nadie lo sabrá. Con esta tormenta que se nos cae, pensarán que las cenizas de Helen se las llevó la lluvia. Y usted se callará y no gritará así como loca. Además, dígame, usted no creía que Helen era realmente una hechicera, ¿no? Sabe muy bien que todo no pasó de una farsa. Usted conocía muy bien a su familia y sabía que eran todos muy religiosos. Solo no puedo entender el porqué de toda esta historia, ¿qué beneficios gana la gente con esta injusticia?

Elizabeth le pidió que se callase. No quería oír nada más. No podía más, su conciencia la consumía. Quería olvidar todo lo que sucedió.

—De acuerdo, Néstor. No contaré tu secreto. Solo te pido que pongas las cenizas en cualquier lugar, pero no en nuestra casa. Por favor, hijo.

Al decirlo, se marchó. Estaba mojada, sentía frío y eso no era bueno para su salud pues ya tenía la edad avanzada. Dejó a su hijo solo, cargando el peso en su alma. Caminó despacio, intentando no recordarse de cuánto era culpable por verlo en aquella situación lastimosa, en el medio de la plaza pública como un niño perdido sin saber qué hacer de la vida.

Mientras caminaba, percibió, por el dolor que sentía Néstor, que le había arrancado el corazón del pecho y que jamás la perdonaría si supiese que había sido ella la que había causado la muerte de Helen y de toda su familia. Ese pensamiento aumentaba su pesar, pues Néstor era su hijo querido, predilecto, en quien había depositado toda la confianza en el futuro y en la riqueza de la familia.

Elizabeth tenía más tres hijos: Isabel, la mayor, que estaba embarazada cerca de dar a luz y felizmente casada con su marido, un joven de la corte francesa. Louiza, la benjamina, era soltera y tenía la salud debilitada. Nació con un problema que la dejaba siempre anémica. Necesitaba muchos cuidados médicos y era la más sensible de la familia. Para compensar la mala salud, demostraba una bondad y una fuerza interior muy grandes y, sin saber, era la que más ayudaba a todos en la casa. Sebastián, el tercer hijo, era aún un chico, pero se sentía como un hombre y ya demostraba ser arrogante, prepotente y envanecido. Creía que todas las chicas lo admiraban y se enamorarían de él de inmediato. En realidad, era un tonto. Por fin, el marido de Elizabeth se llamaba Damastor, que también tenía edad avanzada. Estaba muy enfermo, apenas salía de la cama. Louiza era la hija a quien Damastor más amaba.

Isabel, que quería que su hijo naciese en París, pasaba unos días con su

familia. En la tarde de la condenación de Helen, Isabel no se sentía bien y, por ese motivo, no fue a la plaza. Prefirió quedarse en casa con el padre, Damastor, la hermana, Louiza y el hermano, Sebastián.

Cuando se desató el temporal, Isabel empezó a sentir fuertes contracciones e inició la labor de parto. En aquel momento, en la parte detrás de la casa, una mujer que trabajaba en la cocina también estaba casi dando a luz. La casa estaba un lío. La partera del pueblo ya había sido avisada sobre el parto de la cocinera y estaba en la casa de la familia por ese motivo. Sin embargo, Louiza le comunicó a la partera que también tendría que hacer el parto de la señora Isabel. Por alguna razón su niño se adelantaba y estaba listo para nacer.

Elizabeth entró al castillo y percibió el desorden: los sirvientes subían y bajaban las escaleras con prisa. Le preguntó a uno de ellos, con la voz cansada, qué pasaba, mientras sacaba el sombrero y la capa. Una sirvienta que bajaba las escaleras contestó:

—Es su nieto, señora, tiene prisa, quiere nacer antes del tiempo.

—Pero, ¿cómo? El niño era para el mes de abril, aún es muy temprano para que nazca.

Cuando pronunciaba estas palabras, se puso los pelos de punta, como si alguien estuviese allí y no pudiese verlo. Miró alrededor como si buscara algo, cuando la sirvienta le preguntó:

—¿Pasa algo, señora? Está usted muy pálida.

—No, no es nada. No me siento bien, solo eso. Lluve mucho. Prepárame una bebida caliente y un baño de pie pues no quiero resfriarme.

Louiza apareció apresuradamente. Seguía el camino hacia la cocina y traía muchas toallas en las manos.

—Louiza, ¿qué haces con tantas toallas?

—Mamá, es que Dasdores, la sirvienta, inicia la labor de parto como Isabel. La partera, pobre, no sabe a quién ayudar. Está en el cuarto con Isabel y yo intentaré ayudar a Dasdores.

De esa forma, Louiza salió rápidamente sin hablar nada más. Al llegar al cuarto de servicio, tan pequeño que no parecía ser un cuarto, encontró a Dasdores pujando. Como ya era posible ver la mitad del cuerpo del bebé, Louiza solo tuvo que tirarlo y sujetarlo en los brazos. Era una niña y lloraba mucho. Louiza se acercó a Dasdores, emocionada, para que la madre pudiese ver a su hija que llegaba a este mundo, eligiendo aquella casa para nacer.

En el cuarto de Isabel, el bebé también lloraba. Elizabeth llegó para ver a su nieto que había acabado de nacer. El parto de Isabel había sido

complicado. La partera no sabía muy bien explicar el porqué, pero estaba segura de que había riesgo de vida para el bebé y que, tal vez, Isabel nunca más pudiese tener hijos otra vez.

La partera les comunicó a todos sobre las dificultades en el parto de Isabel y las futuras complicaciones que podrían existir. Les informó también sobre la salud debilitada del bebé y que, tal vez, él no sobreviviese.

—No tenemos en el pueblo ningún recurso y, con la lluvia, no hay como llamar al médico para que venga. Creo que la única opción será observar al niño durante 24 horas. Si resiste, el riesgo más grande habrá pasado.

La partera les pidió que, en cuanto permitiese la lluvia, le avisasen al médico pues la salud de Isabel también estaba debilitada. Pidió permiso y fue al cuarto de servicio asistir a la sirvienta. Cuando llegó, vio que Louiza tenía una niña en los brazos, y le preguntó:

—¿Qué pasó? No me parece bien.

Y, quejándose, completó:

—¡No es posible que hoy no salga nada bien!

—¿Qué dices? Dasdores está bien. —exclamó Louiza.

—No, Louiza, infelizmente Dasdores está muerta.

Paralizada y sin creerlo, Louiza miró a Dasdores en la cama.

—Pero, ¿cómo es posible? Ha hablado conmigo ahorita, estaba bien. No lo puedo creer, ¡mírala bien!

La vieja partera se acercó al rostro de Dasdores con un pequeño espejo y esperó un rato. Por fin, dijo:

—Está muerta. Definitivamente, muerta. No sé qué pasa. No hay explicación. Todo lo que sucedió en esta casa hoy es, para mí, solamente la voluntad de Dios. Pues nada está normal.

Louiza se quedó boquiabierta con la situación. Estaba con la hija de Dasdores en los brazos, completamente desconcertada. Miraba al bebé y a la madre, sin saber qué decir o hacer.

Louiza pensaba qué decirles a sus padres, pues no podía permitir que ellos dejaran a la niña con cualquier persona, pues había nacido en sus manos y de alguna manera se sentía responsable de sus cuidados.

Mientras tanto, su hermana Isabel ardía de fiebre. Su sobrino, que luchaba para sobrevivir, no consiguió resistir y falleció. Había nacido muy pequeño y delgado. No tenía el peso suficiente o, como dijo la partera, todo había sido obra divina.

Louiza pensaba en las palabras de la partera y tuvo una idea. Tendría que

convencerles a todos de la familia y, si fuese obra de Dios, lo aceptarían.

Estaban todos en el cuarto de estar, consolándose mutuamente, cuando llegó Louiza. En sus brazos estaba una linda bebé: robusta, saludable y enrojecida. Todos se quedaron sorprendidos con la serenidad de Louiza, hasta que ella dijo:

—¿Por qué lloran? Dios nos quitó al bebé pero nos dejó otro. Para mí, está claro que quiere que cuidemos a esta niña como si fuese hija de Isabel.

Todos la miraban, esperando una mejor explicación.

—No es necesario que sepa Isabel. Así, evitaremos que sufra, su salud no está muy bien. Imagínense el sufrimiento de saber que el hijo murió y que nunca más podrá dar a luz de nuevo. Desafortunadamente, la madre de esta niña acabó de morir. ¿Consiguen ver cómo Dios actuó para compensar nuestras pérdidas? Dios sabe lo que hace.

Damastor, que aceptaba todas las voluntades de Louiza, fue el primero a pronunciarse:

—Tienes razón, querida. Como siempre. No sé qué haríamos sin tu equilibrio y sensatez. Pero, hay un detalle sobre el cual no hablamos: ¿qué dirá el marido de Isabel cuando sepa que su hijo murió por falta de recursos? Él no estaba de acuerdo con que Isabel se ausentase de la corte. Temía por su bienestar. Lo mejor que podemos hacer es intercambiar los bebés.

—Nadie más puede saberlo. —añadió Sebastián.

—Dejamos al niño muerto cerca de la cocinera que murió. Diremos a todos que los dos están muertos.

Elizabeth, rápida en sus pensamientos, dijo:

—¿Y la partera? Ella vio a los bebés y sabe que el hijo de Isabel era varón. ¿Y Néstor? ¡No estará de acuerdo!

Damastor complementó:

—La partera no es un problema. Podemos darle un buen dinero y certificarnos de que viva muy lejos de aquí. Con relación a Néstor, no es bueno que lo sepa. Guardamos el secreto entre nosotros. Isabel está inconsciente, su marido no está aquí y no sabe nada. Está todo muy fácil.

A Louiza no le gustó esta conversación. Su intención era ayudar a la niña que ahora era huérfana, ya que conocía muy bien a su familia y sus prejuicios. La idea era salvar a la niña, pero la historia estaba asumiendo proporciones inesperadas. Se consideraba mentir a la gente: a Néstor, a Isabel y a su marido; además de comprar el silencio de la partera. A Louiza no le gustaría mentirle a Néstor, pues conocía a su hermano. Sabía que Néstor aceptaría

cuidar a la niña pero nunca aceptaría una mentira.

—Sugiero que pensemos mejor sobre este asunto. Las cosas no se resuelven de esa manera. Es mejor que le digamos la verdad a Néstor y considerar su opinión.

—¡No! —gritó Elizabeth. —Néstor está transformado por culpa de la muerte de aquella mujer. No está preocupado por la familia ahora. Hay que solucionar esto ya, antes de que los empleados sepan la verdad.

Todos estaban de acuerdo con Elizabeth. Louiza le pide a Dios que bendiga su buena intención pues no quería ningún sufrimiento. Llevaron a cabo el plan: organizaron el velorio de Dasdores y de “su hijo”. Los empleados, juntamente con Louiza, velaron los dos cuerpos.

La lluvia seguía fuerte y el viento soplabá intenso. Elizabeth miraba la ventana, esperando que apareciese Néstor en el sendero utilizado para llegar a casa. Mientras esperaba, se asustó cuando, en la oscuridad de la noche, el resplandor de un relámpago iluminó dos ojos mirándola fijamente.

Dio un grito de horror y se alejó de la ventana, sin desviar los ojos hacia donde la miraban. En aquel horario, ya estaban todos durmiendo en sus habitaciones, pero, con el ruido, se despertaron y corrieron para apurar qué pasaba. Entraron al cuarto de Isabel, pues era de allí que había salido el grito. Al entrar, encontraron a Elizabeth de pie mirando a la niña que reposaba junto a Isabel. El bebé dormía como a un angelito, indiferente a la mirada de horror de su abuela. Todos le preguntaron a Elizabeth:

—¡Dios mío! ¿Qué pasó? ¿Qué es ese grito?

—Dinos, Elizabeth, ¿qué pasó? ¿Por qué estás asombrada? —le preguntó Damastor.

Elizabeth buscó un lugar para sentarse. Intentaba recuperarse del susto. Sin nada decir sobre lo que había visto, contestó:

—No fue nada, solo una pesadilla. Creo que estoy muy nerviosa con todo lo que sucedió. No consigo parar de pensar en el día de hoy. No sé si percibieron, pero hoy fallecieron tres personas: dos solamente aquí, en nuestra casa. Este diluvio no cesa. Néstor todavía no ha regresado. Tengo miedo. Es eso. Mi corazón me dice que nuestras vidas cambiarán. Miro a esta niña y me pongo los pelos de punta. Estoy exhausta, no sé qué siento o digo.

—No se preocupe, mamá. Váyase a su recámara. Yo me quedaré aquí con Isabel. —afirmó Louiza.

—Muchas gracias, hija. Necesito descansar. Veo fantasmas.

—Vamos, Elizabeth. Esto es una tontería. Solo estás nerviosa. —comentó

Damastor.

Néstor había acabado de llegar a casa y vio todo el movimiento en la recámara de Isabel. Se acercó a la puerta y pidió permiso para entrar. Todos se callaron y miraron su entrada. Él estaba muy pálido, con la fisonomía de mucho sufrimiento. Todos percibieron su estado y enternecieron. Louiza fue la que interrumpió el silencio:

—Mi hermano, querido, perdóname por no conseguir llegar a tiempo. Quiero que sepas que lo hice todo lo posible para ayudarla: di el testimonio al inquisidor sobre Helen y su familia; comprobé que eran católicos, pero de nada sirvió.

Louiza lo abrazó, pero pareció que él no había escuchado nada. Para Néstor, era como si no hubiese nadie allí. Miró hacia el lecho de su hermana Isabel. Sin darse cuenta, se acercó al bebé que estaba al lado. No comprendía bien qué había sucedido. Lo tomó en los brazos y empezó a llorar. Sintió una emoción tan fuerte que no pudo controlarse. Dos lágrimas deslizaron por su rostro y, como si hubiese entendido todo, la niña abrió los ojos y participó en la emoción de aquel momento.

Louiza, sensibilizada por lo que acabó de ocurrir, pudo comprender a su hermano. Para él, que había acabado de perder el gran amor de su vida, ver a un bebé recién nacido tocó sus sentimientos. En un único día, él conoció las dos más grandes emociones en la vida: la muerte y el nacimiento. Elizabeth, que quería que todo terminase pronto, quitó a la niña de los brazos de su hijo y la puso en la cama. Enseguida, llevó a Néstor a la sala.

Todos acompañaron a Elizabeth; querían escuchar la historia que le contaría a Néstor. De esa manera, no se contradirían cuando empezasen las preguntas. Después de algunas explicaciones, Néstor tenía ganas de ir a su cuarto; les pidió permiso a todos y se retiró. Nada de lo que le habían contado le parecía importante. No conseguía tener ningún tipo de pesar por la muerte de la cocinera y su bebé. Era como si su corazón hubiese parado de latir y su cuerpo insistiese en seguir vivo.

Louiza, que percibió la depresión de su hermano, comentó, preocupada:

—Debemos tener mucha paciencia con Néstor. Tardará mucho para que él se olvide de todo lo que pasó. Esta fase de luto no será nada fácil.

—Bueno, vamos a dormir. Mañana tenemos mucho que hacer. Yo me encargaré del entierro mientras Elizabeth hablará con la partera. Louiza comunicará al médico de Isabel y Sebastián le mandará un mensaje al marido de Isabel, explicándole que su hija nació y que está muy bien. —dijo

Damastor.

Inventamos en nuestras vidas situaciones las cuales creemos que podemos solucionar fácilmente. Situaciones que reflejan que elegimos el mejor camino para los que amamos y, con esta excusa, usamos de todo a nuestro alcance —nuestra voluntad y nuestras armas como la mentira, la disimulación y la persuasión —para manipular la vida y la muerte de las personas, como si jugásemos a ser Dios. Infelizmente, los sentimientos verdaderos para la situación de la familia Werck fueron el egoísmo y el prejuicio disfrazados de amor. Como siempre pasa en situaciones en las cuales las debilidades humanas orientan las actitudes, las leyes del universo se accionarán y todos los involucrados, inevitablemente, sufrirán los efectos de sus actos e intenciones.

Capítulo 2 —Los Primeros Pasos

Diecinueve de febrero de 1511. El año había pasado rápidamente y todos conmemoraban el cumpleaños de Leonora. En una linda tarde, se encontraban en el jardín, donde había muchos invitados y niños que corrían de un lado a otro, haciendo un gran lío. Isabel, en una silla, gritaba, hablando con Louiza que, atareada, intentaba ordenar aquel envoltorio que los niños hacían alrededor de la mesa de dulces.

—¡Ven, Louiza, trae Leonora contigo, el cura acaba de llegar y quiere verla!

—Ella está una niña muy hermosa, cura, usted verá, nadie dice que nació antes del tiempo.

El cura le preguntó a Isabel por Elizabeth, pues ya hacía algún tiempo que ella no aparecía en la Iglesia. Isabel le contestó:

—Ya bajará. Papá está muy enfermo, como usted lo sabe, por eso, ya no le queda tiempo para nada, poco sale de casa. Se pone nerviosa con su estado de salud y no hay nadie que pueda ayudarla, pues papá no acepta que lo cuiden. Desde que no pude más salir de esta silla, Louiza es la que cuida a mí y a mi hija. Mi marido desapareció hace más de seis meses y sólo vino aquí para conocer a su hija una única vez. Dijo que el clima aquí era mejor para nosotras dos. Nos dijo eso, cura, a fin de no llevar a esta mujer inválida físicamente a la corte, prefiere ocultarles ese hecho. Si su hijo fuese un varón ya lo habría llevado, pero como se trata de una niña dijo que el mejor lugar para ella es aquí, junto a su mamá. Sebastián intenta llevar los negocios de la familia solo, pues desde lo ocurrido en aquel maldito día, Néstor cambió completamente, ahora está siempre callado, aislado, poco habla y sale a pasear sin rumbo. Desaparece por días, a veces semanas. Cuando vuelve trae tanta angustia en su alma que se clausura en su recámara. No quiere ver a nadie. La única persona que consigue sacarle una sonrisa es Leonora.

—¡No lo puedo creer que todavía piensa en aquella bruja! ¿Sigue sufriendo por ella? —exclamó Samuel, el cura, con su voz autoritaria como si fuese el Dios todo poderoso. —Creo que sea mejor tener una charla con este

joven, no comprendo cómo Elizabeth no me contó nada, pues seguro que yo lo habría resuelto todo hace tiempo a fin de ayudarlo.

—Pero ¿cómo, cura? ¿Qué podría usted hacer? Néstor no escucha a nadie, no pondría atención a ninguna de sus palabras.

—Ya habría exorcizado a este fantasma de su vida. No te olvides de que soy un inquisidor y tengo poderes para eso.

Lo interrumpió una niña tirándole su hábito religioso. Leonora lo miró firmemente a los ojos, pues poco sabía hablar, sin embargo, no necesitó decir ninguna palabra, su mirada fulminante lo hizo temblar. En aquel momento sintió todo el cuerpo vibrar, pues algo lo había perturbado mucho. Estaba asustado. Mientras miraba a la niña, una voz interrumpió sus pensamientos. Era Elizabeth.

—Buenas tardes, cura Samuel, ¿conoce a mi nieta?

Samuel se asustó otra vez, no comprendía el motivo, pero había algo en aquella niña que lo desafiaba; su mirada hacía con que sus instintos estuviesen en alerta, algo no estaba bien, él lo sentía, pero jamás podría imaginar de qué se trataba. Se volteó incomodado, y contestó:

—Sí, veo que es una niña muy hermosa, pero sus rasgos no se parecen en nada a los demás de la familia, ¿no lo creen?

Louiza, que estaba cerca, de inmediato reparó el comentario inapropiado del cura.

—Imagínese cura, todavía es muy jovencita para parecerse a alguien, aún no sabe andar.

Louiza tomó en sus brazos a Leonora y discretamente la llevó a jugar.

Mientras eso, Isabel que nunca había atentado a esa diferencia física, se puso a observar a la hija por un cierto tiempo con la intención de buscar algún rasgo físico similar a sus familiares y pensó: “Es verdad, el cura tiene razón, su piel es más morena que la nuestra, el pelo es castaño oscuro, casi negro, sus ojos son tan negros que se parecen a dos *jabuticabas*[\[1\]](#) y los labios voluminosos. Ella no tiene rasgos semejantes a nadie de la familia. Bueno, puede ser que se parezca a alguien de la familia de mi marido.”

Paró de pensar, en aquel momento, sobre sus dudas con relación a Leonora. Una cosa era cierta, su hija era linda, quizás, la niña más hermosa de los alrededores. Elizabeth ya se había apartado del cura, para charlar en un lugar más tranquilo o, tal vez, para disfrazar. También se había puesto bastante angustiada con lo que él les había dicho y no quería que Isabel percibiese nada raro en su hija. Elizabeth intentaba mantenerse calma delante del cura, pues no

quería que sospechasen algo acerca de su nieta.

—Vámonos, cura Samuel, a charlar en el salón, allá está más tranquilo. Ya sabe usted como son las fiestas de niños... ¡una gran algarabía!

El cura iba a interrumpirla para volver al tema de la apariencia de la nieta, pero Elizabeth lo previó y pronto trató de iniciar otra conversación:

—Escuche, cura, mañana mismo pensaba salir en su búsqueda. Qué bien que usted haya venido y evitado mi viaje, pues me siento muy cansada. Subo y bajo las escaleras varias veces al día. Damastor no me da sosiego, me solicita para todo y no acepta los cuidados de los empleados. Quiere mi presencia a todo momento.

—Pues es esta su misión, mi hija. Debe cuidar a su marido, pues cuando llegue su hora de partir, también tendrá a alguien que le cuide. Pero dígame ¿por qué me buscaba usted? No me dijo, todavía, el motivo.

—Cura, se trata de una larga conversación. ¿Está usted dispuesto a empezarla ahora?

Muy prontamente contestó el cura, pues estaba bastante curioso acerca del asunto, y con una ligera sonrisa:

—Por supuesto que sí. Estoy siempre listo para escuchar a mis fieles, a fin de cuentas, ¿para qué sirve un cura?

—Cura, hoy completa un año de todo lo que pasó, mejor dicho, que todo empezó. Tras la muerte de Helen, mi hijo no sigue lo mismo, no quiere saber de nada. Deambula por ahí y nadie sabe su destino.

—Ya lo sé, Isabel me lo contó. Pero ¿por qué no me buscó antes?

—Cura, ¡todavía hay más! Aquella noche sucedieron muchas cosas: mi nieta nació, la cocinera falleció junto a su hijo que también nació en el mismo momento, mi hija, que casi murió, se quedó discapacitada y los médicos no saben la causa, mi marido desde aquel día no sale de la cama y está cada día más debilitado, me necesita para todo pues no consigue hacer nada solo. Y yo, cura, no sé qué es dormir. Todas las noches sufro con las pesadillas, veo aquellos ojos negros tal como la noche que me mira, cobrándome siempre por su muerte. Me estoy corroyendo por dentro, siento mucho remordimiento por todo que pasó, cura.

Samuel interrumpió:

—¿Remordimientos de qué, mi hija? No es la culpada, ella misma se condenó cuando decidió amar a otro Dios, aliándose al demonio. ¿Qué otra prueba quiere tras ver todo aquello? ¿Se olvidó de que solamente sus ojos no se quemaron? ¡Eso es brujería!

—Pero, cura, nada hice para ayudarla. Sabía que era religiosa tal como todos de su familia. Asistí a todo, callada. No se olvide de que fui yo quien la denunció. Ahora ya no estoy segura de que no haya cometido una injusticia.

—Pues bien, mi hija, olvídense de todo eso. Es pasado y nada podemos hacer además de rezar por su alma para que encuentre la paz. Rece mi hija, pídale a su hijo que me busque para que pueda ayudarlo.

Damastor gritaba sin cesar, llamando por Elizabeth. Todos que escucharon sus gritos se asustaron. Ella y el cura, que estaban en el salón, se levantaron y corrieron a acudirlo en su recámara. Elizabeth iba adelante gritando:

—¡Tranquilízate, cariño, pronto estoy ahí!

—¡Ven, apúrate, me están matando!

Cuando Elizabeth llega a la recámara, acompañada del cura, vio a un gato negro mirando hacia Damastor sin moverse, no le quitaba los ojos de encima. Damastor, aterrorizado, decía:

—Él vino para matarme, ¡sácalo de aquí, pronto!

El cura, con un lienzo en las manos, espantó al gato afuera de la recámara, mientras Elizabeth acondicionaba su cuerpo, que ya quedaba más de la mitad fuera de la cama.

—Tranquilo. Todo listo. El gato no más entrará. Cállese ahora.

Damastor apenas podía hablar, su corazón estaba ya muy debilitado y el susto le afectó muchísimo. Intentó decir algunas palabras y, con mucho esfuerzo, dijo:

—Helen, Helen...

Elizabeth palideció, miró a Samuel, y dijo:

—¿Qué pasa con Helen? ¡Dímelo!

Damastor no conseguía hablar nada más en aquel momento y tampoco lo logró hacer en el resto de sus días de vida. Había quedado mudo.

Después de tal suceso, sus condiciones de salud empeoraron mucho. Apenas comía y cerraba los ojos, pues ya no dormía, se parecía a un zombi. Se deterioraba tanto que le restaban solamente los huesos, no tenía ninguna señal de grasa en su piel. Se veía con facilidad lo tanto que estaba reduciéndose. Era como si su cuerpo estuviese hirviendo en una caldera, cocinando hasta que no existiese la más pequeña señal de que un día había sido un ser vivo. Era desolador ver como un ser humano podía sufrir tanto para morir. Todas las noches él agonizaba, se retorció de tanto dolor, se ponía inquieto como si algo lo aterrorizase. Horrible todo por lo que pasaba. Elizabeth, quien lo acompañaba en el sufrimiento día y noche, no lo soportaba más. Rezaba

rogándole a Dios que tuviese misericordia de aquella alma y que la llevase pronto a fin de que pudiese descansar en paz. Los hijos ya no entraban en la recámara, no querían ver a su padre en aquel estado. Louiza rezaba mucho pidiéndole a Dios por piedad, por el descanso de su padre y que le perdonase por todos los errores en vida.

Una semana había transcurrido. Una semana de mucho sufrimiento para toda la familia. Todas las noches escuchaban al padre que, sin poder hablar o llorar, aullaba. Sí, aullaba tal como un perro que sufre y no puede expresarse de otra manera que no sea el aullado. Leonora se ponía de pie en la cuna e imitaba a su abuelo, pues los gruñidos le causaban gracia. Con su mirada inocente, los miraba a todos que sufrían y queriendo llamar la atención, empezaba a reírse. La casa estaba tan cargada de sufrimiento que parecía que el aire no más entraba por las ventanas, y que todos se ahogaban a causa de tanto dolor. En ese momento, Sebastián le pidió a su madre:

—Llamemos al cura Samuel para que bendiga esta casa. Está insoportable vivir aquí, hay algo maldito a nuestro alrededor. ¿No lo sienten?

Néstor comentó que aquello era una estupidez, que estaban de aquella manera a causa del padre, y añadió:

—No hay nada de erróneo con la casa, mira a Leonora, como está feliz, es tan inocente que no tiene ni idea del sufrimiento de todos nosotros. Ella sería la primera a sentirlo, pues nadie es más sensible que los chicos.

—Quizás tengas la razón, pero estoy de acuerdo con Sebastián. Es necesario bendecir esta casa y a todos nosotros —dijo Louiza.

Leonora, que jugaba con su muñeca, escuchó toda la charla como si comprendiese cada palabra. Isabel la miraba en aquel momento y sintió que algo raro sucedía. La niña realmente parecía comprender lo que hablaban y daba la impresión de que ya era una adulta y no solamente una niña de un año. Isabel llamó la atención de los otros, pero la niña ya había vuelto a la normalidad, su semblante ahora era como el de una niña linda y feliz.

Elizabeth pronto llamó al empleado y lo mandó que fuese a la iglesia buscar al cura, para pedirle que viniese lo más pronto posible a su casa, pues moría su marido. Todos fueron a la recámara a fin de que estuviesen al lado del padre. Dejaron a Leonora jugando sola mientras esperaban por Samuel. Damastor agonizaba y se retorció en el lecho, traspiraba tanto que era necesario el cambio de las sábanas a todo momento. Isabel, que nada podía hacer, se puso a rezar en voz baja en un rincón de la recámara; tenía miedo de ver aquella escena. Néstor, con mucha tranquilidad, intentaba sostener al padre

para que no se hiriese, y los otros ayudaban a la madre a secar el sitio mojado. Su expresión era de mucho dolor, sus ojos admirados miraban hacia un único rincón de la recámara como si viese algo.

En ese momento, entró a la recámara el cura Samuel con todo material necesario para el sacramento de la unción. Tan pronto empezó a rezar, Damastor paró de gemir y agonizar. Él se tranquilizó y finalmente paró de gritar y de retorcerse. Estaban todos de cabeza baja, pidiéndole a Dios que oyese sus preces. Leonora, apoyándose en las paredes para que no se cayese, llegó hasta la puerta de la recámara de su abuelo, la abrió empurrándola y entró. Gateó hasta acercarse al cura, tirándole su hábito religioso. El cura se asombró y cuando miró abajo, vio a Leonora que, con los brazos levantados, hablaba:

—Abuelo, abuelo.

Todos en aquel momento, tan pronto oyeron aquella voz, interrumpieron las preces y miraron a Leonora. Era la primera vez que pronunciaba palabras, ella nunca había hablado antes. Néstor la tomó en sus brazos y la puso cerca del abuelo que ya tenía cerrado los ojos y esperaba su hora de partir. Ella, paulatinamente, se acercó al rostro, le sacó el pelo que caía cerca de su oído y le dijo algo en voz baja. Nadie pudo escuchar lo que había dicho, pero Damastor seguro lo oyó, pues miró hacia la ventana y vio, tal como todos pudieron ver también, al gato negro esperando su muerte. Emitió un profundo suspiro, volteó la cabeza hacia Leonora y murió. Los que asistieron a la escena se quedaron sin saber qué hacer o qué decir, estaban desorientados con lo que había sucedido. Néstor fue el primero a reaccionar. Se acercó a Leonora, la sacó de la cama y la llevó a su recámara. Siempre que Néstor tenía a Leonora en sus brazos, ella se agarraba a él y no lo soltaba más. Tras mucho esfuerzo, conseguían separar sus brazos aferrados en el cuello de su tío.

—Listo, mi bebé, ahora vete a dormir. Basta de monerías por hoy. Dame un beso, vamos.

Leonora lo miró intensamente y le besó suavemente los labios. Néstor paralizó. Se quedó sin reacción.

—Debo estar loco, sí, loco estoy. —salió de la recámara bastante ensimismado y emocionado con aquel beso.

No comprendía el porqué de su emoción, pero en aquel momento, en fracción de segundos, sintió en los labios un calor que, hacía mucho tiempo, no lo sentía. Volvió para junto de sus familiares que ya estaban tratando de

arreglar el cuerpo para el velorio. No volvieron a hablar sobre el asunto, se olvidaron de lo que había pasado entre Leonora y el abuelo. Estaban todos muy emocionados en el velorio y naturalmente aquel episodio había sido olvidado por todos, excepto por el cura, que muy intrigado con aquella niña, esperaba el momento oportuno para comentar el hecho.

Tras un mes de la muerte de Damastor, Elizabeth aún intentaba recuperarse del sufrimiento por el que había pasado el último año. El cura Samuel bendijo toda la casa, tal como manda la religión, y después no volvió a ver a la familia de Damastor.

Desde el día del episodio del beso de Leonora, Néstor, poco a poco se recuperaba de su sufrimiento. Andaba más alegre, sonreía más y ya había vuelto al trabajo. No conseguía apartarse mucho de Leonora. Todos los días iba a su recámara, jugaba un poco con ella y sólo después iba a tratar de sus quehaceres. Parecía que todo había vuelto a la normalidad. Isabel estaba feliz en aquella mañana pues había recibido una carta de su marido en la que constaba su retorno dentro de tres días. Estaba tan contenta que olvidó el luto. Mandó que arreglasen su vestido más bonito, pues deseaba ponerse lo más bella posible para su marido. Tenía la esperanza de que él la llevaría hasta la civilización, no aguantaba seguir en aquella casa. Quería que Leonora fuese educada en París y que estuviese en la corte, preparándose para el futuro.

Isabel les avisó a todos acerca de la llegada de su marido y empezó a arreglar todo para recibirlo. En aquella mañana despertó más temprano que de costumbre. Había llegado el gran día: Rodolfo llegaría. Mandó que arreglasen a Leonora y le pusiesen un bello vestido para aguardar al padre. Louiza, tiernamente, le peinó el pelo y le puso un lindo lazo y dijo:

—Ahora, cariño, ponte quieta para que no te ensucies la ropa. Tu padre pronto llegará y quieres estar la más bonita, ¿no?

Leonora contestó:

—¡No! Quiero estar linda para el tío Néstor.

Leonora ya hablaba muy bien, todos expresaban un inmenso orgullo por su inteligencia. Ella aprendía con mucha facilidad, era astuta y comprendía todo aquello que le enseñaban, especialmente lo que decía Néstor. Ponía la atención en todo lo que decía como si fuese una adulta. Quedaba bastante claro para todos que el amor de Leonora por su tío nadie lo conseguiría robar, ni su propio padre.

Todos esperaban la llegada de Rodolfo en el jardín, hasta que la carroza entró por la puerta principal, levantando bastante polvo al aire. Néstor y

Sebastián salieron a recibir al cuñado en la entrada principal de donde se veía el jardín. El marido de Isabel era joven y hermoso, tenía la piel clara y los ojos castaños claros, hombre fuerte y sano, muy codiciado por las mujeres de la corte.

—¿Cómo están? ¡Cuánto tiempo sin vernos! Recibí el mensaje acerca del fallecimiento de Damastor, lo siento mucho. Me gustaría venir antes, pero los negocios no me dejaron, solo ahora conseguí librarme un poco.

—Estamos bien ¿y tú? —contestó Sebastián.

—Muy bien, pero echo de menos a mi hija, ¿Dónde está ella?

Isabel le sacó a la niña de su regazo diciéndole que fuese hablar con el padre. Leonora fue caminando hacia su padre, pero tras mirar a Rodolfo, dio vuelta la cara y mirándole a Néstor le pidió que le pusiese en sus brazos.

—No, cariño mío, él es tu padre, vete a abrazarlo que te echa de menos.

Rodolfo le tomó a la niña, le dio un fuerte abrazo y fue caminando hacia Isabel, que ya no conseguía contenerse, loca para correr y echarse en sus brazos, si pudiese, claro.

—Rodolfo, mi amor, no te imaginas cuánto te echo de menos.

Él la abrazó y ella le ofreció los labios para que la besase, pero Rodolfo disfrazó, esquivándose del beso y pronto dijo:

—No puedo quedarme mucho tiempo. Estoy de paso, voy a viajar y pretendo empezar mis negocios fuera de Francia, probablemente en Italia.

Isabel ruborizó, no sabía qué decirle pues la novedad la sorprendió y la molestó, pero Néstor fue quien habló primero:

—¿Su mujer e hija se van contigo?

—Bueno, este asunto me gustaría que lo tratásemos más tarde. Quiero ahora quedarme con esta niña linda que tengo en mis brazos.

Las cosas se calentaron. Todos percibieron que Rodolfo intentaba disfrazar, pero en realidad comunicaba que en su partida no llevaría a Isabel. Elizabeth, que hasta aquel momento estaba callada, dijo:

—No te pongas así, hija, tu marido naturalmente nos dará una buena explicación, ¿verdad, Rodolfo?

—Por supuesto que sí, pero ahora tengo sed y estoy agotado. Necesito descansar un poco después de este largo viaje. Entremos, Isabel, más tarde charlaremos en privado.

El clima de alegría había terminado, sólo Leonora estaba alegre por el rito de abrir sus regalos.

—Mire, tío Néstor, qué muñeca linda acabo de ganar. ¿Usted me ayudaría

a elegirle un nombre?

—Claro, cariño mío, más tarde pensaremos en un bonito nombre para ella.

Ya había transcurrido algunas horas desde la llegada de Rodolfo, que ya debería estar descansado y pronto estaría en el salón, donde todos lo esperaban. Louiza ya había puesto a Leonora en la cama, pues había tenido un día bastante agitado tras tantos regalos recibidos. Isabel ya no podía contenerse, mandó que un empleado fuese hasta la recámara de Rodolfo para verificar si ya se había despertado y avisarle que todos lo esperaban para la cena.

Tras veinte minutos, llegó Rodolfo con buena cara y hambriento.

—Bueno, comamos. Discúlpenme por el retraso, pero solo ahora me siento dispuesto.

Al decir esto, acomodó a Isabel en la silla y, con mucha galantería, se puso a su lado y dijo:

—Estás muy hermosa y dispuesta, Isabel, este clima realmente te viene. ¡Estás, incluso, ruborizada!

Isabel no le contestó, le dio una pequeña sonrisa, pues se había quedado así desconcertada, mirándolos a todos que simulaban que todo estaba bien. Elizabeth dijo:

—Rodolfo, ¿qué tipo de negocios quieres empezar en Italia?

—Bueno, pretendo seguir con mi oficio, el de carbón y mineral, pero tengo planes sobre los que no puedo hablarles ahora. Después de todo arreglado, les contaré.

—¿Cuándo piensas irte?

—Mañana mismo, no puedo quedarme mucho tiempo, pues tengo un nuevo socio que está esperándome.

Isabel, consternada, lo miró.

—¿Mañana? ¿Cómo? ¿Nos dejará aquí? ¿Por qué, Rodolfo?

Se puso a llorar. Su madre intentó tranquilizarla, pero no funcionó. Isabel le pidió a Louiza que la llevase a la recámara. Rodolfo se puso desconcertado, pero siguió hablando:

—No puedo llevar a Isabel, ¿qué haría yo con una mujer discapacitada y una niña en Italia? Estaría siempre ocupado con los negocios, ¿quién se encargaría de cuidarlas? Además de eso, me voy a otro país, no conozco a nadie. Primero necesito adaptarme, después vuelvo para buscarlas.

Esa fue la excusa de Rodolfo. Néstor se puso indignado con su frialdad, se levantó y salió. Sabía que era mentira, él jamás volvería a buscar a Isabel, al

menos mientras estuviese en aquel estado, sin poder andar. A Sebastián no le importó nada, tenía sus pensamientos muy lejos de aquel momento. Sólo quedaba Elizabeth, que mirándolo fijamente, dijo:

— Sabes lo que le haces a mi hija, ¿no? Ella te ama como una loca y su hija crece apartada del padre. ¿No tienes corazón, hombre?

Rodolfo bajó la cabeza, no podía mirar a su suegra. Sintióse avergonzado, dijo:

— Lo siento muchísimo. No quería que las cosas saliesen así, pero no dije, todavía, toda la verdad: estoy enamorado de otra mujer. Me voy y me faltó el coraje de decírselo a Isabel. Todavía estoy joven y necesito una mujer sana a mi lado. Usted sabe muy bien que Isabel no más puede darme hijos. Necesito un hijo varón, es la tradición. ¿Quién dará continuidad al nombre de mi familia? Mi apellido no puede desaparecer, necesito un heredero.

Elizabeth se puso destrozada después de lo que había escuchado. Se levantó, se acercó a Rodolfo y le dijo en voz baja:

—Vete de aquí mañana temprano. No quiero verlo jamás. Ten la dignidad de, al menos, seguir mintiéndole a Isabel, porque mientras tenga esperanza de que un día volverás, su sufrimiento será menor. Ahora sal de aquí.

Cuando Elizabeth salía, vio a Leonora que, sentada con su muñeca en el regazo, parecía escuchar y entender todo lo que había pasado.

—¿Qué haces aquí, chica? Deberías estar en la cama. Ven, abuelita te llevará.

Rodolfo miraba a su hija y preguntó:

—Elizabeth, ¿a quién se parece Leonora? ¿No le parece raro que tenga pelo y ojos negros? Sí...para mí esto es realmente curioso.

—Si tú le fueses un padre de verdad a tu hija, te daría una respuesta. Pero como sabemos que no lo eres, te quedarás sin ella.

Elizabeth le dio la espalda y salió con Leonora. Más tarde, les contó a los hijos la conversación que había tenido con Rodolfo y les pidió que no le contasen nada a Isabel.

Néstor y Louiza se compadecieron de su hermana, sabían que sufriría mucho y que no soportaría una traición.

Sebastián aceptó el pedido de la madre, diciéndoles que a él no le importaba nada, pues no le estimaba nada al cuñado. Su madre lo miró con frialdad y con voz ruda le contestó:

—Eres tan egoísta...no piensas nada en la familia. Sólo te preocupas contigo mismo. No sé de dónde lo sacaste.

—¡Claro que me parezco a usted, mamá! ¿Cree que usted es tal como una flor? Siempre ha sido una persona endurecida con todos a su alrededor, excepto con Néstor. Con él era diferente, siempre cariñosa y afectuosa. Hace un año, solamente, que usted cambió un poco. No percibe todo que acabo de decirle, porque solo se importa con su hijo favorito, pero yo soy el reflejo de su carácter.

Néstor gritó:

—¡Para! No le hables así a nuestra madre. ¿No percibes que ella ya tiene edad avanzada y que ya está cansada de tantos disgustos de los últimos años?!

Sebastián le dio la espalada y salió. Elizabeth se quedó allí, parada, pensando en todo lo que él había dicho: “Él tiene la razón. Siempre he sido egoísta con todos aquellos que no fuesen mis hijos y marido. Nunca me he lastimado con el sufrimiento de los que aquí vivieron un día en búsqueda de ayuda. Siempre altiva, tal como Sebastián, y sintiéndome superior, cometí el mayor pecado de mi vida: la difamación, el falso juramento. Que Dios pueda, un día, perdonarme y que me disponga de fuerzas suficientes para que yo pueda pagar por todos mis pecados”.

Dios, con toda su misericordia, condujo la red de los sucesos de la vida perfectamente para que: Elizabeth tuviese la oportunidad de amar incondicionalmente a su nieta, que es la reencarnación de Helen, mujer la que, por su culpa, murió en la hoguera de la Inquisición; Néstor, consiguiese estar otra vez al lado de su gran amor, que ahora era su sobrina, y con eso pudiese ablandar el vacío que existía en su corazón y crear fuerzas para seguir luchando por la vida; y Helen, que renacida como Leonora, tuviese la oportunidad de convivir tanto con el amor de su vida, como también con la persona que más odiaba. Ahora como miembro de la familia Werck, estos dos sentimientos extremos aflorarán intensamente y ella tendrá que luchar mucho para elegir entre el amor y el odio, convirtiendo esta lucha en su mayor desafío a lo largo de su existencia.

Capítulo 3 —El Odio Renace

Diecinueve de febrero de 1520. En una linda tarde, celebraban el décimo cumpleaños de Leonora. La alegría de la niña contagiaba a todos, menos a su madre, Isabel. Desde que había partido su marido, Isabel no conseguía sonreír y no se sentía más una persona feliz. Sentía en su corazón angustia y rabia. Durante nueve años, solo se quejaba de la vida. Estaba enferma y muy delgada, no sentía placer alguno y, por este motivo, no se cuidaba. Su corazón sufría profundamente por el abandono de Rodolfo. Casi no conversaba con nadie y, cuando lo hacía, era para quejarse. Nada que hiciesen para agradarla la dejaba contenta. Leonora sentía pena por su mamá e intentaba entretenerla, pero había momentos en que dejaba trasparecer odio en su mirada e Isabel se molestaba. Comentaba con los demás sobre la mirada de su hija, pero todos le hacían oídos sordos. No creían en lo que decía.

Leonora tenía los ojos más tiernos que alguien podía imaginar. Les encantaba a todos con una voz suave y una manera armoniosa de gesticular. Solo podía ser locura de Isabel. A veces, Isabel realmente parecía loca, gritando por la noche, llamando a Louiza. Cuando llegaba su hermana en el cuarto, Isabel no sabía decir qué pasaba. Todos temían por su sanidad mental, pues, desde que supo de la relación de su marido con otra mujer, pasó a actuar de manera rara, hablando tonterías y diciendo que Leonora quería verla muerta. En suma, Isabel no había perdonado a su hija que, hace unos años, en un momento de rabia, dijo que su papá no quería más a su mamá porque estaba fea e inválida. Dijo también que su papá la engañaba con otra mujer porque estaba enamorado de ella. Todos en la casa defendían a Leonora, pues era una niña dulce e inocente, que no sabía las cosas que decía.

—Querida, Leonora es una niña, no entiende la gravedad de sus palabras. Olvídalo, Isabel. Tu hija no habló para el mal.

Elizabeth amaba mucho a su nieta. Sin embargo, en algunos momentos, no la reconocía. Principalmente cuando se ponía muy seria, mirándola fijamente. Era como si su cara cambiase completamente. Elizabeth se ponía los pelos de punta y le preguntaba a la nieta:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? Dime por qué me miras así.

La niña le contestaba con un breve silencio seguido de una sonrisa. Eso bastaba para que Elizabeth se olvidase de todo. A los diez años, Leonora aún era una niña, pero ya presentaba rasgos bien definidos: sería una joven muy bella y lo sabía. Usaba su belleza para conseguir todo. Nadie resistía a sus pedidos, principalmente el tío Néstor, que solo tenía ojos para ella. Todos sus ratos libres, sus sonrisas y sus demostraciones de alegría eran dedicados a Leonora. Incluso dejó de hacer los paseos individuales que a menudo le gustaba hacer.

Aquel día, en especial, el del cumpleaños de Leonora, Néstor llegó a casa con un enorme paquete. En cuanto Leonora oyó su voz, abandonó a los demás invitados de la fiesta y se lanzó a los brazos del tío besándolo.

—Pórtate, bien, Leonora. Ya eres una niña grande. Tienes que portarte como tal. —la censuró Louiza.

El comportamiento de la sobrina ya empezaba a preocuparla, creía que Leonora exageraba en las demostraciones de cariño a Néstor.

Néstor se quejó:

—Descuida, Louiza. No importunes a la niña. Ella quiere mucho a su tío Néstor y el tío Néstor la quiere mucho también.

Al decirlo, Néstor sacó a la niña de su cuello y le entregó el regalo que había traído. Leonora se puso encantada. Estaba tan curiosa debido al tamaño de la caja que empezó a abrirla apresuradamente.

—Cálmate —dijo Elizabeth— de esa manera vas a estropear el regalo, por favor, ábrelo con cuidado. El regalo no saldrá corriendo de la casa.

Todos se reían de la prisa que tenía la niña en abrir el regalo. Elizabeth pensó: “Sí... es realmente una niña.” Abría cada caja, una a una. Cada caja tenía otra menor en su interior. Leonora miraba a Néstor sin comprender nada y él decía:

—Vamos, no acabaron las cajas. Sigue abriéndolas.

Cuando abrió la última caja, sus ojos brillaron. No podía imaginar. Era una cajita de joyas muy linda. Había una pequeña muñeca vestida de bailarina en la parte superior. Todo el adorno de la cajita de música era de oro y sus aderezos se constituían de piedras preciosas. Era el regalo más delicado y hermoso que todos jamás habían visto. Además, era un regalo muy caro, original y hecho a la orden por uno de los orfebres más reconocidos de París.

—Tío Néstor, lo quiero. —Leonora le dio un gran beso en las mejillas.

Él dijo:

—¿No la vas a abrir?

—Claro que sí.

Cuando abrió la cajita de música, encontró otra sorpresa: un lindo collar y un colgante con formato de corazón. Elizabeth también se sorprendió imaginando que Néstor había exagerado al comprarle un regalo tan caro a una niña.

—Este regalo sería más apropiado a una candidata a futura esposa, ¿no crees, hijo? Te excediste esta vez.

Leonora lanzó a Elizabeth una mirada tenebrosa, que la hizo temblar. Sintió una ola de calor en el cuerpo y casi desmayó. Se quedó absorta con la fuerza de aquella mirada. No podía callarse más, tendría que exponerle a alguien sus impresiones sobre Leonora. Aquello no era normal, parecía que sus ojos traían energías de las profundidades del mal.

—¿Qué pasó, mamá?

Louiza llegó para socorrerla.

—Usted casi desmayó, mamá. ¿Se siente mejor?

—Sí. Me encuentro mejor —miró una vez más a Leonora, pero sus ojos estaban dulces, preocupados por su súbito malestar, actuando como si nada supiese.

Isabel, que observaba atentamente la escena, pensó: “Hay algo raro en Leonora, a veces, en algunos momentos, parece que nos odia, excepto a Néstor, claro. Sin embargo, la mayoría del tiempo, nos trasmite mucho amor. ¿Cómo puede una niña cambiar tan rápidamente sus sentimientos? ¿Está evidente este cambio o solo lo percibo yo? Mamá debe haber sentido algo diferente en Leonora hoy, su reacción cuando Leonora la miró fue muy clara. Ella la fulminó con los ojos. Debe haber notado algo. ¡No es posible que no haya notado nada!”

Leonora, como si leyese pensamientos, miró a la madre en aquel momento que, de manera instintiva, desvió la mirada. Sin saber el porqué, sintió miedo, miedo de su propia hija.

La fiesta siguió animada hasta la madrugada. Ya era tarde cuando el último invitado se fue. Casi todos de la casa ya habían ido a sus habitaciones, con excepción de Néstor, Louiza y Leonora, que permanecían en el salón.

—Tío Néstor, mañana es domingo. Me gustaría mucho que pasease conmigo. Hace ya más de un mes que no salimos juntos. ¿Qué le parece?

—Mi amor, me encantaría, pero no será posible. Mañana tengo un compromiso que lo cumplo todos los años y no podré llevarla. El otro fin de

semana te llevo. ¿De acuerdo?

—Pero, tío Néstor...

Leonora esbozó un falso llanto, cuando dijo Louiza:

—No insistas, tu tío ya te dijo que mañana no es posible. Trataremos de dormir que ya es tarde.

Leonora miró a la tía muy seria y dijo:

—Espero que usted no quiera apartarme también del tío Néstor.

Lo dijo en tono de amenaza, lo que les sorprendió a los dos.

—Leonora, ¿cómo hablas así con tu tía? Pídele disculpas.

—Solo si me prometes que no hará eso jamás. Jamás intentará apartarnos.

Louiza miró a Néstor. Leonora alteró la voz y Louiza se chocó con la reacción de la sobrina. No se parecía a nada a aquella niña dulce y tierna.

—¡Nunca!

—Leonora, no me gusta ese tono de voz tampoco esa manera de referirte a tu tía. Sube inmediatamente a la recámara y solo saldrás de allí cuando mande yo.

Néstor nunca había hablado así con Leonora. Ella se puso muy triste, pero era solo a él a quien obedecía. Subió a su cuarto con los ojos llorosos. Sin saber qué decir, Louiza miró a Néstor. Estaba consternada con las actitudes de Leonora y, cada vez más, pensaba que el amor que ella sentía por Néstor era muy exagerado.

—Néstor, mi hermano, esta niña te quiere demasiado. Hay que tener mucho cuidado con sus sentimientos. Es todavía muy joven, puede crear fantasías en la cabeza. Me parece que esa exageración al demostrar el cariño por ti es muy preocupante.

—No, no te preocupes, hermana. Todo eso pasará cuando sea grande; se olvidará del tío y tendrá un novio joven y bonito.

—Sí, puede ser, pero aun así, estaré atenta. Y tú deberías estar también.

Louiza no se convenció. Algo le decía que lo que pasaba era peor de lo que imaginaba. Leonora estaba obsesionada por Néstor.

—Ahora, dime. ¿Adónde vas mañana?

Néstor estaba serio, sus ojos perdidos y detenidos en el vacío.

—Adonde siempre voy en el aniversario de muerte de Helen.

—Bien, hace diez años que lo pasó todo. ¿Todavía no la conseguiste olvidar?

—No. Sueño con ella casi todas las noches, siempre llama por mi nombre. Corro, corro, pero nunca llego a tiempo para salvarla. Esté donde esté, creo

que nunca me perdonará.

Néstor puso las manos en la cara y empezó a llorar.

—Fue terrible. No consigo olvidar aquella escena. Está viva en mis recuerdos como si todo hubiese sucedido ayer. Sus ojos llenos de amor y odio, mirándome, siguen nítidos y presentes en mi memoria. Hermana mía, cómo sufro... Siento remordimiento como si fuese yo el culpable de todo lo que le pasó. La quería tanto y todavía la quiero desesperadamente. Solo yo sé el dolor de la ausencia que siento en el corazón todos los días. Lo que disminuye un poco mi pesar es la presencia y la alegría de Leonora.

—Néstor, no tienes la culpa. Hiciste todo lo que pudiste para llegar a tiempo. Fue la voluntad de Dios.

Louiza se levantó y le dio un fuerte abrazo al hermano. Caminó a su recámara dejándolo solo con sus pensamientos. Ya amanecía y Néstor no había dormido. Los sucesos de anoche y la conversación que tuvo con Louiza contribuyeron para que perdiese el sueño. Cuando un sirviente llegó al salón y vio a Néstor allí, dijo:

—¿Ya se despertó, señor? ¿Le gustaría beber algo antes del desayuno?

—No, gracias. Me bañaré y bajaré pronto. Prepárame el desayuno que enseguida tendré que salir.

Leonora tampoco había dormido. Mientras bajaba las escaleras, cruzó con Néstor. Lo miró con amabilidad, pidiéndole perdón con una voz tan dulce y llorosa que él no pudo resistir.

—De acuerdo, Leonora. Esta vez te disculparé, pero no lo hagas más. Tu tía te quiere mucho y no es justo que te refieras a ella de aquella manera. ¿Oíste? Además, quiero que le pidas perdón en cuanto se despierte.

—Está bien, tío. Yo lo quiero, por favor, nunca más me regañe. No pude dormir y me dolió mucho, ¿lo sabía?

Néstor dijo bromeando:

—¿Ah, en serio? ¿Y dónde dolió?

Leonora se acercó a él dengosamente, bien despacio, bajando la correa del camión y acercándose cada vez más para que él pudiese ver dónde dolía.

—Aquí. En mi corazón, ¿lo ve? Mire cómo está triste. Ponga su mano para sentir como late sin alegría.

Puso la mano de Néstor en su pecho.

—Sienta, tío. Sienta cómo reacciona al calor de sus manos.

Una corriente eléctrica atravesó todo su cuerpo y por la fracción de un segundo Néstor casi se olvidó de su posición de tío y, aún peor, se olvidó de

que se trataba de una niña. Néstor se puso avergonzado y no sabía qué había pasado. Pensó: “¿Cómo puede esto, mi Dios, esa infanta hacer con que yo sienta deseo? Por un segundo la vi como mujer y podía jurar que ella me seducía. ¿Cómo? ¿Leonora? No, no es posible. Ella es solo una cría, no piensa en sus actos.”

Trató de sacar el pensamiento de la cabeza, pero cuando vio su pecho y los pequeños senos expuestos, congeló y su corazón disparó.

—¡Para! —dijo Néstor. —Tienes que aprender a comportarte. Ya eres una niña grande para actuar así.

—¿Así, cómo, tío Néstor? ¿Qué hice para que esté tan bravo conmigo?

Hablaba con tanta dulzura que lo dejaba sin palabras, sacando completamente su autoridad en aquel momento.

—Todo está bien. No fue nada. Voy a subir para bañarme y saldré enseguida. Ponte una ropa, pues todavía estás en camisón y los empleados ya están despiertos.

Leonora lo besó y su rostro se sonrojó, ardiendo con el calor de aquellos labios. Se negó a cuestionar de nuevo sobre su reacción, no quería más pensar en lo que sentía con relación a la sobrina. No tenía sentido —era lo que decía a sí mismo.

Néstor había acabado de desayunar cuando Leonora lo encontró en el comedor.

—¿Tardará mucho, tío Néstor? Me gustaría que después saliésemos a pasear un rato. Prometa que volverá pronto.

—Sí, querida. No tardaré. Más tarde pasearemos juntos.

Le dio un beso en las mejillas y se fue.

Leonora tomó la leche rápidamente y corrió para ver adónde iba el tío. Mandó que ensillasen su caballo. Mantuvo una distancia mínima y lo siguió. Aunque Leonora se acercase bastante, él nunca se daría cuenta. Tenía los pensamientos perdidos en el pasado. Entraba por caminos desconocidos, por los cuales nunca Leonora había pasado antes. Tomaba atajos y se mezclaba en los árboles. Cabalgó casi una hora, hasta llegar a unas rocas. Bajó del caballo y caminó por la selva. Leonora, escondida, observaba todo con curiosidad. Nunca podría imaginar que habría un lugar como ese en la región. Miró alrededor y aquellas rocas le recordaban un lugar encantado: todo allí era mágico. Sentía en el aire las vibraciones de algo que ya conocía pero no conseguía recordarse de dónde. “¿Qué hace el tío Néstor entrando en el medio de las rocas?”

No soportaba más tanta curiosidad. Su corazón estaba acelerado con aquella descubierta. “Quería que el tío saliese pronto...” —pensó.

Leonora estaba cada vez más impaciente con la demora de Néstor. Se preocupaba porque sentirían su ausencia en la casa. Tendría que volver, no podía esperar más, así que decidió que regresaría mañana, temprano, y vería por fin qué se ocultaba detrás de aquellas rocas.

Elizabeth preguntaba a todos sobre Leonora. Isabel le respondió:

—Aquella niña no me da atención, ¿cómo puedo saber dónde está? Naturalmente debe haber salido con Néstor. Pregúnteselo a los empleados.

Louiza, que bajaba las escaleras, dijo:

—No, con Néstor no está. Él comentó que saldría temprano y haría los paseos que suele hacer solo. Probablemente Leonora esté por ahí a caballo.

Enseguida Leonora entró a la casa como un huracán.

—Espera, señorita. ¿Adónde piensas que vas? —dijo Elizabeth.

Sin detenerse para contestar a la pregunta, dijo:

—Me bañaré, estoy sudando, salí a pasear a caballo y me retrasé un poco. Sabe, abuelita, hace tanto calor allí afuera, tiene que ver.

La manera tierna como hablaba con la abuela, usando, claro, toda su sagacidad, hacía con que Elizabeth se derritiese de amor. Siempre hablaba cariñosamente, pues sabía que la abuela no resistiría y, por eso, usaba esa táctica a su antojo. Era realmente una niña muy perspicaz y conocía el talón de Aquiles de cada uno en la familia.

—¿No saludarás a tu mamá y a tu tía?

—¡Claro!

Se acercó a las dos y les dio un beso.

—¿Cómo pasó la noche, mamá? ¿Durmió bien, cierto? No gritó ni nada.

—Buenos días, tía. Perdón por lo que nos pasó ayer, nunca más hablaré con usted así.

Le dio un besote, usando toda cautela y cuidado. Las miró y las sonrió. Les pidió permiso para vestirse y salió.

Las mujeres de la casa estaban en el jardín, esperando el horario de la comida y tomando algo de aire. De repente, el polvo en la entrada de la casa anunció la llegada de alguna visita. Todos estaban esperando que la persona se acercase más para que pudiesen identificarla.

Era el cura Samuel que las saludaba al mismo instante en el que llegaba Leonora al jardín. Ella sentía algo raro todas las veces en que lo veía. No le

gustaba. Su humor cambiaba en su presencia e Isabel ya había notado esa transformación en la hija.

—Buenos días, señoras. Buenos días, Leonora.

Todas le contestaron a la vez. Elizabeth le besó las manos al cura y dijo:

—Leonora, bésale la mano al cura. Salúdalo como buena cristiana que eres.

Con los ojos helados, Leonora no sabía cómo huir de la situación. Tendría que besarle la mano al sacerdote. Se acercó despacio, no desvió la mirada. Agarró sus manos por la punta de los dedos y apenas puso los labios encima tuvo ganas de morderla. No conseguía ocultar su repugnancia. Todos lo notaron, principalmente el cura Samuel, que ya se sentía incómodo solo por la presencia de Leonora. Louiza, que intentaba disfrazar el mal comportamiento de su sobrina, le regañó:

—Leonora, por favor, no hagas eso. ¿Qué pensará el cura Samuel de ti? Sabe usted, señor cura, ella está muy triste pues discutimos ayer por primera vez y es por eso que actúa así. No es nada con usted.

Leonora, que era muy sagaz, aprovechó el momento para explicarse:

—Es eso, señor. Le pido perdón si causé una mala impresión, no fue mi intención.

Al decírselo, salió y miró a su tía mientras hacía muecas. La tía, que entendía todas sus señales, dijo rápidamente:

—Vete a tu recámara, Leonora, que estaré contigo dentro de instantes.

—Sí, tía. Permiso.

El cura Samuel miraba a Leonora fijamente. Cuando ella se alejó, comentó:

—No entiendo esta muchacha. A veces se comporta de manera muy rara. Sus ojos a veces parecen tener odio. Discúlpeme, señoras, pero creo que ya es hora de llevarla a la Iglesia. Nunca la vi allí.

—Sí, padre. La culpa es mía. —dijo Elizabeth. —Esté seguro de que el próximo domingo la llevaré.

Aprovechando el momento, Isabel añadió:

—Tiene razón, cura, siempre digo lo mismo con relación al comportamiento de Leonora, pero nadie aquí me da atención. Actúa de manera muy rara esa niña.

—¡Ah! —exclamó Louiza. —Es solo una niña pija y mimada, es lo que es. ¿Qué están pensando? Me admira que hables así de tu propia hija, Isabel.

—A veces pienso que no es mi hija. No se parece a nadie de la familia del

padre. A mí me rechaza como si nouviésemos la misma sangre en las venas.

A Elizabeth no le gustaba nada esa conversación y empezó a cambiar el tema:

—No sabes lo que dices, Isabel. Es por eso que no damos atención a las tonterías que dices. Una madre nunca hablaría de esa manera sobre su propia hija. Por favor, hablemos sobre otra cosa. Creo que el cura no vino aquí para hablar de Leonora. ¿Aceptaría usted almorzar con nosotros?

—No, gracias, señora Elizabeth. Estoy de paso solamente. Vine para decirles que siento la ausencia de Leonora en la Iglesia. Ahora estoy más tranquilo, pues sé que la llevarán el próximo domingo. Las aguardaré. Vaya usted también, Isabel, la oración durante la misa le vendrá muy bien. Es la casa de Dios.

Louiza no permaneció para escuchar los comentarios de su madre y de Isabel. Salió a la francesa hacia la recámara de Leonora. Todo aquello que había acabado de suceder no le cayó bien. Amaba a su sobrina como si fuese su propia hija, aunque comprendiese las razones de la familia para pensar que Leonora tenía raras actitudes. Al fin y al cabo, Leonora era una niña de solamente diez años, una cría. ¿Cómo era posible actuar en determinadas situaciones como una mujer adulta? Incluso su cara cambiaba y sus ojos se engrandecían y brillaban chispas de fuego. Su voz también cambiaba —todo en ella se volvía diferente. Sin embargo, de repente, con la misma rapidez con que se transformaba, volvía a ser una niña linda, tierna y muy dulce. Eso era raro, muy raro realmente.

“Quizás sea mejor que Leonora frecuente la iglesia. Creo que tiene razón el cura.” —pensó Louiza. Llegando a la entrada de la recámara de la sobrina, encontró a Leonora tumbada en la cama abrazando a un gato.

—¿De dónde surgió el gato?

—El gato es mío, tía. Ya lo tengo aquí hace tiempo. No lo cuente a la abuela, por favor.

—¿Cómo tienes ese gato y nadie nunca lo vio antes?

—Es que lo oculto cuando está alguien cerca de aquí. Sé que todos le tienen miedo al gato debido a lo del abuelo.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Leonora?

Bastante asustada con aquella afirmación, pensó Louiza: “¿Cómo pudo recordarse de esa historia? Era tan pequeña cuando todo sucedió. Me recuerdo muy bien de que nadie más en esa casa volvió a hablar sobre el tema.”

—Leonora, dime. ¿Cómo sabes la historia del gato?

—Me acuerdo, tía. Me acuerdo de todo. Incluso lo que le dije al abuelo antes de morir. Dije “abuelo, muera pronto si no abriré la ventana y entrará el gato para llevar su alma”.

Louiza no podía creer en lo que había acabado de escuchar. Se puso pálida y tuvo que sentarse en la cama para no desmayar.

—No lo cuentes eso a nadie, Leonora. ¿Me oyes? A nadie.

Por primera vez Louiza verdaderamente temió. Sintió un malestar muy grande tras escuchar aquella revelación.

Todos habían terminado el almuerzo, pero Louiza casi no había comido. Su madre la miraba preocupada; nunca había visto a su hija así.

—¿Sientes algo, hija? No estás bien.

—Es solamente un malestar, madre. Póngase tranquila. Pronto pasará.

Leonora se retiró de la mesa, estaba ansiosa. A todo momento salía de la mesa y miraba a las afueras.

—¿Qué pasa, mi nieta? ¿Incluso tú estás nerviosa? ¿Qué está pasando?

—Me preocupa el tío Néstor. Está retrasado. Me prometió que llegaría temprano hoy.

—No te preocupes. Siempre tardan mucho esos paseos, muchas veces no regresa el mismo día.

—¡No! Me prometió que llegaría temprano. No se olvidará de mí. Estoy segura.

Leonora estaba inquieta. Bastaba con que alguien sugiriese que Néstor la había olvidado, que su cara empezaba a transformarse. Cuando retomó la palabra, su voz ya era diferente:

—Él nunca se olvida de lo que me promete.

—Pero tú piensas que Néstor no tiene nada más que hacer que satisfacerte, ¿no? —dijo Isabel.

Su tono de voz era de indiferencia, como si realmente quisiese herir a Leonora. La niña saltó hacia su madre y todos que estaban alrededor se asustaron. Parecía que Leonora la golpearía para que se callase.

—¡Cállese ya! Usted solo dice tonterías. Mírese en el espejo y vea cuán ridícula está. ¿Cree que todos son iguales a usted? Cuidado, Isabel, ya está usted inválida, ¿quiere estar muda también?

El tono de amenaza calló a todos. No podían creer en lo que veían sus ojos tampoco en lo que habían oído sus oídos. El cambio en la voz era sobrenatural. Leonora siguió:

—Nunca, nadie, mucho menos usted, madre, me lo quitará a Néstor. Mi

presencia y mi amor a Néstor no te molestan tanto como su presencia me molesta a mí. Por lo tanto, madre mía, tome cuidado.

Al decirlo, Leonora abrió la puerta y salió al jardín. Su altivez era descomunal. En aquel momento, Elizabeth estaba paralizada y, durante algunos segundos, podía jurar que había visto los ojos de Helen. Louiza, que todavía estaba recuperándose del susto que pasó en la recámara, seguía chocada con lo que había acabado de presenciar. No conseguía levantarse de donde estaba para ayudar a Isabel, que también estaba inmóvil. En este exacto momento, llegó Sebastián.

—¿Qué está pasando aquí? Acabo de encontrar a Leonora en el jardín ahogándose en llanto. No conseguía hablar. Entro a casa y las veo en este estado lastimable, como si hubiesen acabado de ver a un fantasma.

Sebastián no escuchó respuesta alguna. Elizabeth apenas conseguía levantarse, y, apoyándose en las paredes, fue a su recámara. Sebastián seguía parado, esperando que alguien hablase algo. Louiza, en silencio, agarró la silla de ruedas de la hermana y también siguió al cuarto.

—No entiendo nada. —gritó Sebastián.

Como siguió sin respuesta alguna, las ignoró y dijo:

—¡Váyanse al infierno! No quieren decírmelo, ok.

Llamó al sirviente y le preguntó acerca de Néstor, pidiéndole que le preparase algo de comer. Se quedó en el salón aguardando a su hermano. El sol ya se escondía cuando llegó Néstor. Al entrar a la casa, percibió que todo estaba muy silencioso, le pareció raro, pues no era tan tarde.

—Domingo por la tarde y nadie en casa. —dijo Néstor en voz alta.

Sebastián, que estaba cerca de la puerta de entrada, le contestó:

—Todas están en casa, pero cada una en su cuarto. Y yo aquí, esperándote. A la hora del almuerzo, todas estaban muy raras, con caras de cañón.

—¿Y no sabes decir qué pasó?

—Les pregunté, pero nadie me contestó.

—Yo tampoco tengo la mínima idea de lo pueda haber pasado. Salí muy temprano, todos estaban durmiendo todavía.

—Algo muy serio pasó aquí, Néstor, nunca vi a mamá y a Louiza de aquella manera. Actuaban de forma muy rara, como si estuviesen en estado de choque. Incluso les pregunté si habían visto a algún fantasma.

—Voy a subir para bañarme. Enseguida le preguntaré a Louiza qué pasó. Y tú, ¿qué haces en casa? Eso también es muy raro. ¿Te ha pasado algo a ti para

que llegases a casa tan temprano?

—No, es que concerté una cita con una mujer y, créeme, no apareció. Eso nunca me había pasado antes.

Néstor sonrió pícaramente y dijo:

—Sí, mi hermano, eso a veces pasa. Estás envejeciendo, no pienses que serás eternamente aquel joven inconsecuente has sido hasta hoy. Las cosas van a cambiar y lo vas a percibir.

Sebastián pensaba en las palabras del hermano. Era verdad, ya había pasado de la edad de casarse, como Néstor. Aún no había conseguido amar a nadie como para formar una familia. Por cierto, todos en aquella casa, con la excepción de Isabel, ya habían pasado la edad.

—Bueno, voy a mi cuarto. Hasta pronto. —dijo Néstor.

Louiza estaba en reposo cuando llamaron a la puerta.

—Pase. —dijo ella.

Era Néstor.

—¿Qué pasó, mi hermana? Cuéntame qué pasó.

—Néstor no sé muy bien cómo contártelo. Fue Leonora...

—¿Leonora? Pero, ¿qué hubo? ¡Habla!

—Tranquilo, Néstor, te lo voy a contar. No sé si te explicaré exactamente cómo ha pasado todo, pues nunca en la vida había visto algo semejante.

—Vamos, Louiza. ¡Dime!

Louiza empezó a narrar la escena con detalles a Néstor, que estaba paralizado escuchándola.

—E Isabel, ¿cómo está?

—En su cuarto. Su estado es lamentable. No ha dicho ninguna palabra hasta el momento y se niega a hablar. Con relación a Leonora, está en su recámara. Después de lo que ha hecho, no hace otra cosa sino llorar. Mamá está totalmente alterada. O sea, no sabemos qué hacer. Lo único que sé es que tenemos que posicionarnos, la niña necesita auxilio o tal vez el cura Samuel nos pueda ayudar.

—No lo sé. Sabes que no me gusta ese cura. Es un inquisidor y, gracias a él, perdí a la mujer a quien más amé en este mundo. Hablaré con Leonora, después veremos.

Al decirlo, salió al encuentro de la sobrina. Llamó a la puerta y, como no obtuvo respuesta, empezó a abrirla bien despacio. Leonora dormía, su rostro aparentaba una suavidad que parecía un ángel en los brazos de Dios. No podía creer en lo que le habían dicho. Se acercó a ella en la cama, no conseguía

desviar los ojos de la sobrina. Había algo en ella que Néstor no conseguía entender, sentía una agonía, una presión en el pecho, unas ganas enormes de abrazarla, ponerla en su regazo, peinar su pelo. Como si leyese su pensamiento, Leonora abrió los ojos y con delicadeza dijo:

—Siéntese aquí, tío Néstor, a mi lado, le estoy necesitando tanto.

Es lo que hizo Néstor. Leonora lo colocó en su regazo y se acercó a él, sollozando bajito. Él no resistía a sus encantos, quería hablar, pero no conseguía. Estaba como si hechizado. Lo único que conseguía hacer era alisar aquel pelo sedoso, con los ojos cerrados, dejándose llevar por la emoción del momento. No podía tocarla, pues sentía en su interior una tranquilidad irresistible. Ella le transmitía todo lo que él más necesitaba: paz. Leonora lo sabía, y a veces lo miraba a fin de comprobar si cumplía su objetivo. Como Néstor no dijo nada, ella pensó: “Lo conseguí de nuevo. Si piensan que me alejarán de Néstor, están muy equivocadas. Nadie conseguirá distanciarnos, seré capaz de todo para evitarlo.”

La mañana siguiente, todos se levantaron temprano y desayunaron en silencio. No se oía palabra alguna, ningún ruido: nadie sabía qué hacer. De repente, como si nada hubiese acontecido, Leonora con voz suave y tono de arrepentimiento, interrumpió el silencio:

—Quiero pedirles disculpas a todos por lo que dije ayer, no era mi intención molestarlas o herirlas con mis palabras, pero, sabe usted, mamá, fue algo más fuerte que yo. Abuelita, créame, las quiero mucho. Soy muy agradecida, especialmente a tía Louiza, que es para mí, como mi segunda madre. No sé qué pasa conmigo, pero, se lo juro, eso nunca más volverá a ocurrir.

Su mirada pidiéndoles perdón conmovió a Louiza y a Elizabeth. Isabel, a su vez, no se convenció. Ya sentía rechazo a la hija y no podía más controlar el sentimiento. Leonora la miró en los ojos y pudo leer sus pensamientos, pero disfrazó. Se acercó a ella, le dio un beso y le pidió perdón. En aquel momento, parecía realmente decir la verdad. Isabel percibió su arrepentimiento:

— Bueno, ya está. ¡Olvidémoslo!

Dijo Néstor que levantó, le dio un beso a su mamá y ya se preparaba para salir cuando Leonora pidió:

—¿Y mi beso? ¿No lo gano?

—Sí, claro que sí, celosita.

Néstor dio media vuelta y le dio un beso a Leonora. Enseguida, salió.

Era como si Leonora emanase un aire de satisfacción, mostrándoles a

todos que Néstor estaba en sus manos y hacía todo lo que ella quería. Además, añadió:

—Bueno, voy a salir un poco a pasear, necesito estar sola un rato para pensar en mis errores. Les prometo que también rezaré. Abuelita, usted verá como cambiaré, se lo juro.

—Está bien, mi nieta, te quiero mucho. Eres una niña muy dulce y tierna, espero que seas siempre así. No dejes que el odio se adueñe de tu corazón. Este sentimiento no combina contigo y tampoco te trae algo de bueno. Es eso lo que tienes que cambiar. Pero vete, reza bastante que te vendrá bien. ¿Por qué no aprovechas y vas a la Iglesia? Te sentirás mucho mejor, seguro, mi ángel.

—Sí. Lo haré.

Le dio un beso a cada una y se despidió. Le pidió a uno de los empleados que preparase su montura. Cuando ya estaba todo listo, cabalgó siguiendo el mismo sendero que hizo Néstor el día anterior. En aquel momento, Leonora se sentía como una cría —lo que realmente era, aunque la mayoría de las veces no actuaba como tal. Se sentía tranquila, calma, como hace mucho tiempo no se sentía. Su pensamiento no podía ser otro: se acordaba de Néstor alisando su cabello, la forma como él la miraba y como eso era un bálsamo en su vida que le tranquilizaba el alma.

Leonora no comprendía la transformación del sentimiento de amor a odio en su corazón siempre cuando alguien de alguna manera la reprochaba con relación al tío. La única persona que hasta ahora no sintió ese odio ha sido el tío Sebastián, pues él nunca había interferido en sus sentimientos por Néstor. Amaba a su madre, a su tía, y principalmente a su abuela, pero era con Elizabeth que su odio aparecía con más intensidad. Eso la confundía. No era posible amar y odiar a la vez. Andaba en sus pensamientos intentando entender sus emociones cuando finalmente encontró las rocas. Sin darse cuenta, había llegado al destino donde se había escondido observando a Néstor el día anterior.

De repente su corazón dio un salto. Se puso ansiosa y confundida. Más cerca de la entrada, sentía en el pecho una agonía sin explicación, pero, como era demasiado terca, no podía detenerse allí. Tenía que descubrir qué conexión había entre Néstor y aquel lugar. ¿Qué hacía él allí? ¿Y qué había de tan bueno que le hacía volver siempre?

Ya había bajado al suelo y entraba por la grieta de la roca, tan angosta que casi no permitía que pasase por allí un adulto. Estaba nerviosa, sentía

escalofríos en el cuerpo, pero aun así, decidió seguir. Caminó un poco más y vio, al final del pasillo, una gruta muy pequeña que le obligaba a encorvarse para poder pasar. Se detuvo y miró durante algunos segundos hacia la entrada. Pensó: “Entraré. Si es aquí adonde viene Néstor, necesito saber qué hay de tan importante.”

Se agachó y pasó la cabeza primeramente, intentando ver algo antes de entrar. Estaba muy sombrío. Tendría que avanzar un poco más para observar mejor el lugar. Fue lo que hizo. Después que entró, esperó hasta conseguir adaptar la visión a la oscuridad y poder ver mejor la gruta. Una pequeña claridad iluminaba una especie de altar o una mesa de piedra, no sabía muy bien. Miró de un lado a otro, pero no vio nada más, era solo eso que había en aquel lugar. Leonora se decepcionó con la descubierta porque no había nada de interesante. Dio algunos pasos acercándose a la mesa pues quería ver si realmente no había nada más. Definitivamente no encontró nada. Su frustración fue tanta que casi lloró. Pensó: “No entiendo qué Néstor hace aquí.”

Leonora miró de nuevo su alrededor y, mientras tanto, puso las manos encima de la mesa y trató de analizarla para comprobar si era real. Pasaron algunos segundos cuando sintió escalofríos recorriendo todo su cuerpo. Tuvo un augurio de que alguien estaba allí. Miró rápidamente alrededor de la gruta, pero nada encontró. Sin embargo, su instinto seguía diciéndole que alguien la miraba fijamente. Su primer impulso fue correr, pero no le obedecían las piernas. Estaba totalmente aterrorizada, quería gritar, pero la voz no salía, apenas oía a sí misma, hasta que, tras mucho esfuerzo, hizo una pregunta:

—¿Quién está ahí? ¿Hay alguien?

De repente, vio que alguien la miraba. Fregó los ojos para garantizar que estaba realmente viendo la imagen de un anciano sin camisa, encorvado, sentado próximo a la mesa. No creía en lo que veía. Abrió y cerró los ojos para confirmar si aquello era real. “Sí, lo es” —pensó.

Él estaba allí, mirando al otro lado, y, lo más raro: justo en aquel instante Leonora no sintió miedo. Todo su pavor había desaparecido. Anduvo bien despacito para llegar más cerca del hombre, cuando oyó una voz:

—Basta. Para exactamente donde estás. No te acerques.

—Pero, ¿quién es usted?

—¿No me reconoces, Leonora? Somos viejos amigos. Te espero hace mucho tiempo.

—¿Y cómo sabe mi nombre? ¿Me conoce? No me acuerdo de conocernos.

—Claro, Leonora. Te conozco hace muchos años y estoy aquí en la gruta

esperando tu crecimiento físico para que al fin pueda ayudarla. Mientras tanto, cuido tu vieja alma o lo que sobró de ella.

—No comprendo muy bien lo que dice. ¿Mi tío Néstor le habla de mí?

—Oh, ¡no, no! —sonrió. —Tu tío no me conoce, pero gracias a él, estoy aquí en esta gruta.

—Ahora que menos aún entiendo. Sea más claro, por favor. Pero antes, dígame su nombre.

—Me llamo Bartolomé, hasta el momento es solo lo que te voy a decir. Tienes que tener paciencia. Con el tiempo, te explicaré mejor sobre lo que necesitas saber. Todavía eres muy niña para entenderlo, pero quiero que sepas que soy una especie de ángel de la guarda. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Mi tía ya me ha leído muchas historias de ángeles de la guarda. Cada niño tiene uno. No pensé que era verdad. ¿Quiere decir que todo lo que necesite usted puede ayudarme?

—No, no es así. Te ayudaré dándote consejos y haciéndote recordar el pasado lejano que vive dentro de ti. Necesito enseñarte a perdonar y después, te llevaré conmigo.

—¿Adónde me llevarás? No voy a ningún sitio, señor. ¿Me oye?

Leonora se enojó con lo que le dijo el viejo. No por querer llevarla a algún sitio, sino porque se alejaría de Néstor, así que añadió:

—Solo iré con usted a algún sitio si va también tío Néstor.

El viejo sonrió, la miró y con paciencia y ternura le dijo:

—No te pongas así que solo irás cuando me lo pidas. Ahora solo charlamos, nada más.

—De acuerdo, ángel de la guarda. Ahora nos entendemos mejor. ¿Puedo llamarlo así?

—Claro, pero, a partir de ahora, te pido que reces bastante pues necesitas mucha oración. Tu alma la necesita pues no consigue encontrar la paz.

—No entiendo eso de alma. ¿Qué quiere decir?

—Alma, hija mía, es lo que somos. Esa carne que llevamos afuera, o sea, nuestro cuerpo, se llama materia. Lo que sí es verdad es lo que llevamos adentro, escondido, en el corazón. Es lo que llamamos alma, nuestra verdadera esencia, la que nunca termina, nunca se acaba. La materia podrece cuando morimos o, a veces, incluso en vida; pero el alma vive para la vida eterna.

Leonora pensaba en sus palabras y le preguntó:

—Entonces mi alma no está en paz, como usted dice. ¿Y es por eso que necesita que rece por ella? Pero, dígame, ¿por qué no está en paz? ¿Qué está

molestando mi alma para que se ponga así, sufriendo y necesitando oración?

—Es el sentimiento de odio, mi hija, es la ignorancia de tu espíritu que no sabe perdonar, pero lo entenderás con el tiempo. Por ahora, lo que tienes que hacer es tener fe, creer en Dios, descubrir cómo conversar con Él y sacar el odio de tu corazón. Es así que podrás comprender las cosas y obtener las respuestas de tus preguntas.

—Entonces, ¿tendré que ir a la Iglesia como mi abuela y creer en aquel cura a quien no soporto?

—Sí, y yo también podré enseñarte, pero no tienes que frecuentar la Iglesia. Ese será tu primer paso hacia el perdón y el amor de Dios.

Leonora se puso preocupada por las palabras del ángel de la guarda. No sabía el motivo, pero, al oír sobre el amor de Dios sintió un temor.

—Ahora, mi hija, ya está tarde y debes ir a casa. Siempre que necesites una palabra amiga ven aquí, yo te estaré esperando. Nunca te lo olvides.

Leonora había tenido su primer contacto espiritual. No entendía qué pasaba, pero, con el tiempo, comprendería cuán necesario le había sido ese momento, cuánto ese espíritu aún la ayudaría y cuán necesario había sido ese encuentro que, gracias a su curiosidad, se hizo posible.

Leonora pasó enfrente a la Iglesia y la miró a distancia. No conseguía imaginarse allí. Un sentimiento muy fuerte la hizo acercarse para husmear. La única vez que había entrado a una Iglesia había sido de niña y no se acordaba cómo era su interior. Supo por lo que la abuela le contaba, que lloraba todo el tiempo y que le molestaba al cura. Él entonces le pedía que la sacase de allí pues no conseguía celebrar la misa.

Desde la parte de fuera de la Iglesia, Leonora miraba las ventanas alrededor y observó que una de ellas estaba entreabierta. Como no alcanzaba la ventana, buscó algo en que subir. Encontró cerca de allí un pequeño tronco cortado de madera y lo colocó bajo la ventana. Luego, subió y alcanzó la ventana abriéndola despacio, pues no quería que nadie la pudiese ver.

Mirando el interior de la Iglesia, percibió que había mujeres que rezaban en silencio, hombres que encendían velas y el cura inquisidor, con su voz austera, que hablaba sin parar. Sentía escalofríos solo en oírlo, no toleraba su voz. Sentía miedo y odio. Incluso tuvo malos pensamientos. Durante algún tiempo, miró las ropas bordadas de la gente hasta que algo ofuscó su visión. Tuvo una mala sensación, como si sintiese su cuerpo quemado. Un calor muy fuerte subió por sus piernas. Quería gritar para pedir ayuda, pero, de repente, como un relámpago apareció delante de ella una visión. Era fuego. Mucho

fuego. Sin darse cuenta de que miraba fijamente a la vela que estaba cerca al cura, deseó, con una fuerza sobrenatural, que las ropas del cura se incendiasen.

El cura sintió que alguien lo miraba y se volteó hacia la ventana donde estaba Leonora. Ella estaba allí con los ojos negros desbordando odio. Parecían los ojos del demonio. El cura se aterrorizó con la visión de aquellos ojos y no percibió que sus ropas se incendiaban. Todos en la Iglesia gritaron, pero el cura no se movía. Estaba como hipnotizado. Las personas corrieron intentando apagar el fuego que ya se había extendido a todo su hábito.

—Señor cura, por Dios. ¡Despiértese! Está usted en llamas. —gritaba una mujer, como loca, para que el cura saliese del estado de trance.

Leonora, con el lío, volvió a la normalidad y, bastante asustada, bajó rápidamente de la ventana, dejando atrás aquella escena. Salió a toda velocidad, galopando a caballo hacia su casa. Estaba horrorizada, pues se acordaba muy bien de haber deseado que el cura se incendiase y de haber cumplido su deseo segundos después.

Al llegar a casa, corrió a su recámara. Buscó al gato en el armario pero no lo encontró. Lo llamó cuchicheando hasta que él apareció en la ventana. Leonora la abrió para que él entrase, lo puso en su regazo y le acarició el pelo, contándole todo lo que había sucedido en la Iglesia.

—¿Sabes lo que hice, no?

Lo miraba esperando una respuesta.

—Creo que se quemó el cura.

Sonrió socarronamente.

—Lo malo es que me vio y vendrá a verme, estoy segura. Le chismeará a la abuela sobre mi presencia hoy en la Iglesia. Tengo mucho miedo, necesito tu ayuda pues no sé qué hacer. No puedes contárselo a nadie.

Como si el gato la comprendiese, la lamió la cara y salió rápidamente como si estuviese listo para atacar a una presa.

El resto de la semana había pasado tranquilamente. Leonora, a cada ruido que escuchaba, se ponía atenta para ver si llegaba el cura. Cuando percibía que no era él, tomaba una respiración profunda de alivio. Isabel, que siempre ponía atención a la niña, reparó que algo le pasaba. Sin embargo, nada dijo pues se negaba a hablar con su hija. Prefería observar y callarse.

Después del episodio con Leonora, la salud de Isabel empeoró. Estaba extremadamente débil, tenía mucha tos y respiraba con dificultad. Apenas salía de la recámara y casi no charlaba con nadie. Además, siempre miraba hacia el

vacío como si soñase despierta.

Ya era domingo. Elizabeth se despertó temprano y le pidió que Louiza despertase a Isabel y a Leonora para que fuesen juntas a la Iglesia, conforme había prometido al cura. Primeramente, Louiza entró a la recámara de Isabel, que ya se encontraba lista para el desayuno. Luego, entró a la recámara de la sobrina, avisándole que tenía que levantarse para ir a la Iglesia con la abuela. Al escuchar aquellas palabras, Leonora se desesperó y pensó que tenía que hacer algo para no ir. Rápidamente, simuló una falsa enfermedad: empezó a toser y se quejó de dolor de cabeza. Interpretaba muy bien el papel de enferma como una verdadera artista.

Cuando le contó a la tía qué pasaba, Louiza inmediatamente informó a los demás en el salón. Todos se preocuparon, pues Leonora nunca había estado enferma antes. Tenía una salud de hierro. Néstor se puso visiblemente nervioso e iba cada hora comprobar si no tenía fiebre. La única que no se dejó engañar por la farsa fue Isabel. De alguna manera sabía que Leonora mentía. “Son todos unos idiotas. Esta niña les hace a todos unos tontos. Un día la conocerán de verdad. Que Dios me perdone, pero Leonora no es mi hija. Lo siento en el corazón.” —pensó.

En este momento, Isabel empezó a llorar y Elizabeth comentó:

—No es necesario llorar, Isabel, la niña ya estará bien.

Isabel la miró y, por primera vez tras el episodio, dijo:

—Madre, lléveme a la Iglesia. Necesito rezar.

Isabel no expresó sus sospechas, pues sabía que no serviría de nada.

—Sí, claro, Tienes razón. Tengo que disculparme con el cura. No quiero que piense que no cumplí la promesa de llevar a Leonora a la Iglesia.

Elizabeth le pidió a Sebastián que preparase el carruaje. El hijo, sin protestar, obedeció a su madre. Elizabeth no entendió esa actitud y pensó: “No protestó, no se quejó, no dijo nada. ¡Qué raro! Pasa algo con Sebastián”.

Lo que no sabía Elizabeth es que a Sebastián le gustaba una chica que era muy católica y no salía de la Iglesia. A él le encantaría ir también justo para verla. Cuando llegaron a la Iglesia, Elizabeth y Sebastián ayudaron a Isabel con la silla de ruedas. Un cura de la Iglesia se acercó a ellos y dijo:

—Buenos días. ¿Cómo están ustedes? Me alegro mucho en verlos aquí, pero no están todos. ¿Dónde está Leonora?

—Estamos bien, gracias. Con relación a Leonora, infelizmente está resfriada y no se encuentra bien. Louiza y Néstor se quedaron en casa cuidándola.

—Bueno, entremos que ya comienza la misa.

—¿No es el cura inquisidor que la celebrará hoy?

—No, señora. —contestó el cura sustituto. —¿No supieron qué le pasó a él?

—No. —contestaron juntos. —No supimos nada.

—Ha sido una tragedia. Ahora tengo que celebrar la misa, pero enseguida conversaremos y les contaré todo.

Isabel sintió una aflicción en el corazón, un mal augurio. Algo en su alma le decía que Leonora era la responsable de lo que sucedió al cura Samuel. No sabía explicar las razones de saberlo, pero sentía en lo más profundo de su alma, que su hija era culpada.

Isabel y Elizabeth apenas pusieron atención a la misa. Estaban preocupadas y ansiosas en saber qué había pasado al cura inquisidor. Al fin de la misa, Sebastián dijo que le gustaría quedarse un poco más allí. A Elizabeth le pareció rara esa actitud, pero las dos lo dejaron solo y salieron al encuentro del cura. En cuanto llegó, el sacerdote les contó los sucesos de la tragedia, no olvidándose de ningún detalle, especialmente de los gritos de horror del cura cuando se estaba quemando.

—Así que el cura Samuel está con quemaduras de segundo grado. Su cuerpo está horrible, casi se murió. ¡Imagínense qué ironía del destino!

—¿Por qué? —le preguntó Isabel.

—Bueno, todos saben que el inquisidor es quien condena a las personas que utilizan hechicería, mandándolas a la muerte en la hoguera. Y, justo él, es el que casi muere quemado. Que Dios me perdone por mis pensamientos pero, la verdad es que el cura solo promueve la condena porque recibe una orden superior divina. Es solo un comentario, no estoy aquí para juzgar a nadie, ni al cura Samuel.

Elizabeth estaba atormentada. No paraba de pensar en Helen. Volvió a escuchar sus gritos de horror y se sintió mal. Su mala conciencia la recordaba de todo lo que había sucedido aquel día. Elizabeth realmente sentía miedo. Un miedo terrible del castigo de Dios. El cura siguió la conversación:

—Llamamos al doctor, que se quedó dos días al lado de Samuel, cuidándolo hasta que percibió que ya estaba fuera de peligro. Lo dejamos un segundo solo mientras cenábamos cuando escuchamos su agonía. No pueden imaginar el horror en su voz. Corrimos lo más rápido que pudimos y entramos a la recámara. Casi desmayamos de susto. Había un gato sobre Samuel, que salió inmediatamente cuando llegamos. Lo había rascado en el cuerpo y en el

rostro. Los ojos saltones del cura nos hicieron pensar que el gato intentaba arrancarlos. Fue algo diabólico, señoras, nunca me olvidaré de los gritos de horror.

Madre e hija taparon los ojos a la vez, de tanto desasosiego que sintieron con la historia del gato. A ellas les gustaría preguntar más sobre el animal, pero no tuvieron coraje. Se acordaron de la escena de la muerte de Damastor. Isabel se descontroló. El cura salió a buscarles un vaso de agua, había notado que la historia las había perturbado demasiado. Volvió apresuradamente con el agua y aguardó que se recuperasen un poco. Enseguida, siguió la narración:

—Sus gritos fueron asombrosos. Durante dos días y dos noches, bramó sin cesar. Ahora parece que el dolor ya está menor, pero no más ve o habla.

—¿Cómo?

—Sí, está ciego y mudo. Su apariencia es de un monstruo, nadie se le acerca, sus heridas no cicatrizan y huelen muy mal. Le ponemos la comida y salimos de la recámara, pues el olor es insoportable. Es como si su carne estuviese pudriendo en vida. Bueno, han sido estos los hechos, señoras. Esa tragedia nos marcó mucho. Hasta el momento no sabemos de dónde surgió el gato o tampoco por qué ha hecho eso, pero seguro Dios tendrá una explicación para todo. Nos cabe a nosotros rezar y pedirle que se apene del cura Samuel, pues es un sufrimiento muy fuerte para cualquier ser humano.

En la sacristía, donde estaban, se hizo un enorme silencio. Isabel y su madre intentaban recuperarse del choque. Elizabeth no pronunció palabra alguna. Se levantó y amparó a su hija que casi desmayaba. Llamó a Sebastián y le pidió que se fuesen de allí lo más rápido posible. Durante todo el camino, Elizabeth no paraba de pensar en las palabras del cura: ningún ser humano soportaría el dolor y el sufrimiento que siente el cura Samuel. ¿A cuántas personas se les quemaron vivas? ¿A cuántas personas les torturó hasta la muerte el cura Samuel? Era castigo. Sí, estaba segura. Castigo de Dios. Su sufrimiento tal vez sea para que él se acuerde de los actos de crueldad que durante mucho tiempo proporcionó a las personas, usando de su autoridad y poder, siempre en nombre de Dios, claro, usándolo como escudo para sus barbaridades. Ahora Elizabeth estaba segura de que un día llegaría el momento de también pagar por lo que hizo en el pasado. “Creo que ya lo estoy pagando hace mucho tiempo. ¿Cómo puedo juzgar al cura Samuel que actuaba según el nombre de Dios? ¿Y yo, que actuaba en nombre de la vanidad y del prejuicio?” —pensó.

Todo lo que había pasado en su familia desde siempre era su culpa. Se

despertaba todos los días esperando alguna tragedia y, cuando dormía, siempre tenía pesadillas. Los ojos de Helen siempre han acompañado sus sueños.

No se dio cuenta cuando llegaron a casa. Isabel todavía estaba en choque, con los ojos paralizados, sin vida y con mucho miedo. Sebastián comentó que ya sabía de lo del cura Samuel pero no veía sentido para que las dos estuviesen así. Elizabeth mandó que se callase, que llevase a la hermana a una recámara y que llamase a un doctor. La matriarca de la familia estaba completamente devastada, seguía hacia su cuarto cuando cruzó con Néstor y Louiza en las escaleras:

—Y Leonora, ¿se encuentra bien?

—Sí, madre. Está mejor. —respondió Louiza. —Pero, ¿qué ha pasado? ¿Por qué tienes esa cara?

—Más tarde se lo contaré, pero, ahora, por favor, alguien esté con Isabel, ella no está bien. Yo descansaré un rato y conversamos mejor en la cena.

Elizabeth se ausentó, dejándoles muy preocupados.

—Madre mía, Néstor. No me ha gustado nada la cara de nuestra madre. Algo muy serio pasó, ¿no lo crees?

—Creo que sí. Estaba con el semblante muy desalentado. De todas formas, yo veré a Isabel. Si necesitas algo, llámame.

A la hora de la cena, la familia se encontró a la mesa. Elizabeth, entonces, narró todo lo que le había sucedido al cura Samuel. Aquella noticia entristeció a todos. Incluso Leonora se consternó con la tragedia. A ella no le gustaba el cura, es verdad, pero solo de pensar en su dolor, se compadecía.

Dos días se pasaron y Leonora no había parado de pensar en su ángel de la guarda. No le había comentado a nadie sobre eso, era secreto. Quería mucho volver a la gruta y esperaba la primera oportunidad para hacerlo. Isabel estaba muy enferma. Los últimos acontecimientos habían comprometido demasiado su salud. Los médicos la habían visitado para intentar revertir el cuadro de salud que tenía. A pesar de los esfuerzos, no sabían más qué hacer. Diagnosticaron como emocional su principal problema de salud, pero no atestaban ninguna cooperación de la paciente para salir de estado depresivo en el cual se encontraba.

En el corazón de Isabel había mucha amargura: el abandono del marido en la flor de la vida, la invalidez debido al parto, y, la mayor de todas las angustias era el hecho de no aceptar a Leonora como hija. Leonora, por instinto, sabía que su madre la rechazaba, siempre lo supo. Este sentimiento le

causaba a la niña mucha tristeza y, algunas veces, odio. A pesar de todo, estaba triste y preocupada por la salud de su madre, pues sabía que si no reaccionase, moriría. Algunas veces, Leonora iba a la recámara de su madre e intentaba entretenerla. Sin embargo, Isabel no la miraba, como si tuviese miedo a sus ojos. Simplemente el cariño de la hija le causaba repulsa. Leonora lloró algunas veces por culpa del comportamiento frío de la madre. Louiza ya había conversado con Isabel, pero no había nada que hiciese cambiar el sentimiento que tenía por Leonora.

Hacía mucho calor aquella noche. Todos estaban en el jardín refrescándose, como hace mucho no hacían. La familia entera estaba reunida. La conversación estaba animada. Leonora les causaba gracia con sus historias, menos a su madre, por supuesto. Algunas horas después, Isabel, que hace tiempo no hablaba nada, les sorprendió a todos murmurando:

—Quiero hacerles un pedido. Si yo muero, quiero que manden a Leonora a vivir con el padre en Italia.

Todos se levantaron sorprendidos con el pedido y también con el hecho de que Isabel había hablado nuevamente. Leonora incluso se atragantó con un trozo del pastel.

—Pero, hija, ¿qué dices? Eso es una locura y, además, no te vas a morir ahora.

—¡Madre! Haga lo que le digo, y llévela lejos de aquí. —dijo Isabel.

Néstor se indignó, no podría aceptar aquel pedido. Interrumpió la conversación:

—¿Cómo puedes hacer eso, Isabel? ¿Con tu propia hija? Sabes muy bien que aquel hombre nunca se importó con Leonora. Su padre siempre ha sido yo. Nunca permitiré ese disparate.

Leonora, con lágrimas en los ojos que ya bajaban por las mejillas, dijo:

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué apartarme de todos? Sabe usted muy bien que no conseguiré separarme del tío Néstor. ¿Es por eso, no? Pues sepa que ni usted ni nadie me alejarán del tío Néstor. Ya les había dicho antes, pero parece que no me cree, ¿verdad? Muera en paz o en desasosiego, pues nunca saldré de aquí sin el tío Néstor.

Su voz externaba tanto odio que Néstor ordenó que se callase.

—Nunca más quiero oírte hablando de esta manera, ¿oíste, Leonora? ¡Nunca más!

La muchacha salió corriendo a la recámara. Sus ojos ardían en llamas. Una vez más Néstor le regañaba por culpa de Isabel. Trastornada y con la mirada

diabólica, pensaba: “Lo arreglaré”.

Todos durmieron; no había motivos para quedarse juntos. Isabel no estaba bien y gimió toda la madrugada. Leonora, que no había dormido, oyó sus gemidos, agarró su gato y fue a la recámara de la mamá. Abrió la puerta despacio, entró y se acercó a Isabel. En su oído, murmuró:

—Madre, despiértese. Vea quién he traído para pasar la noche con usted.

Isabel giró la cabeza y vio el gato con su hija. Ella decía:

—Mire cómo es lindo, madre. Sabe, este gato fue la causa de la muerte del abuelo y del cura... Él ahora quiere llevarle a usted. Yo no quería, pero siento que a usted no le gusto. Y él está muy triste.

Isabel intentó gritarle a alguien pero no conseguía:

—No, Leonora, llévalo ya.

Intentaba alejarlo con la mano, pero ha sido en vano. Leonora lo tiró encima de la madre. Isabel se aterrorizó. Su pavor fue tan grande que su corazón no resistió. Murió con los ojos salteados pidiendo socorro.

Ya amanecía cuando oyeron un grito que venía de la recámara de Isabel. La empleada de casa encontró a Isabel muerta y su fisonomía de terror la hizo gritar. Una tragedia más ocurría en la familia.

Algunas horas se pasaron. Elizabeth ya estaba en el velorio de la hija completamente destrozada. Aquella mañana la envejeció más de diez años. Antes, sus cabellos tenían canas que denunciaban su edad. Ahora, estaban totalmente blancos.

Una semana después, Leonora parecía realmente sufrir por la muerte de la madre o, por lo menos, conseguía que los demás creyesen en su tristeza. Aquella mañana, se había despertado temprano para ir a la gruta contarle a su ángel de la guarda todo lo sucedido y decirle que no tenía la culpa. En sus sueños, Bartolomé le recomendaba pedirle perdón a Dios que no dejase de rezar por su alma y por la de las almas que ya habían partido. Su pensamiento se interrumpió con la presencia de Néstor.

—Tío Néstor, usted no permitirá que me lleven, ¿cierto? Ha llegado una carta de mi padre, pero la abuela no comentó nada. ¿Será que me llevará?

—Tranquilízate, no es eso. Nos escribió para darnos el pésame por la muerte de su madre. Nada más.

—¡Qué alivio! —exclamó Leonora.

—Pensé que la abuela escondía algo de mí. Voy a salir a pasear un poco.

Néstor le dio un beso demorado en su rostro. Un calor subió por su rostro cuando sus labios se acercaron a ella. En cuanto percibió lo que sentía, se

alejó. Leonora le preguntó:

—¿Qué pasó, tío? Tienes la cara roja como un tomate.

—No es nada. Ha sido el calor. Creo que hoy será un día muy caluroso, tómate cuidado. No te alejes mucho.

—Está bien.

Al decírselo, salió cantando alegre.

Néstor la miró y pensó: “Está ya una niña grande. En breve tendrá quince años. El tiempo pasa muy rápido. Otro día aún era una niñita. Tengo que explicarle que no es más una cría.”

Leonora, con ansiedad, llegaba a la gruta. En su interior, sentía remordimiento por sus pensamientos y actitudes, pero no podía culparse totalmente pues siempre creía que la muerte de todos había sido merecida. Como ya conocía el camino, corrió en la gruta sin cuidado y se lastimó en las piedras. Debido a la prisa, no observó la sangre que escurría de su brazo. Al acercarse a la mesa, gritó:

—Ángel Bartolomé, estoy aquí. ¿Dónde está?

Miró donde se encontraron la última vez, pero no vio a nadie. Lo llamó nuevamente. Cuando miró hacia la mesa, él estaba sentado como si fuese un objeto de decoración.

—Estoy muy triste contigo, Leonora. Con el odio que llevas en el corazón, tú provocaste la muerte de dos personas. Te has equivocado. ¿Cómo te haré entender que no debes actuar de esa manera?

—¡No me he equivocado! Usted piensa que sabe todo, pero no sabe. Esas personas eran malvadas. Sí, lo eran.

—No cabe a ti juzgarlas sino a Dios. Solo Dios sabe qué merecemos o no. Es Él quien nos dice si es la hora de partir. Y no tú.

—Pero, ángel, no consigo controlarme. Es más fuerte que yo. Pienso una cosa pero hago otra, como si una fuerza mayor dominase mis ganas.

—Esta fuerza, niña, se llama odio. Tienes que dominarlo, porque después pasarás por una prueba más grande.

—¿Qué prueba?

—La prueba entre la fuerza del amor y la fuerza del odio.

—Bartolomé, dígame. ¿Cuál es la fuerza más grande?

—Eso tú me lo dirás un día.

—No entiendo. Ayúdeme. No quiero nunca más matar a nadie. Es decir, no quiero más desear la muerte de nadie.

—Tienes mucho que aprender, Leonora. Siéntate aquí cerca de mí que

empezaré enseñándote la primera lección.

Hermano Bartolomé habló durante mucho tiempo con Leonora. Ella lo escuchaba con mucha atención. Lo interrumpía a veces haciendo alguna pregunta. Lo que más le sorprendió fue el tema de la reencarnación. Una vez más, él le explicaba cautelosamente pero ella todavía era muy joven y no lo comprendía bien. Solo hizo una breve introducción al tema, pues no quería confundirla más. Leonora tenía dificultades para comprenderlo porque había sido criada bajo las normas y conductas de la religión católica. Ahora, aprendía sobre el mundo de los espíritus como una nueva forma de ver las leyes de la vida. Todavía no sabía en cuál base creer.

—Mi ángel, ¿En cuál de las dos creeré? ¿En lo que me dices o en la Biblia?

—En los dos. Sin embargo, cuando crezcas, podrás elegir aquella con la cual más te identifiques.

—Entonces, ¿quiere decirme que la gente que muere vuelve a nacer de nuevo?

—Sí. ¿Entiendes ahora qué significa la reencarnación? ¿Y el motivo de seguir las leyes de Dios?

—Pienso que sí. Si cometo muchos pecados en la vida. Volveré a pagar mis errores.

—Es más o menos así. Todo ese proceso está acompañado de muchas otras cosas, no solamente de errores.

—La Biblia nos dice que “del polvo venimos y al polvo volvemos”. Las religiones son diferentes unas de las otras, ¿no le parece, ángel?

—Parcialmente, hija. Lo que más importa es que todas tratan de Dios. Creyendo que hay un Dios que todo lo ve y sabe, piensa en su hijo Jesús y aprenda con él a perdonar. Él fue capaz de perdonar a todos que lo condenaron a morir en la cruz.

A Leonora le encantó oír las palabras de Bartolomé. Se sorprendió con su sabiduría y principalmente con la manera tranquila y tierna que usaba en la conversación. Esa calma le ablandaba el espíritu.

—Ya me voy, Bartolomé. Todos deben estar preocupados por mi ausencia.

—De acuerdo. Pero no te olvides, Leonora: no permitas que el odio te domine. Nunca te olvides de mis palabras. Nos quedaremos un tiempo sin hablarnos, pero, cuando sientas que fracasará de nuevo, piensa en mí, pues estaré aquí auxiliándote por medio del pensamiento.

—Quédese con Dios, Bartolomé.

Leonora se admiró con lo que dijo; nunca había mencionado a Dios. Aunque sin querer, lo pronunció de corazón.

Bartolomé le sonrió y dijo:

—Vete con Él, mi pobre niña.

Durante algunos años, la vida pasó tranquila en la casa de la familia, como si el tiempo los hubiese dejado en paz. Louiza seguía observando a Leonora; era una tía atenta y se preocupaba por sus estudios. ¡Leonora ya había probado ser muy inteligente! Sebastián se casó y vivía con la mujer en París. Los fines de año, pasaba las vacaciones con la familia. Siempre traía regalos a Leonora que ya estaba crecida y muy vanidosa.

Néstor cuidaba los negocios de la familia y se salía muy bien. Acompañaba el crecimiento de la sobrina y creía que ella cada vez más se parecía a la única mujer que había amado en la vida. Leonora se parecía tanto a Helen que Elizabeth apenas la miraba. Últimamente, evitaba cruzar la mirada con la nieta lo máximo que podía. Solía estar todo el día en la recámara y casi no salía para nada. Cuando Leonora la visitaba allí, la abuela fingía dormir. Esa situación se agravaba cada vez más. Leonora se entristecía con el rechazo de la abuela y Néstor y Louiza no sabían más qué decirle.

La naturaleza no da saltos; la superación de nuestras debilidades no será en un santiamén. Dios nos ama incondicionalmente y en su misericordia interfiere siempre a nuestro favor, apoyándonos en nuestra larga caminata. Él nos envía ayuda por medio de nuestros amigos protectores que nos mandan consejos y avisos en el interior de nuestro corazón. Sin embargo, tenemos en nuestras manos la opción de oírlos o no. Es lo que llamamos libre albedrío. El cambio de nuestras actitudes no es un proceso fácil pues es necesario auto conocimiento para entender cómo funcionan las leyes del universo. De esa manera, conseguiremos esforzarnos para controlar nuestras emociones que, muchas veces, están más allá de nuestra comprensión. Las diferentes situaciones por las cuales pasamos en la vida son bendiciones divinas que se presentan para experimentarnos y probarnos nuestra fe. A lo largo del tiempo, debido al dolor y al amor, conseguimos fortalecernos y superarnos, siguiendo los mandamientos de Dios para el aprendizaje de cada uno. En cualquier momento de la vida, la oración verdadera, aquella que sale de lo más profundo del corazón, es nuestro norte divino. Nos fue dado para que consigamos sentir la presencia de Dios y elegir la opción correcta en cada situación.

Leonora, una niña con sentimientos extremos y antagónicos, no consigue

comprender las razones del odio que siente, pero sabe que cuando lo permite dominar sin control, despierta energías opuestas a la bondad, causando sufrimiento y muerte de personas que ama u odia. Dios, en el amor, le envía un ángel protector que, por medio del aprendizaje sobre las leyes de la vida y del perdón, empieza a sembrar en su corazón las semillas del bien. El tiempo necesario para que ellas crezcan y rellenen el alma de Leonora con perdón, dependerá del esfuerzo que hará para superar el odio y dejar que apenas el amor viva en su corazón.

Capítulo 4 —Secretos Revelados

Diecinueve de febrero de 1525. Era el día de la celebración de los 15 años de Leonora. Toda la casa estaba en ritmo de los preparativos para la gran fiesta. Néstor mandó que preparasen la recepción más linda, nunca antes vista en los alrededores. No había tío más orgulloso que él. Su sobrina estaba una joven tan linda que todas las otras de su edad envidiaban su belleza.

Todos aguardaban la llegada de Sebastián, que vendría para la fiesta de su sobrina. Elizabeth, en ese día especial, resolvió salir de la recámara para ayudar a Louiza, que estaba bastante atareada con la organización de la fiesta. Leonora se puso contenta al ver que la abuela, dispuesta, la ayudaba.

—¡Abuela, cómo estoy feliz en verla aquí con nosotros! Pensé que no vendría a ayudarnos.

—Yo también estoy muy feliz, mi nieta. Hoy es un día muy importante. Tengo un recuerdo para darte. Está en mi recámara, ve a buscarlo.

Leonora le dio un beso a Elizabeth, le agradeció y salió a buscar su regalo. Tras algunos segundos, vuelve con una Biblia en las manos, toda recubierta con el papel más caro de la época y con la tapa enchapada en oro.

—Gracias, abuela, me gustó mucho el regalo.

—Es para usarla. Encontrarás palabras de sabiduría en estas páginas y estoy segura de que ellas la ayudarán mucho a lo largo de tu vida.

—Está bien, abuela, todas las noches leeré un fragmento, ¡Se lo prometo!

—¿Quién rezará la misa, Louiza? ¿Ya providenciaste el cura que vendrá a realizarla?

—Sí, mamá, el altar está lindo, vaya hasta el jardín y deme su opinión.

Todos estaban muy felices aquel día, se sentía en el aire una paz que le causó a Elizabeth cierta preocupación: “No tenemos esta paz por aquí hace mucho tiempo. Eso no me está gustando nada, esa brisa caliente que estoy sintiendo me parece un mal augurio. Dios mío, tenga piedad de mí, no soporto ver más desgracia. Perdóneme, mi Padre, y libre a mi familia de cualquier mal.”

Elizabeth aprovechó que estaba en el altar puesto para la fiesta y rezó por

algunos minutos. Estaba realmente preocupada con aquella serenidad. Sentía como si no mereciese tener aquella tranquilidad en su familia.

Estaba todo listo para la fiesta. Faltaban solamente dos horas para que los invitados comenzasen a llegar. Sebastián ya debería haber llegado, pero estaba retrasado. Louiza mandó que Leonora se arreglase y todos también hicieron lo mismo. Todo estaba organizado, solo aguardaban el inicio de la fiesta. Leonora estaba en su recámara arreglándose. Su tía había mandado venir desde París su vestido para el baile. Era la ropa más bonita que Leonora había visto. Ella estaba encantada. Había pequeñas perlas bordadas alrededor del osado escote por el que se podía ver parte de los bonitos y grandes senos. La tela era de tul blanco con encajes de color marfil que contrastaban con su pelo castaño—oscuro, que relucía y se movía de acuerdo con los movimientos de la cabeza. Leonora llevaba en la cabeza una pequeña diadema adornada de perlas a fin de que su peinado no se descompusiese. Apenas se puso el vestido, alguien llamó a la puerta.

—¡Pase! —dijo Leonora.

Era Néstor, que traía algo en las manos.

—¡Tío Néstor, qué bien que viniste hasta aquí! Aprovecha y ayúdame con el vestido. Le dio la espalda para que él le abrochase los varios botones que iban desde el hombro hasta la cintura.

—¡Cuántos botones! —exclamó Néstor. —Pero estás linda, mi sobrina, y apuesto que no habrá mujer más linda que tú en la fiesta.

Leonora se sentía muy complacida cuando Néstor la elogiaba. Se transformaba inmediatamente.

—Ahora te pongo mi regalo en tu cuello.

Néstor levantó su pelo para facilitar y un aroma suave de colonia penetró en sus narinas. Él, totalmente alucinado, se acercó para sentir mejor la fragancia que mucho le agradaba. Leonora, al sentir su respiración muy cerca de su pelo, se acomodó y se acercó aún más a su cuerpo. Néstor le ponía el collar grabado de diamantes y perlas que había comprado para regalarle, cuando un calor se apoderó de todo su ser. No conseguía resistir a aquel cuerpo tan cercano al suyo. En este momento, le tomó a Leonora en sus brazos, acercándola aún más a su cuerpo. No conseguía controlar sus emociones que en aquel instante eran más fuertes que su racionalidad y empezó a besarle la espalda, el cuello...él estaba muy alterado y Leonora susurraba su nombre.

—Néstor, te quiero, te quiero mucho.

Leonora se volteó mansamente para que sus labios se encontrasen con los

de Néstor. Él no razonaba nada más. Aquella boca carnosa tocando la suya lo dejó completamente fuera de control.

—Dios mío, cómo te quiero, Helen.

Leonora se espantó al oír tal nombre, intentó hablarle algo, pero Néstor la besaba con tantas ganas, deslumbrado de placer, que solo le quedó corresponder al beso, olvidándose del nombre que él había dicho. Cuando todo parecía estar fuera de control, repentinamente, sin imaginar lo que sucedía en la recámara de Leonora, Louiza entró. Su choque fue tan inmenso que por algunos segundos se quedó muda, parada, con ojos saltones, no creía en lo que había visto. Recuperada del susto, gritó:

—Néstor, ¡para! ¿Estás loco?

Los dos, que hasta aquel momento no se habían dado cuenta de que Louiza estaba allí, se apartaron bruscamente, separando sus cuerpos que temblaban de emoción y de susto.

—¿Cómo puedes hacerlo, Néstor? ¡No comprendo! Siempre fuiste un hombre equilibrado y Leonora es casi una hija para ti.

Louiza estaba completamente decepcionada con su hermano. Nunca imaginó que fuese capaz de aquello. Siempre supo del amor que Leonora sentía por su tío, pero él nunca podría haber actuado de aquella forma. Tenía responsabilidades sobre la joven, pues todavía era una niña.

—¡Yo no soy su hija! —gritó Leonora.

Néstor estaba tan confuso que no conseguía poner sus pensamientos en orden, aunque tuviese total conciencia de lo que había sucedido. No conseguía entender cómo pudo descontrolarse de aquella manera. La emoción todavía estaba tan fuerte y presente que apenas podía hablar. Se sentó en un sillón, poniéndose las manos en la cara, tal vez para evitar la mirada hacia su hermana que, muy indignada, no paraba de hablar.

Leonora empezó a transformarse. Louiza hablaba que la enviaría a París y que ellos no podrían seguir viviendo juntos en la misma casa. Los ojos de la joven cambiaban, convirtiéndose otra vez en diabólicos.

—¡Cállese! —dijo a su tía. —No me voy a lugar alguno y tampoco Néstor. Nos amamos, ¿no lo ve? Eso es amor.

—¡No, no! —gritó Louiza. —¡No puede ser! Néstor, di algo, por favor, ¡habla!

Néstor miró profundamente a Leonora y en aquel momento estuvo seguro de que ella, de alguna manera, era Helen.

—Estoy enloqueciendo. No puede ser, Helen murió.

Lo dijo en voz tan alta que Elizabeth pudo escucharlo desde su recámara. Su corazón disparó, sus presagios vinieron a flote. Algo sucedía en la recámara de Leonora y se apuró para averiguarlo. Al llegar cerca de la puerta, antes de abrirla, escuchó:

—No pude resistir, Louiza, ella es Helen, estoy seguro de que lo es. Mírala bien y dime quién ves. Ahora comprendo mis sentimientos por Leonora. Aunque luchase conmigo mismo, diciéndome que no podía quererla, era más fuerte que yo.

Néstor fue interrumpido bruscamente por Leonora que tenía celos de aquella Helen, de quien él hablaba con tanto amor.

—¿Para con eso, tío Néstor! No me llames así. ¿Quién es Helen? ¿De qué estás hablando?

Louiza le miró a los ojos y no sabía qué decir. Realmente, en aquel momento, Leonora no se parecía a ella misma, sino con otra persona. Louiza no conoció a Helen muy bien, tampoco estuvo con ella el día de su muerte, pero si hubiera estado jamás se olvidaría de su mirada. Miraba a su hermano sin saber qué decir. Elizabeth resolvió entrar a la recámara como si nada supiese o hubiese escuchado.

—Leonora ¿todavía no estás lista? Ven, termino de arreglarte. Caminando hacia Leonora, Elizabeth hizo con que la nieta le diese la espalda a fin de que no mirase directamente a sus ojos.

—¿Y ustedes? ¿Qué hacen aquí? Bajen, pues los invitados ya están llegando. Su hermano acaba de llegar. Vayan a recibirlo mientras termino de arreglar a Leonora.

Néstor no podía levantarse. Louiza se acercó a él, ayudándolo para que su madre no se enterase de nada. Él estaba completamente desfigurado. Leonora también miraba a Louiza con sus ojos echando chispas de tanto odio. Sabía que haría algo para separarlos y eso ella no permitiría.

Sebastián ya había acomodado a la mujer y a la cuñada que también había venido a pasar un par de días en el campo, cuando empezó a preguntar por todos. Louiza y Néstor bajaban las escaleras e iban a su encuentro.

—¿Cómo estás, Sebastián? —Louiza le dio un fuerte abrazo al hermano, preguntándole por su mujer. Néstor, en seguida, hizo lo mismo.

—Está arreglándose para la fiesta, llegamos hace poco. Traje a mi cuñada para pasar algunos días con nosotros. Ustedes la conocerán. Es una persona muy dulce y hermosa. Estoy seguro de que ella te gustará, Néstor.

Louiza miró a Néstor, una mirada de complicidad, como si dijese: “Ahí

está, esta es la solución de tu problema”.

—Qué bien, Sebastián, Néstor necesita conocer a una mujer que de hecho lo saque del estatus de solterón. Quizás sea ella esta mujer.

—Se llama Rose, tiene 21 años, vive en París, es muy hábil e inteligente. Estoy seguro de que ella les encantará a todos. Pero, ¿dónde está la cumpleañera? Quiero darle mi regalo y un fuerte abrazo, le echo de menos a Leonora.

—En seguida viene. Está terminando de arreglarse, pronto bajará.

—Bueno, tenemos que recibir a los invitados que están llegando. Vamos Néstor, ven a ayudarme.

—Apartándose de Sebastián y caminando hacia los invitados, Louiza le dijo a Néstor en voz baja:

—Por favor Néstor, disfrazas, cambia esa cara, todos se darán cuenta de que algo grave está pasando.

—No consigo, Louiza, estoy muy confuso. ¿Cómo pude actuar de aquella manera con Leonora? Ella es como una hija para mí, siempre la traté como tal. Pero yo la quiero mucho, es incontrolable ese sentimiento. Solo hoy me he dado cuenta de eso y mucho me ha chocado. Tienes que comprenderme.

—Néstor, debes hacer algo para acabar con ese sentimiento. Sabes que no puedes pasar nada entre ustedes, Leonora es todavía una niña. Necesitas interesarte por alguna mujer, casarte e irte de aquí lo más pronto posible. ¿Comprendes, hermano mío, la gravedad del problema? Si Isabel estuviese viva, moriría ahora mismo de pena se supiese de este amor por su hija. No pienses tonterías, no es posible que sea Helen. Estás delirando, hermano, sabes que solo puede ser una alucinación. ¡Helen está muerta!

—¡Para, Louiza! No quiero escuchar nada más. Déjame solo por unos instantes, necesito reflexionar. No puedo razonar de tanto que hablas. Sé que estoy equivocado, haré algo. Quédate tranquila y no habla nada más.

Elizabeth bajaba las escaleras, junto a Leonora, para recibir a los invitados. Ella estaba lindísima, se parecía a una princesa con aquel vestido y el collar que lucía en su cuello. Tan pronto Néstor la vio, se puso hipnotizado otra vez. Leonora lo miraba fijamente y con tanto amor que se ruborizó y no pudo contenerse tanta emoción. Preocupado para que nadie se diese cuenta, salió rápidamente de la casa hacia el jardín. Leonora pensó en seguirlo, pero pronto Louiza la tomó del brazo y dijo:

—Ven Leonora, vamos a saludar a los invitados que la están esperando.

Sebastián llegaba con su esposa y cuñada. Se acercó a Leonora, la besó y

le presentó a Rose.

—Cuñada, esta es Leonora. Leonora, esta es Rose. Ella vino a descansar en nuestra casa, pues necesitaba vacaciones, respirar fuera de la ciudad. Espero que se vuelvan buenas amigas.

Leonora la miró de los pies hacia la cabeza y no le gustó nada la idea de tenerla en casa. La calificó como muy bonita, distinguida, una mujer ya vivida si comparada a ella que todavía era una niña. Se puso celosa. “No me gustaría que Néstor la conociese.” fue lo que pensó, pero muy cortésmente, dijo:

—Mucho gusto, señorita. Creo que este lugar no te gustará, estás acostumbrada con la vida en la ciudad. En el campo no hay nada para ver y además, es necesario que tengas cuidado cuando vayas a pasear, pues hay muchas serpientes por aquí.

—No exageres, Leonora. —dijo Sebastián.

—No te preocupes, Rose, aquí ya no es como antaño. Leonora está de broma.

—Sí, es broma. —contestó Leonora un tanto contrariada.

Rose se dio cuenta de que a Leonora no le había gustado. No comprendió el motivo de su hostilidad, pero tampoco eso la preocupó, pues era solamente una niña.

Leonora salió al encuentro de los otros invitados que la esperaban para saludarla. Ya era hora de la misa. El cura había llegado en aquel instante. Elizabeth salió a su encuentro:

—¡Cura! Qué bueno verlo aquí. No imagina lo tanto que me penalicé con la muerte del inquisidor. Como usted sabe, mi hija, Isabel, se enfermó y murió. Por eso no pude ir al entierro de Samuel y tampoco a la misa. Desde la muerte de Isabel estoy siempre muy enferma. Fueron muchos golpes duros y consecutivos que sería imposible que no pereziese una señora de mi edad. Espero que perdone mi ausencia.

—Por supuesto, hija, supe de todos sus disgustos y lo siento muchísimo. Pero tengo conmigo una carta que la escribió el inquisidor y que me pidió que la entregase a usted antes de su muerte. Perdóneme, pero fueron tantos los hechos sucedidos, que solo ahora me acordé de dársela a usted.

—¿Una carta para mí? Pero ya se pasaron cuatro años desde su muerte ¿y sólo ahora me revela la existencia de esa carta?

—Discúlpeme, señora, pero muchas cosas sucedieron en la iglesia después de la muerte de Samuel. Le traeré la carta mañana y también le contaré los motivos que me hicieron olvidármela.

Elizabeth se puso muy pensativa y curiosa sobre el contenido de la carta, no podía imaginar qué cosas el cura le había escrito, pero al mismo tiempo, sabía que era algo muy serio.

Todos los invitados fueron hacia el jardín, donde estaba arreglado el altar en el que sería celebrada la misa. Durante toda la ceremonia Leonora rezó con todo su corazón, y poco a poco se tranquilizó. Su mirada estaba otra vez suave, había vuelto a la normalidad. Hubo momentos en que pensó con mucha fuerza en su ángel Bartolomé, a quien no veía hacía ya algún tiempo. Pero siempre que estaba tranquila, conseguía ver su imagen y le hablaba mentalmente: “Amigo mío, necesito tu ayuda. No quiero sentir odio, pero ¿cómo no sentirlo? Tía Louiza intentará separarme de Néstor y eso no lo soportaré. Ayúdame, no dejes que eso suceda.”

Estaba tan comprometida con sus pensamientos que no se había dado cuenta de que el cura ya había terminado y que todos la esperaban para empezar el baile. Ella abriría la fiesta bailando vals con Néstor. El salón estaba adornado con candelabros y toda la iluminación transformaba de tal manera aquel momento que parecía un sueño. Cuando sus brazos se trenzaron con los de Néstor, los dos cerraron los ojos y se dejaron llevar por el ritmo de la música. Sus corazones latían con tanta fuerza que el sonido de los latidos se mezclaba con los del vals.

—Tío Néstor, yo te quiero, no sabré vivir sin ti. Sé que me quieres también, no huyas de mí. Yo te amo.

Suavemente le toca los labios en su cuello, rozándolos delicadamente.

Louiza, que pronto se dio cuenta de que Néstor podría cometer una locura, fue hacia Sebastián y le dijo:

—Ahora te toca a ti, Sebastián. Vete hasta allá y baila con Leonora.

La obedeció. Gentilmente, apartó los dos y la tomó en sus brazos. Néstor se alejó de Leonora. Louiza se acercó a él y le dijo:

—Ahora, hermano, baila con Rose y, por Dios, contrólate para que nadie perciba lo que pasa.

Para intentar disfrazar, fue justamente lo que hizo Néstor. Fue hacia Rose y la invitó a bailar. Con esta actitud, otras parejas hicieron lo mismo y se unieron a ellos en el salón. En cuanto Leonora percibió que Néstor bailaba con Rose, se descontroló, no soportaba ver aquella escena: él con otra mujer. Sus ojos volvieron a cambiar, su semblante se transmutaba, su odio ya cargaba todo el ambiente, tan grande era la fuerza que tenía su mirada.

Néstor había percibido, mejor dicho, había sentido que algo estaba mal

con Leonora y la buscó entre las parejas que bailaban. Apenas sus ojos se encontraron, él tuvo otra vez la visión de Helen. En este momento paró de bailar y le pidió a Sebastián que siguiese bailando con Rose. Fue hasta su sobrina, la tomó de los brazos del hombre con quien bailaba, le pidió permiso y la condujo hacia el jardín. Louiza, que no cesaba de observar los dos, salió en búsqueda de ellos, intentando disfrazar para que nadie lo percibiese.

Elizabeth ya se lo había dado cuenta y sabía que algo muy peligroso podría suceder en aquel momento con los dos. Se apuró en búsqueda de Louiza, ya que no sería nada agradable si algo sucediese entre ellos en la fiesta, pues todos lo percibirían. Llamó a Leonora, pero no la escuchaba. El sonido de la orquesta estaba muy alto y había también mucho ruido de la gente que charlaba al mismo tiempo.

Néstor había llevado a Leonora para un sitio apartado de la casa, el almacén. No quería que nadie los viese. Estaba muy descontrolado. Sabía que Helen estaba allí y quería averiguarlo de una vez por todas. Se volvería loco y cometería un gran equívoco con su sobrina. Eso era lo que pensaba cuando estaba a solas con ella. Quería acabar de una vez con aquellas alucinaciones, antes de que fuese demasiado tarde.

—Escucha, señorita, ¿Me dirás qué es lo que pasa contigo?

Néstor, muy nervioso, apenas conseguía mirarla los ojos, no quería verla transformarse en Helen.

—Pero tío Néstor, ¿de qué hablas? Yo te quiero, es eso. No consigo controlar el amor que tengo y siento por ti. Desde que yo era un bebé creo que ya te quería. No puedo imaginar mi vida sin ti, sin estar a tu lado. Este sentimiento es más fuerte que yo.

Leonora lloraba, estaba también bastante descontrolada. Quería estar más tranquila para hablarle todo lo que sentía, pero estaba fuera de sus cabales por el simple hecho de verla bailar con otra mujer.

—Eres mío, ¿entiendes, Néstor? Nadie te quitará de mí. ¡Prefiero morir si sucede eso, pero antes te llevaré conmigo!

Néstor paralizó al oír aquella niña decírselo de aquella manera. No podía ser Leonora, se trataba de alguna cosa más allá de su alcance y de sus conocimientos. Él no conseguía entender lo que pasaba. Cuando la miró y vio que sus ojos no dejaban de llorar, sintió un escalofrío que vino de dentro de su alma y estuvo seguro de que, en aquel momento, él no estaba loco. Aquella mujer que allí estaba, era Helen. Volvió su mirada y empezó a decirle a Leonora:

—¡Para con eso, Leonora, esta no eres tú! No comprendo qué la haces cambiar tanto, pero sé que algo de sobrenatural pasa contigo. Necesitamos ayuda.

—¡No! Yo no necesito ayuda, sólo necesito que estés conmigo, ¿no lo entiendes? Es más fuerte que nosotros dos. Para de luchar Néstor, dime ¿por qué no podemos ser felices? Nada nos impide, piénsalo bien.

Louiza apenas entró al almacén, escuchó las últimas palabras de Leonora y dijo:

—Él es tu tío, tiene la misma sangre de tu madre. Eso sería un pecado.

Leonora le dio vuelta a la cara a Louiza. Sus ojos estaban transfigurados, con tanto odio que no son necesarias palabras, los ojos hablaban por ella.

—¡Mentirosa! —dijo Leonora. —Usted es como todos de esta familia. Es tan mala como su padre, que no era nada decente. Sabe muy bien que no soy hija legítima de Isabel. Usted conspiró todo, soy hija de la sirvienta que murió aquella noche. No cargo la misma sangre de ustedes. Nada me impide este amor y usted lo sabe muy bien.

Néstor miró a la hermana, pues no entendía aquello que Leonora decía y tampoco Louiza sabía como ella había descubierto tal secreto de familia. Louiza palideció con la revelación de Leonora y al mismo tiempo, intrigada, quería saber cómo ella pudo descubrir sobre su nacimiento. A pesar de la situación, Louiza le sacó una fuerza de dentro de su alma para evitar que desfalleciese.

—¡Habla, criatura! ¡Di algo! ¿Es verdad lo que Leonora acaba de decirnos?

Elizabeth, que entraba llorando en el almacén, contestó por Louiza:

—Sí, hijo, es verdad, pero Louiza no tiene la culpa. Ella solo quería ayudar a aquella niña que había acabado de nacer ya huérfana. El hijo de Isabel murió en cuanto nació, por lo tanto, el único pecado que cometimos fue el cambio de bebés para evitar un sufrimiento más grande. Tú no estabas en casa aquella noche, así que resolvemos no contarte nada. Pensamos que sería lo mejor. Cuanto menos gente supiese, más bien guardado estaría el secreto.

Elizabeth le preguntó a Leonora:

—¿Y tú, mi nieta? ¿Cómo lo supiste?

—Siempre supe. No sé cómo, no me acuerdo, pero sabía que mi sangre no era la misma que circula en sus venas.

Louiza, que apenas podía quedarse de pie, tuvo la ayuda de su madre para apoyarla en su hombro.

—No te pongas así, Louiza. Todo terminó. Pongámonos tranquilas ahora, nuestro secreto fue revelado. Nuestra mayor preocupación era contigo, Leonora. Pero por ironía del destino, justo tú fuiste la que revelaste nuestro secreto.

Louiza lanzó su mirada a aquellos ojos que no cesaban de mirarla y dijo:

—Yo siempre la amé como a una hija y nunca permití que sintieses que no era amada por nosotros. Pasé muchas noches despierta, velando por tu frágil salud. No puedes decirme ahora que eso no te importa. No eres tan insensible.

Leonora, conmovida al oír las palabras de Louiza, recordó imágenes de aquella época y le dijo:

—Yo también la amo, tía. Me acuerdo muy bien del momento en el que me tomó en sus brazos tras la muerte de mi madre biológica. Recuerdo también sus palabras y le agradezco mucho todo lo que hizo por mí. Pero, por el amor que tiene por mí, le pido que no nos separe a mí y a Néstor, jamás le perdonaría.

Néstor estaba muy afectado con aquella revelación y más confuso aún después de todo que Leonora había dicho acerca de sus recuerdos de cuando todavía era niña, del sentimiento de posesión que tenía con relación a él, de su transformación cuando se descontrolaba emocionalmente, de todo el amor que tenía por él y del odio que demostraba tener por su familia. Sin decir una palabra salió del almacén, con la cabeza baja, deseando quedarse solo. Las tres, que todavía se miraban una a otra, no sabían que decir. Leonora dijo que la fiesta, para ella, había terminado y que iría a su recámara. Salió, pidiéndoles que inventasen una excusa cualquier para los invitados que justificase su desaparición repentina.

Se quedaron en el almacén solamente madre e hija completamente desamparadas, sufriendo mucho al recordar todos los sucesos del pasado. Elizabeth no soportaba más tanta tristeza en su corazón y tampoco ver tanto odio en el semblante de su nieta. No conseguía olvidarse del gran equívoco que había cometido en el pasado, y Leonora era el recuerdo vivo que atormentaba sus días y sus noches. Mirar a Leonora era mirar a Helen. No lo dudaba más.

Sebastián había hecho los honores de la casa hasta que el último invitado se fuese. No sabía qué había sucedido, pero aceptó la solicitud de su madre. Néstor había desaparecido, no había vuelto a casa. Ya amanecía cuando Louiza les preguntó a los empleados acerca de Néstor y nadie supo informar sobre su destino. Ella estaba ansiosa para hablarle y en este momento, su

madre, que tampoco había dormido, bajó en su búsqueda.

—Buenos días, hija, ¿ya encontraste a Néstor?

—No mamá, nadie sabe decir dónde está él. Probablemente salió a dar aquel largo paseo que nunca sabemos adónde.

Leonora, que ya había despertado, se escondió para escuchar lo que ellas decían. Sabía perfectamente adónde Néstor había ido. Encontraría una manera de salir sin que la viesan. Ya iba a su recámara cuando escuchó a Louiza hablándole a Elizabeth:

—Madre, es necesario que convenzamos a Néstor a casarse. Él tiene que salir de esta casa. Puedo sentir que algo de malo sucederá. Esta joven, cuñada de Sebastián, sería una buena candidata, ¿qué le parece?

Elizabeth iba a contestar, cuando Leonora, que ya no estaba en sus cabales, la interrumpió brutalmente:

—Creo que usted no comprendió lo que les dije ayer, tía.

El tono de su voz era bajo, pero muy amenazador.

—No era broma mía cuando les afirmé que nadie me separará de Néstor.

Sus ojos se volvieron rojos como la sangre. Era realmente sobrenatural su semblante. Era como si estuviese poseída por el demonio. Elizabeth dijo:

—Cálmate, Leonora, no entendiste bien lo que dijo tu tía.

—Sí, lo entendí perfectamente, y usted cállese. ¿Ya se olvidó que fue la causadora de todo? ¿Qué gracias a su maldad y prejuicio social, causó la muerte de toda mi familia y me convirtió en una hechicera? ¿Se acuerda, vieja mala, que por su culpa fui quemada viva hasta la muerte?

Louiza no quería creer en lo que oía. Miraba a su madre sin entender nada. “Pero, a fin de cuentas, ¿quién es esta mujer que está en el cuerpo de Leonora, que usa su voz para hablar tanta barbarie?” —pensó Louiza.

—¿Quién eres tú?! —gritó.

Empezó a sacudir Leonora con toda su fuerza, gritando al nombre de Dios para que aquel demonio dejase su cuerpo. Elizabeth estaba callada, pero todo que había dicho Leonora era verdad. Había llegado la hora de confesar todo a su hija.

—¡Perdóname! —dijo Elizabeth —¿qué me punas a mí si deseas, pero dejes a mis hijos en paz!

Leonora, mientras era sacudida por Louiza, había vuelto a ser aquella chica meiga. Como si hubiese salido de una hipnosis, suavemente habló llorando:

—Pare, tía. Me está lastimando.

Leonora corrió hacia el jardín y Louiza la siguió, gritando:

—¡Para, Leonora, para! ¿Adónde vas?

Leonora más rápido corría. Pasó por un caballo y casi lo derribó. Louiza fue hasta el establo y mandó que le preparasen un caballo lo más pronto posible. El empleado se sorprendió con su pedido, pues todos sabían de su pavor de montura tras un accidente que sufrió cuando niña. Desde entonces, jamás volvió a subir en un caballo.

—¡Apúrate, hombre, tráeme un caballo!

Salió apresurada como un intento de alcanzar a Leonora. Quería impedirle de cometer alguna tontería. “Ella no tiene la culpa de nada que sucedió”, pensaba Louiza. Galopaba en alta velocidad, gritando su nombre:

—¡Leonora! ¡Leonora!

Ella temía que algo le pasase a Leonora, jamás se perdonaría por ello. Repentinamente, un gato cruza el camino del caballo. Louiza fue arrojada lejos. Ya no veía nada. Parecía que había desmayado. Su respiración disminuía poco a poco, hasta que cesó. Leonora, que había salido a máxima velocidad en búsqueda de Néstor, estaba cabalmente trastornada cuando, repentinamente, su caballo empinó casi derribándola. Ella vio aparecer delante de ella el ángel Bartolomé.

—Vuelve Leonora, necesitas volver. Tu tía se cayó del caballo y necesita tu ayuda.

Leonora no podía creer en aquella visión. Había estado con su tía hacía pocos minutos. Por algunos segundos dudó si volvería o no, pero el amor le habló más alto en aquel momento y ella decidió volver. Poco después encontró el cuerpo de Louiza desfallecido en la carretera. Parecía que estaba muerta. Bajó del caballo rápidamente, fue hacia ella y, al acercarse, se dio cuenta de que realmente era Louiza. La emoción se apoderó de Leonora que, descontrolada, se arrojó sobre el cuerpo de su tía, empezó a llorar y luego a gritar:

—¡Yo la amo, tía! ¡Por favor no muera! ¡No puede dejarme!

Elizabeth, cuando supo que la hija había salido en caballo, despertó a Sebastián y lo mandó que fuese atrás de las dos. Cuando llegó, pudo ver la escena más conmovedora de su vida. Leonora llamaba a Louiza de mamá, pidiéndole a ella que no muriese, que no la dejase pues la amaba mucho.

—¡Por favor, mamá, perdóneme! Yo no quería hablarle aquello, yo la amo, es verdad. ¡Vamos, despiértese!

Leonora sacudía a Louiza, que ya no podía oír. Sebastián, conmovido por

el dolor, intentó sacarla de encima del cuerpo de la tía, diciéndole:

—Vámonos, Leonora, no hay nada más que hacer.

En ese momento, él también empezó a llorar. Amparó a la hermana y juntos, llevando al cuerpo, fueron caminando por la carretera. Elizabeth miraba hacia la puerta de entrada aguardando por sus hijos y su nieta. Sentía un aprieto fuerte en el corazón. Había presagiado que alguna nueva desgracia sucedería, pero no imaginaba que su hija hubiese muerto tan estúpidamente. Cuando vio a Sebastián a lo lejos, trayendo el cuerpo de Louiza, dio un fuerte grito de dolor. Fue tan grande el sufrimiento que todos se penalizaron al ver a una madre perdiendo más un hijo. Era muy triste su estado de angustia y dolor.

—¡Dios mío! ¡Mi hija, no!

De todos los velorios que ya habían sucedido en aquella casa, ese fue el más triste. Todos estaban desconsolados con la muerte de Louiza. Ella siempre ha sido una persona demasadamente buena. Los empleados estaban muy entristecidos, pues les gustaba mucho la patrona. Néstor se sintió culpado y con remordimientos por haber dado tanto disgusto a su hermana. Él se culpaba y creía que era el causador de su muerte. Leonora se sentía responsable pues no había escuchado al apelo de su tía cuando la llamaba. Ella realmente amaba a su tía. En aquella familia, solo dos personas le despertaban a Leonora cariño y amor: Louiza y Néstor.

Elizabeth más parecía un zombi, una muerta viva, su expresión era de puro sufrimiento. Cargaba su culpa en silencio, sabía que si Néstor supiese que ella había sido la causadora de la muerte de Helen jamás la perdonaría. No podría perder a otro hijo en este punto de su vida. No soportaría ver en sus ojos el odio a causa de su acto de cobardía para con aquella joven y su familia.

Había transcurrido dos semanas después de aquel trágico día. Solo había tristeza en aquella casa. Todos estaban todavía muy desolados tras el fallecimiento de Louiza. Néstor, que sufría de remordimientos, resolvió irse por algún tiempo, necesitaba estar lejos de Leonora. Iría a París con su hermano Sebastián. Había tanta tristeza en el aire que apenas se respiraba. Nadie soportaba seguir viviendo en aquella casa. Sentían que una maldición la había dominado, pero no sabían el porqué.

Leonora vivía enclaustrada en su recámara, no quería ver a nadie. Se recusaba, incluso, a ver a Néstor. Estaba realmente sufriendo mucho. En aquella mañana, Néstor le contó a Elizabeth sobre su decisión, diciéndole que volvería en cuanto las cosas estuviesen resueltas dentro de su alma. En memoria a sus dos hermanas, Louiza e Isabel, no podría más quedarse allí

mientras sintiese todo aquel amor por Leonora. Elizabeth lo comprendió y no dijo nada más. Le dio un beso y le agradeció por la sensata decisión de partir. Apenas conseguía hablar, pero muy debilitada, murmuró:

—Vete con Dios, hijo mío. No te preocupes conmigo, estaré bien. Ese era el deseo de tu hermana. Escríbeme siempre que puedas.

Leonora no se había dado cuenta de la partida de Néstor. No imaginabas que decidiría irse. Sin contarle nada a Leonora, Néstor, con el corazón roto, se fue. Mientras se alejaba de la casa, miraba hacia la ventana de la recámara de Leonora, que estaba cerrada. Él se despedía mentalmente, pensando: “me gustaría tanto poder mirarla una vez más...perdóname, pero hago eso para tu propio bien.”

Néstor estaba seguro de que hacía lo más correcto, pero sufría mucho por tener que partir. Sabía también que cuando Leonora descubriese que él había partido, no se conformaría fácilmente y eso, aunque lo preocupaba mucho, no era motivo para permanecer ni un minuto más en aquella casa.

Leonora había crecido y ya era casi una mujer. Los sentimientos de amor profundo entre ella y Néstor florecieron sin que ambos entendiesen claramente lo que pasaba. Sentían, solamente, que era un amor imposible de controlar. No tenían idea de que era un reencuentro de almas del pasado que se amaban profundamente y que en esta vida deberían estar juntas y felices, cumpliendo lo que estaba planeado antes de sus nacimientos. Pero, a causa de una elección egoísta e infeliz de Elizabeth, aquella unión no pudo concretizarse. Esta fue la causa original de todos los dolores y sufrimientos de esta familia que, por el odio extremo y descontrolado de Helen, había generado fuerzas opuestas al bien y esta energía causaba aún más tristezas y muertes.

Todos de la familia estaban pasando por un aprendizaje difícil y de mucho sufrimiento. A través del dolor, surge la oportunidad de profundas reflexiones que marcarían el alma de cada uno de los involucrados, a fin de que estuviesen preparados para cosechar las semillas del bien y para el despertar del amor y del perdón. Leonora estaba profundamente abalada, pues amaba mucho a su tía y no se conformaba. Se sentía la culpada por su muerte. Por la primera vez, después de tantos fallecimientos, tenía inicio una gran batalla en su conciencia entre dos sentimientos intensos y opuestos: el amor y el odio.

Capítulo 5 —La Separación

Tres años transcurrieron, Leonora tenía dieciocho años. Ella era la que administraba todos los quehaceres de la casa. Su abuela ya no más hablaba y caminaba muy poco. Néstor no había vuelto. Él administraba la fortuna de la familia y aprovechaba para estudiar, pero siempre escribía pidiendo noticias y contando sobre sus negocios en París. Leonora era quien leía sus cartas y las contestaba, siempre implorándole al tío que volviese a casa.

Cuando supo de la partida de Néstor, Leonora se puso colérica, parecía una fiera encarcelada. Les culpó a todos, incluso a su abuela. Traía mucha amargura y odio en el corazón, sufría mucho. Tanto le echaba de menos que apenas podía dormir. Se revolvía durante la noche, soñando con Néstor. Llamaba por él y a veces gritaba su nombre tan alto mientras dormía que Elizabeth lo podía escuchar desde su recámara. Cuando eso pasaba, su abuela rezaba mucho pidiéndole a Dios que tuviese piedad de aquella alma que tanto sufría por amor. Le pedía perdón por haber sido la culpable de tanta agonía y dolor. Le rogaba a Dios que la llevase, pero que les diese, en cambio, un poco de paz a Leonora y Néstor, librándolos de tanto sufrimiento.

Leonora no pudo más ser ella misma. Sus ojos no más eran dulces y suaves. Hablaba a los gritos con todos y le trataba a Elizabeth con frialdad. Los sirvientes le temían y se penalizaban al ver lo tanto que ella maltrataba a su abuela. Elizabeth tampoco había sido una buena patrona, siempre los había tratado con mucha indiferencia y nunca había hecho nada para ayudarlos cuando necesitaban. Ella era una persona fría, que no se conmovía con el sufrimiento de nadie, tampoco de los más necesitados. Pero, a pesar de que se acordaban muy bien de todo eso, no dejaban de penalizarse al ver aquella vieja señora sufrir tanto, pagando todos sus pecados en vida.

Leonora la torturaba noche y día con sus palabras felinas y malas. No la dejaba en paz un día siquiera. Le decía que sólo le daría sosiego el día que trajese a Néstor para casa, acordándole siempre que ella había sido la culpable de todo. El cura venía a ver a Elizabeth de cuando en cuando, pues ella se tranquilizaba más con su visita. Generalmente solo aparecía cuando no

estaba Leonora. Él sabía los momentos exactos de sus ausencias pues los empleados se lo informaban.

Algunas veces Leonora intentó hablar con el ángel Bartolomé, pero en vano, pues traía tanto odio en el corazón, que no conseguía llegar hasta él. Pensó que todos la habían abandonado. Hacía tiempo que ella no iba a la cueva a buscarlo y no quería creer más en sus palabras. Por otra parte, Bartolomé, por más que intentase comunicarse con ella, no conseguía, era imposible, pues la mente de Leonora bloqueaba la comunicación, impidiéndole que la ayudase. Ella intentaba convencerse todo el tiempo de que el ángel y todo más habían sido fruto de su imaginación, una alucinación típica de los niños. Ella hacía de todo para creer en la veracidad de tales convicciones. No quería volverse débil. Lo único que le interesaba era tener a Néstor otra vez a todo coste y ningún ángel de su imaginación la haría cambiar de idea.

Siempre antes de acostarse iba a ver a Elizabeth, no para enterarse de su estado, sino para atormentarla. Su abuela sufría callada, no guardaba rencor u odio debido al remordimiento que sentía. Siempre miraba a su nieta con bastante ternura, lo que le causaba a Leonora algo de arrepentimiento por la manera como la estaba tratando. Incluso, en algunos momentos, se volvía cariñosa por unos instantes, pero algo, fuera de su control, sucedía y pronto se convertía radicalmente. Leonora percibía el súbito cambio de sus sentimientos y esto mucho la molestaba, pues en realidad, no quería actuar de aquella manera, pero no sabía cómo controlarse. Vivía un constante conflicto, luchando con su consciencia.

En una mañana, Leonora recibió una carta de Néstor y al abrirla se puso consternada. No creía en aquello que estaba leyendo. Su rostro empezó a cambiar. Su fisionomía era de alegría pura. No se contenía de tanta felicidad. Había vuelto a la niñez. Leía y releía la carta una decena de veces. Hasta los empleados se sorprendieron en verla tan feliz. Intentaban imaginar lo que había escrito Néstor para que Leonora se pusiese tan contenta. Tras convencerse de que todo era verdad, llamó a todos para darles la gran noticia:

—Mañana vuelve Néstor. Quiero que todos se preparen para su llegada. Arreglen la recámara, abran todas las ventanas para que entre el aire puro, en fin, no se olviden de nada. Ningún detalle puede pasar inadvertido, ¡es como si nos preparásemos para una gran fiesta!

Su alegría era tanta que, sin que se diese cuenta, había vuelto a ser la Leonora. Corrió hasta la recámara de Elizabeth, se certificó de que estuviese

despierta y entró hablando alegremente:

—¡Abuela! ¡Néstor regresa mañana! ¿Oyó lo que dije? Vámonos, despiértese, Néstor estará aquí otra vez.

Le caían lágrimas de los ojos de Leonora, mojando su bonito rostro. Elizabeth movió la cabeza diciéndole que sí, que estaba también muy feliz por ver que Leonora había vuelto, pues desde que había partido Néstor, ella sólo veía a Helen. Leonora se dio cuenta de la preocupación en su mirada y le dijo:

—No se ponga así, abuela. Todo saldrá bien, todo se arreglará, usted lo verá. En la carta él dijo que debe llegar mañana, por lo tanto, abuela querida, levántese de esta cama para que los empleados puedan arreglar su recámara.

Elizabeth, al escuchar a Leonora, pensó: “La delicadeza con la que Leonora habla es impresionante. Qué fuerza maligna es aquella que consigue cambiar tanto a una persona. No puede ser Helen, pues siempre supe que era delicada y buena, muy católica, no podría haber vuelto un alma tan mala.”

Mientras arreglaban la recámara, observaba a Leonora y siguió pensando: “Realmente esta niña no sabe vivir sin Néstor, tengo que admitirlo. Su sentimiento con relación a él es algo enfermizo. Creo que ella enloquecería si Néstor se casase.”

Leonora estaba tan ansiosa aquella noche que no podía dormir, se movía de un lado a otro en la cama. No pudo comer, pues no tenía hambre. Lo que más quería era que la noche fuese corta y pasase pronto. Sin percibir que el cansancio la había dominado, se durmió y soñó con su ángel Bartolomé:

—¡Leonora! —llamaba él. —Escucha con atención lo que te diré: siempre he estado a tu lado, créelo o no. ¿Cómo puedo llegar hasta ti si solo tienes odio en tu corazón? Escucha, pase lo que pase, mi hija, acuérdate de lo que te dije una vez: el odio no te representa, tú eres sólo amor. No te lo olvides, no dejes que el odio venza.

Leonora saltó de la cama, su corazón estaba acelerado. Aquel sueño le causó a ella un gran aprieto en el más profundo del alma. Era un presagio, quizá algo sobre Néstor. “Temo que Bartolomé esté intentando avisarme que algo sucederá. Me está advirtiéndome, pero ¿acerca de qué?”

Se levantó, fue hacia la ventana y miró al cielo. Ya amanecía y las estrellas indicaban que sería un bello día. Allí se quedó un tiempo y pensó: “Néstor ya debe estar cerca de aquí, pronto estará a mi lado. Dios mío, desde la muerte de tía Louiza, hace tres años, que no nos vemos. ¿Será que todavía piensa en mí? ¿Será que todavía me quiere? Siento mucho por todo lo que pasó, yo no quería, ¡juro que no quería! Pero, por favor, Señor, ¡no lo separe de mí! No lo

soportaré, sé que no lo soportaré. Si estoy viva hasta hoy es porque no he perdido mis esperanzas, sabía que un día él volvería para mí. No quiero tener odio en mi corazón, quiero solamente tener amor, pero sin Néstor eso es casi imposible.”

Se quedó algún tiempo más mirando a la carretera, imaginaba su llegada. De pronto, tuvo una visión. Era Louiza que traía a su madre de acogida, Isabel. Leonora no quería creer en lo que veía. Ella le saludaba como si la llamase. Quiso salir de allí, pero sus piernas no la obedecían. Oyó una voz diciéndole desde adentro:

—Estamos llegando junto con Néstor.

Ella reconoció la voz de Louiza, estaba suave, hablaba con bastante ternura.

—Hija mía, escucha, aprenda a perdonar. Si lo consigues, todo eso terminará. Nosotras la amamos mucho y por eso estamos aquí. Intenta acordarte, haz un esfuerzo, es necesario que te arrepientas.

Leonora no conseguía controlarse, empezó a llorar, llamaba a Louiza que lentamente desvanecía.

—Tía Louiza, también la quiero mucho, siempre la amé, no quería que nada hubiese sucedido. Sé que usted sabe que digo la verdad. A veces me pongo confusa conmigo misma, no consigo entender el cambio de mi comportamiento. Pero le afirmo, de corazón, que la quiero a usted, la quiero a mi madre Isabel y la quiero a mi abuela.

“Es todo muy confuso, ¿cómo puedo odiar y amar al mismo tiempo?” — pensaba Leonora.

Se había conmovido con aquella visión. Estaba muy sensibilizada con todo lo que había sucedido aquella madrugada. El sueño con el ángel, la visión, la espera por Néstor, todo le causó a Leonora carencia y fragilidad. Todos aquellos sucesos le hacían sentirse como una niña perdida, su mirada era de súplica. Su abuela percibió la fragilidad de Leonora en aquella mañana. Elizabeth la miraba con ternura y quería decirle cómo estaba bonita y que ella debía estar siempre de aquella manera, pues todo le sería mucho más fácil. Se esforzó mucho para hablarle algunas palabras de consolación y de cariño. Le hizo una señal a Leonora para que se acercase a ella y le dijo:

—Nieta querida, perdóname. Yo no sabía lo que hacía. Te quiero tanto como lo quiero a Néstor. Deseo que sean muy felices.

Lo dijo con mucha dificultad, pero Leonora había comprendido todo. Con mucho amor, en aquel momento la abrazó y se puso a llorar.

—Me gustaría saber qué me hizo usted. Solo me acuerdo de que siempre ha sido buena para mí y yo solo le hice mal. Sé que necesito acordarme de algo muy grave, pero ¿de qué trataría?

Elizabeth quería hablar, pero no conseguía, estaba muy emocionada, empezó a sentirse mal debido a todo esfuerzo que había hecho.

—Pare, abuela, no diga nada más. La comprendo, cálmese. No quiero verla de esa manera.

Por primera vez Elizabeth sintió su nieta de verdad, entera, libre de cualquier maldición en su espíritu. Volvió los pensamientos a Dios en aquel momento, agradeciéndole por aquel instante de paz en su alma. Mientras rezaba, hacía una oración para el alma de Helen, para que ella la perdonase, encontrase la paz y dejase que el espíritu de Leonora encontrase su camino. Rezaba por la nieta, pero no sabía de los misterios de la muerte, no tenía conocimiento sobre la reencarnación, solamente creía que su espíritu era atormentado por el alma de Helen.

Su gran preocupación en el momento era con el regreso de Néstor. Sabía que alguna cosa mala podía suceder. Puso en las manos de Dios y que fuese hecho Su deseo. Que tuviese misericordia por ella y por Helen. Le pidió que le concediese una única gracia antes de morir: que le pudiese confesar su crimen a Néstor, para que muriese en paz. Distraída con sus oraciones, pero sin cesar de mirar a su nieta, escuchó la pregunta de Leonora:

—¿Por qué tanto me mira, abuela?

Elizabeth le contestó con una ligera sonrisa y una caricia en su rostro. Leonora se acercó a Elizabeth y empezó a cepillarle el pelo.

—Vamos, quiero verla hermosa. A Néstor no le gustará encontrarla desarreglada. Póngase un elegante camisón y una colonia.

Leonora, que había terminado de peinarla y la había arreglado para aguardar a Néstor, dijo:

—Ahora, soy yo la que se arreglará para estar tan hermosa como usted.

Le dio un suave beso en la frente de su abuela y salió. Estaba nerviosa, apenas conseguía vestirse. Eligió un lindo vestido blanco, pues era como sentía su alma: blanca, suave y tranquila. Soltó el largo cabello, que ya llegaba a la cintura, se puso una diadema para que no se le cayesen a los ojos y se perfumó suavemente. Se miraba y admiraba su belleza delante del espejo, cuando de pronto el ruido de la carroza interrumpió sus pensamientos.

—¡Es él!

Corrió hasta la ventana para confirmar su hipótesis. Sabía que tenía la

razón, su corazón jamás la engañaría. Néstor estaba muy nervioso, todos aquellos años no fueron lo suficiente para que él se olvidase de Leonora. Soñaba con ella todas las noches, oía sus llamamientos en sueños y leía todas sus cartas. Luchó como un loco para resistir a sus llamados. Ahora llegaba la hora de verla otra vez. Temblaba con miedo de flaquear, no podría olvidarse del juramento que había hecho a sí mismo. Quería que el alma de Louiza estuviese en paz, no rompería su promesa.

Entró a la casa, saludó a los empleados, les entregó el abrigo y equipaje y les preguntó si todo iba bien con su madre y Leonora. Tan pronto entró por el salón ya mirando al alto de la escalera que daba acceso a las habitaciones, vio a Leonora parada apoyándose en el pasamano para evitar una caída, de tan fuerte que era su emoción.

Se quedaron por algunos minutos mirándose uno al otro, sin nada conseguir decir, sus emociones estaban escritas en sus rostros que pronto se ruborizaron. El calor se les subía por el cuerpo. Néstor hizo un esfuerzo sobrehumano para evitar que se arrojase a los brazos de Leonora. Quería abrazarla y besarla hasta ya no aguantar más, para por fin, saciar toda la nostalgia que le causó los tres años sin verla.

Leonora bajaba paulatinamente, paso a paso, sin pronunciar una sola palabra, solo mirándolo. Sus ojos hablaban por sí solos. Decían lo tanto que lo amaba, lo tanto que sufrió por su ausencia. Ya estaba cerca de Néstor que, hipnotizado con aquella mirada, no se movía. Con su voz tierna y suave, Leonora finalmente dijo:

—¡Tío Néstor! ¡Cómo te echo de menos!

—Yo también te echaba de menos Leonora. No podía más estar lejos de ustedes.

Luchaba internamente pues no podía flaquear.

—¡Estás muy linda! Sigues con la misma manera de ser...una niña linda.

Leonora nada le contestó. Se acercó a él, encostó sus labios en los de su tío, pero rápidamente Néstor se alejó y, disfrazando, le preguntó:

—Mamá, ¿dónde está?

Néstor ya no miraba a Leonora, no lo podía.

—Está en su recámara esperándote. ¡Vamos! ¡Vamos a verla!

Leonora caminó alegremente hacia la recámara de su abuela y pronto percibió que Néstor la miraba con ternura y amor. Aprovechó el momento y encantadoramente se volteó hacia él y lo llamó:

—¡Tío Néstor!

Sus palabras lo sacaron del transe momentáneo en que se encontraba e, intentando ocultar sus emociones, contestó:

—Sí, dime, mi sobrina.

Intentaba ser lo más frío y lejano que conseguía. Bastante formal y ceremonioso, Néstor tenía dificultades para controlarse. Leonora comprendió lo que intentaba hacer. Como era muy lista, no quiso asustarlo y lo dejó que la tratase de aquella manera sin provocarlo.

—¿No te parece mejor que cambie esa ropa? Enseguida vete al encuentro con la abuela que tanto te extraña. Todas sus cosas ya están arregladas y su baño está preparado. Báñate y ponte ropas limpias. Mandaré que te preparen algo para comer mientras esperas el almuerzo, ¿de acuerdo?

—Perfecto, mi sobrina, quédate tranquila está todo perfecto. Haré lo que me sugeriste y luego veré a mi madre.

Leonora lo miraba mientras subía la escalera. Se dio cuenta de lo tanto que estaba fuerte y que, aunque tenía ya el pelo canoso, lo consideraba más bonito que nunca. Tras algunas horas, Néstor llamaba a la puerta de la recámara de su madre:

—¿Puedo pasar?

—¡Entra, tío Néstor! La abuela lo espera ansiosamente.

Néstor entró a la recámara y fue hasta su madre para abrazarla. Elizabeth, con los ojos en lágrimas, apenas podía hablar. Pero era visible la emoción que sintió cuando vio al hijo, palabras no eran necesarias.

—No llore, mamá. Estoy aquí ahora y usted no imagina lo tanto que la extrañaba.

Néstor se quedó en la recámara con Elizabeth durante un largo tiempo. Esperó que sirviesen el almuerzo y le contó a su madre todas las novedades de París. Le contó acerca de Sebastián y su mujer y comentó que pronto la llevaría a la capital. Elizabeth abrió los ojos, demostrando que no comprendía cómo podría ir si estaba en aquel estado enfermizo.

—Después le contaré lo que, en realidad, ha sido la causa de mi venida. Ahora necesita descansar. Leonora me contó que se esforzó para hablar y eso la desgastó mucho. El médico dijo que tiene el corazón debilitado y que por eso no debe esforzarse para nada. Bajaré para almorzar y después descansaré un rato. El viaje ha sido agotador. Pero antes de la cena, vuelvo para que conversemos un poco más.

Le dio un beso en la mejilla, la acomodó en su almohada y le pidió que descansase. Leonora acompañaba toda la escena y aguardaba a su tío para que

el almuerzo fuese servido.

—Ves, tío, como la abuela está débil. No tenemos condiciones de quedarnos aquí solas. Su estado de salud demanda cuidados especiales.

—Ya lo sé, mi ángel, y es justo sobre eso que quiero que conversemos. Más tarde hablaremos sobre este asunto.

Todo salió bien durante el almuerzo, conversaron bastante, Leonora le contó a Néstor todo lo que había sucedido en la ciudad y como estaban los negocios por allí. Había momentos en los que él no la escuchaba, pues solo la miraba y se encantaba con sus movimientos. Sus pensamientos se volvían en recuerdos. Miraba las manos de Leonora que gesticulaban suavemente, parecía una niña hablando, sus ojos eran tan dulces que parecían brillar con intensidad más grande a cada mirada hacia Néstor. Terminaron el almuerzo y fueron a caminar por el jardín para facilitar la digestión.

—Ahora necesito descansar un poco, Leonora, todavía no me recuperé del viaje. ¿Te importas que te dejes aquí sola?

—Evidente que no, tío Néstor. El agotamiento es notorio. Seguimos con nuestra conversación en la cena.

Néstor le dio un beso en la frente y en este momento Leonora lo agarró el brazo y dijo:

—¿Sigo siendo tu sobrina querida?

—Por supuesto que sí. Sabes que te quiero mucho.

—¿Por qué no me besas y me abrazas con más ganas? Pensé que me echase de menos después de tanto tiempo sin vernos.

—Te extrañaba muchísimo, Leonora, pero estoy muy cansado.

Leonora se acercó a él, puso los brazos del tío alrededor de su cuello, se quedó muy cerca de su rostro y suavemente rozó los labios en su pelo, luego en su rostro y murmuró:

—Estuve a punto de morir de tanto que te eché de menos. No te vayas más. No soportaré. Dime que no me dejarás más. ¡Dímelo, te pido!

—Leonora, mi ángel, las cosas cambiaron un poco. Es necesario que comprendas que ya no eres una niña. Eres una joven mujer, no puedes tratar a tu tío de esta manera.

—Pero ¿por qué no? Todos saben lo tanto que te quiero. Jamás lo oculté a nadie. No entiendo por qué no puedo abrazarlo.

Néstor intentaba sacar los brazos alrededor del cuello de Leonora. No aguantaba más controlarse. Estaba a punto de besarla. Sus labios estaban tan cercanos a los de Leonora que sus piernas temblaban de deseo.

—Por favor Leonora, ¡basta con eso!

Néstor salió apresuradamente, dejando a Leonora pensativa y triste con su reacción. Ella intentaba controlarse, no quería perder la calma. Tendría que tener paciencia, pues sabía que tras la muerte de Louiza, Néstor haría todo lo posible para mantenerse alejado, pues se creía culpable. Cuando llegó a la recámara, intentó calmarse, no podía estar tan cercano a Leonora sin que sintiese un enorme deseo de abrazarla y besarla.

—Dios mío, ¡no sé qué hacer! Cuando estamos juntos lo que sucede es más fuerte de que cualquier sentimiento que conozca. Dios, Usted sabe que hice todo lo que pude para sacarla de mi corazón, tal vez, el camino que elegí haya sido el equivocado, pero fue la única manera que encontré en aquel momento. ¡Por favor, Dios, no me deje flaquear! Necesito contarles la verdad a ella y a mi madre. Pero, ¿cómo? ¿Cómo puedo contarle a Leonora que estoy casado? Hermana, si puedes, ¡ayúdame! Haz con que Leonora comprenda que fue necesario.

Néstor no quería ver su mirada de decepción. Tenía miedo de la reacción de Leonora cuando supiese que se había casado con Rose. Fue la única manera que había encontrado para evitar la pasión por su sobrina. Ella debería verlo como un tío, como siempre pensó que fuese. No podría caer en la tentación de amarla, pues lo había prometido en el túmulo de su hermana. Pero ahora que volvió a verla, su corazón lo había traicionado. Estaba completamente desconcertado con la revelación que haría tarde o temprano, era solamente una cuestión de tiempo.

Durante aquellos tres años en los que estuvo fuera de casa, Néstor le dio a si mismo falsas esperanzas. Pensó que cuando volviese, sentiría por Leonora solamente el amor de padre y que todo había sido un gran malentendido. Jamás sentiría otro sentimiento que no fuese el fraterno. Decidió casarse con Rose, que era una bella mujer, había sido muy amiga y lo había ayudado a olvidarse de sus remordimientos. Le dio fuerzas para que él superase su sufrimiento tras la muerte de Louiza. Rose era dulce, tierna y lo amaba muchísimo. Había hecho todo que podía para ayudarlo. A pesar de saber de su amor por Leonora, aceptó casarse con él.

Rose, cuando supo del regreso de Néstor, se preocupó mucho. Sentía en su corazón que todavía no era el momento adecuado para que él volviese a casa. Sabía que su marido la quería mucho a Leonora, pero él utilizó una carta que recibió de Leonora como argumento que justificase su viaje. Según la carta, el estado de salud de su madre era preocupante y él temía que ella muriese. No

podría escribirle a Leonora sobre su casamiento. Habría que decírselo en persona. Ahora Néstor se daba cuenta de que Rose tenía razón: él no estaba preparado para ver a Leonora. Se engañó cuando pensó que la olvidaría. Apenas la vio y todos los recuerdos volvieron a emerger. En sus oraciones solía llamar por sus hermanas pidiéndoles ayuda, pues sentía que su coraje ya se reducía. “¿Cómo le contaré la verdad a Leonora sin que sufra?” —pensaba Néstor.

Mientras tanto, Leonora, que se había quedado sola en el jardín, estaba frustrada con su insinuación sin éxito. Acariciaba al gato que a menudo aparecía, principalmente cuando su dueña se ponía triste. Como si pudiese comprender todo, él estaba presente siempre que Leonora perdía el control de sus emociones. En este momento, ella luchaba con su interior. Se acordaba de las palabras de Bartolomé e intentaba controlarse para no perder la calma.

Leonora mandó que preparasen su montura. Iba a dar un paseo para que las horas pasasen más rápido. Sin darse cuenta de que se había apartado de la casa y de la dirección que había tomado, percibió que estaba cerca de la cueva debido a las rocas a su alrededor. Decidió entrar. “Dios mío, me distraje con mis pensamientos y no me di cuenta de la dirección que tomé. Aprovecharé para entrar, hace mucho tiempo que no vengo aquí. ¿Será que consigo ver a Bartolomé? Me gustaría mucho verlo.” —pensó.

Leonora no era más una niña, tenía alguna dificultad para pasar por el pequeño espacio entre las piedras, pero se agachó para conseguir entrar en el pequeño agujero que llevaba al interior de la cueva. Logró entrar. Estaba en su escondite de la época en que era una niña. Intentaba acordarse de los momentos en los que había estado allí, aún niña, cuando hablaba con su ángel. Había aprendido mucho con él sobre las verdades espirituales. Por ello, desarrolló la facilidad de ver espíritus y conversar con ellos, como sucedió con su tía y su madre de acogida. Al principio, se asustó un poco con tales encuentros, pero pronto se acordó de sus conversas con el ángel y no más tuvo miedo. Así que más fácilmente aceptaba y percibía aquellas apariciones.

Fue hacia el altar de piedra el que, entonces, llamaba de mesa. Pero ahora lo veía perfectamente como un altar, naturalmente hecho por el hombre, probablemente Néstor. Solo no sabía todavía cuál era su finalidad. Analizó la mesa, esperando que algo aconteciese. No estaba segura de que vería a Bartolomé o si él era solamente una visión de la época en que era una niña. Ya estaba casi desistiendo, cuando lo vio delante de sí, como siempre, sentado y mirando al suelo.

—¡Es verdad! No eres la imaginación de una mente fértil de niña.

—Te gustaría que yo fuese una imaginación, Leonora, hiciste todo para creer que sí, pero sabes muy bien que soy real para ti. Aunque no quisieses creer en mi existencia, nunca dejé de estar a tu lado. La única manera que encontré para penetrar en tus pensamientos fue a través de tus sueños.

—¿Aquella visión que tuve de mi madre y mi tía Louiza también ha sido verdadera?

—Sabes que sí. No te engañes a ti misma, Leonora. Tienes conocimiento de tu poder, solo no quieres acordártelo. Esta lucha interna contigo misma solo perjudica tu desarrollo y también las aclaraciones para que te arrepientas de tus actitudes.

—Por favor, Bartolomé, ayúdame. No quiero seguir sintiendo aquel odio. Quiero tener el control sobre mis voluntades. No quiero que suceda nada más, ninguna tragedia. Ayúdame a acordármelo.

—Gracias a Dios, mi hija, estás pensando de esta manera, eso es ya una buena señal. Reza, mi querida, y lee mucho. Te indicaré algunos libros que tratan del mundo espiritual y que pueden ayudarte a entender mejor tu karma. A través de la lectura podrás acordártelo y reconocer tu error. Yo siempre estaré listo para ayudarte.

Después de decírselo, Bartolomé le indicó los títulos de los libros que debería leer y donde los encontraría. Conversaron un poco más. Cuando Leonora se despidió ya era tarde y pronto oscurecería.

—Vete con Dios, mi hija, ten fe y no te olvides: deja el amor tomar cargo de ti.

—Adiós, ángel, muchas gracias. Vuelvo tan pronto pueda.

Leonora cabalgó rápido pues la tarde se iba y la noche llegaba. Era peligroso andar por aquellos caminos sola después que oscurecía y todavía le faltaban algunos kilómetros hasta llegar a casa. Se puso nerviosa, nunca había estado sola en la carretera durante la noche. Empezó a oír ruidos raros dentro de la vegetación. Ya no podía galopar con su caballo, pues se veía muy poco por el camino. Sudaba frío, algo la molestaba, como si algo o alguien la siguiese. Su sexto sentido la alertaba sobre el peligro.

Néstor, preocupado por la demora de Leonora, les preguntó a los empleados dónde ella podría estar, pero no lo supieron decir. Fue a la recámara de su madre a intentar descubrir algo, pero la vio durmiendo un sueño profundo. No quiso despertarla. Fue al jardín y por algunos minutos miró hacia la puerta principal. Estaba impaciente, no conseguía quedarse

parado sin hacer nada. Mandó que le trajesen su caballo. Iría a buscarla. Por instinto, tal vez, o por amor, su corazón le decía qué camino seguir. Sin titubear fue hacia la cueva.

Algo lo había llevado hasta allá. La noche estaba realmente muy oscura y por toda la carretera llamaba por Leonora. De vez en cuando paraba e intentaba ver algo en la oscuridad. Cuanto más tiempo pasaba sin encontrarla, más aumentaba su preocupación. Se ponía a cada instante más nervioso. Empezó a gritar por Leonora.

—Dios mío, no deje que algo le suceda a Leonora. No me perdonaré. Sé que ella estaba triste por mi culpa, no puedo perderla. ¡Leonora! ¡Leonora! ¿Dónde estás?

Seguía gritando, parecía un loco, cuando en el silencio de la noche, escuchó un ligero gemido. El ruido no parecía venir de lejos. Volvió a gritar.

—Leonora, ¿Eres tú? Mi amor, responde, ¡por Dios!

Siguió oyendo el ruido y, cuando se acercó a unas piedras, la vio caída en el suelo. Parecía muy herida. Néstor gritó de alegría al darse cuenta de que era Leonora.

—¡Leonora! Gracias a Dios te encontré, mi amor.

Corrió para tomarla en los brazos y vio que estaba muy herida, con cortes en todo el cuerpo.

—Quédate tranquila, cariño, te llevaré a casa y cuidaré de sus heridas.

La tomó en los brazos con delicadeza, pues tenía miedo de hierirla aún más. Leonora, que no era nada tonta, a pesar de mareada, fingía más dolor de lo que realmente sentía. Gemía y lloraba en sus hombros, lo que le dejaba a Néstor aún más preocupado por su estado físico.

—¿Será que has roto una pierna o un brazo? Leonora, ¿dónde te duele? Dímelo, muéstramelo.

—Tío Néstor, el dolor está por todo el cuerpo y en la pierna, no consigo andar.

—Te rompiste algo, seguro. Te llevaré con cuidado y no dejaré que te hieras más. Confía en mí.

La acomodó en su caballo y siguió a pie, direccionando el animal de manera cuidadosa para evitar que ella se moviese durante el trayecto. Le preguntaba a Leonora a todo momento si todo estaba bien, si aguantaba un poco más, pues pronto ya estarían en casa. Apenas vio la entrada de la casa empezó a gritar, llamando a los empleados para que viniesen a ayudarlo.

—¿Qué pasó, señor?

—La señorita está herida. ¡Corre!, llama al médico. Lleva el caballo, deja que yo la llevo adentro. No hagan ruidos, no quiero que mamá se entere y se ponga nerviosa.

Néstor llevó a Leonora a la recámara que era un tanto apartada de la recámara de Elizabeth. No quería que su madre escuchase ningún gemido, pues se pondría nerviosa y eso perjudicaría aún más su salud ya tan debilitada. La acostó suavemente en la cama y mandó que la empleada trajese un recipiente con agua caliente para limpiarla antes que llegase el médico.

Rompió sus ropas con cuidado para no asustarla y limpiaba su cuerpo sucio de tierra a fin de que las heridas no inflamasen. Las limpiaba con mucho cuidado para evitar más dolor. Su preocupación era tan evidente como su amor. Aunque fuese el mejor actor del mundo, no conseguiría interpretar en aquel momento su función de tío. Claro estaba a quien quisiese ver: Néstor estaba locamente enamorado de Leonora.

El médico pronto llegó y la examinó. Investigó si alguna parte de su cuerpo se había roto. Le aplicó las medicaciones para sanar las heridas y le dio un frasco de anestésico para que tomase a cada hora. Si viniese una fiebre, las torundas de agua fría en su frente ayudarían a controlarla, pero si no bajase la temperatura, tendrían que llamar al doctor otra vez. Fue lo que hizo Néstor. Se acomodó a su lado, medía la temperatura a todo instante y le daba la medicación a cada hora. Cuando la temperatura de Leonora subía, le cambiaba la torunda de agua fría.

Cuando Leonora despertó, lo miró y le agarró las manos. Tenía el rostro coloreado por la fiebre, con sus labios rojos y su mirada de pasión. “Como la quiero, como la amo, ayúdame a no amarla tanto. Enséñame cómo superar este amor. ¡Dios! Ayúdeme, no puedo flaquear, no lo soporto más.” —pensaba Néstor.

El calor de su cuerpo que incendiaba en fiebre, los labios muy cercanos a los suyos, todo era más fuerte de que cualquier promesa, de cualquier juramento y él era solamente un ser enamorado. No sabía dónde encontraría fuerzas para resistir a tanto amor. Le dio un beso en los labios con tanta suavidad que Leonora apenas podría acordarse de ese beso más tarde. Se levantó de la cama y se sentó en una butaca cerca de ella. Allí se quedó por toda la noche mirando a aquella mujer que era responsable por sacarle todo el control emocional y hacerle olvidarse de que estaba casado. No podía seguir engañándola. Necesitaba contarle la verdad. Cuando mejorase le contaría el motivo de haber vuelto.

Una vez más, la vida les ponía en test a los involucrados en este drama de mucho sufrimiento y amor. Néstor debería resistir al amor profundo que sentía por su sobrina, pues ahora estaba casado y Leonora debería controlar su odio y comprender que su amor de mujer por Néstor no se concretizaría en esta vida. El camino espinoso que, en un momento de supremo dolor, fue elegido por ella misma y que, por el desarrollar de todos los sucesos generados por este odio extremo, causó tantas muertes. La fuerza opuesta al bien que Helen había evocado la acompañó, emanando el mal en todas las oportunidades y no permitiendo que el amor superase el odio en el corazón de Leonora. De modo que, en cada situación difícil en su existencia, ella cedía a su principal flaqueza y se comprometía cada vez más con las leyes de la vida. Este era el objetivo del mal: causar cada vez más dolor y sufrimiento.

Capítulo 6 —La Búsqueda por La Verdad

Pasaron tres semanas desde el accidente de Leonora. Ella estaba mejor y sus heridas ya cicatrizaban. Su tío Néstor no la dejó sola un único minuto, la cuidó como un verdadero padre. Mientras Leonora se recuperaba, tío y sobrina no dijeron nada sobre el amor que sentían uno por el otro. Tampoco Leonora había forzado una situación que pudiese dejar a Néstor avergonzado. Actuó todo el tiempo como su sobrina.

Elizabeth estaba sintiéndose mejor, como si supiera de su importancia en aquel momento: ayudaba a Néstor en los cuidados con Leonora. Varias cartas de Rose habían llegado desde París, ella se preocupaba por el retraso de Néstor en volver a la capital. Néstor las recibía, las leía y las guardaba en su recámara. Contestó solamente dos cartas en las cuales relató que Leonora seguía en recuperación y aún necesitaba sus cuidados.

Néstor le preguntaba frecuentemente a Leonora cómo había sido el accidente y adónde había ido, pero Leonora le contestaba de manera evasiva: decía que había salido a pasear a caballo y, cuando anocheció, se perdió al volver a casa. Además, creía que un gato había cruzado delante del caballo, que se asustó y la derrumbó al suelo. Y eso había sido exactamente lo que había sucedido: su gato la había seguido sin que percibiese. Leonora se puso bastante intrigada con la actitud del gato, pues sabía que él jamás le haría algo así. “¿Cómo puede mi propio gato hacerme eso?” —pensó.

Leonora intentaba llamar al gato, pero Néstor estaba siempre allí, es decir, ella nunca tenía la oportunidad de encontrarlo. Sin poder salir sola, era muy difícil buscarlo. Aquella tarde, cuando ya empezaba a dar unos pasos sin la ayuda de Néstor, se deparó con el cura en el jardín.

—Buenas tardes, Leonora. ¿Cómo estás? Ya puedo ver que estás bien.

—Sí, señor cura, me encuentro mucho mejor, gracias a mi tío que me cuidó incansablemente.

—Es verdad, niña. Y, ¿dónde lo puedo encontrar? Necesito verlo.

—Por favor, entre, le avisaré que usted está aquí.

Caminó despacio hacia el interior de la casa, comunicándole al empleado

que avisase a Néstor.

—Hola, señor cura. Es un placer recibirle aquí. ¿A qué se debe su visita?

—Bueno, Néstor, en realidad vine a visitar a Elizabeth. Pero como supe de tu regreso, decidí hablar contigo antes.

—Claro. ¿Algún problema? Su fisonomía me parece preocupada.

Leonora aún estaba cerca de los dos cuando el cura la miró. Néstor percibió el movimiento y comentó:

—¿Es particular? De acuerdo. Leonora, mi angelita, déjanos solos. Quédate con tu abuela, pero subas con cuidado. Bueno, conversaremos en el despacho. Por favor, acompáñeme. ¿Acepta un zumo o un té?

—No, gracias. Me gustaría preguntar tu opinión sobre una carta que tengo en mi poder.

—¿Una carta?

—Te contaré. El inquisidor, antes de morir, me dio una misión. Pidió que yo le entregase una carta a la señora Elizabeth.

—Pero ya se pasaron tantos años desde su muerte y ¿solo ahora usted nos trae esa carta?

—Sí, sí, es verdad. Es que varios episodios sucedieron desde entonces y me olvidé de la carta. Sé que me equivoqué, pero cuando avisé a tu madre que traería la carta, ocurrió una nueva tragedia en la familia: la muerte de tu hermana. Ese acontecimiento dejó a tu madre muy enferma.

—Pero, cura, eso también ya sucedió hace mucho tiempo. No entiendo qué quiere usted decirme.

—Tranquilízate, mi hijo. Te lo voy a explicar. Conocí muy bien al cura inquisidor, siempre conversábamos mucho. Una vez él me hizo una confesión que no podré revelarte. Eso fue un poco antes de su trágica muerte. Acompañé todo su sufrimiento en vida tras el accidente, escuché sus quejidos durante las madrugadas, gemía de mucho dolor. Tenía pesadillas terribles y agonizaba de remordimiento.

—Vamos, cura. Hable, por favor.

—Bueno, como decía, supe qué sucedió hace unos años con tu familia. Algo que les marcó profundamente. Sé que en la carta el inquisidor trata de ese tema. Me pregunto si debo entregársela o no, ya que Elizabeth se encuentra muy enferma.

Néstor pensó en aquellas palabras: “algo que les marcó profundamente”.

—Cura, ¡dígame de qué se trata! ¿Cuál es el tema de la carta?

—Mi hijo, no puedo decirte, todo lo que sé me lo ha dicho en confesión.

No puedo revelarte. Además, la carta está dirigida a tu madre. Solo ella la puede abrir.

—Entonces, ¿cómo puedo saber si debo entregarla o no?

—Es justamente esa mi duda. ¿Qué hacer? Creo que ella ya se olvidó de la carta, pues nunca más volvimos a hablar sobre ella. Sin embargo, mi conciencia me está cobrando esta acción. Le juré al cura inquisidor que la entregaría a Elizabeth.

Néstor dijo:

—Bueno, deje la carta conmigo. Pensaré con calma y decidiré qué será mejor para mi madre.

Ya salía el cura del despacho, cuando Néstor, mirando la carta, le preguntó:

—¿Qué tiene que ver Leonora con esto? Usted pidió que ella no escuchase nuestra conversación. Por lo tanto, debo presumir que no quería que ella supiese de qué se trata.

—Tu presunción está correcta. Toda esa historia tiene relación con Leonora.

El cura salió de la oficina y caminó hacia la recámara de Elizabeth. Néstor se había quedado allí, con la carta en las manos, curioso sobre su contenido. Leonora, que hacía compañía a su abuela, estaba muy interesada en saber qué pasaba en el despacho. La abuela percibió la preocupación de la nieta e intentó tranquilizarla, diciéndole que no había nada raro en aquella conversación. Probablemente sería algún asunto sobre el cual una mujer no podía enterarse. Oyeron dos golpes en la puerta.

—Pase. —dijo Leonora. —Siéntase en casa, cura. Los dejaré solos.

La niña salió pues quería ver a Néstor. Necesitaba ver si su cara había cambiado. Su corazón decía que esa preocupación tenía sentido. Cuando abrió la puerta, vio a Néstor sentado en la silla, con las manos en la cabeza, mirando la carta sobre la mesa.

—¿Qué pasó, tío Néstor? Te pones una cara de preocupación.

Néstor intentó disimular y esconder la carta, imaginando que Leonora no la había visto.

—Nada, mi ángel, el cura solo necesitaba una ayuda para la Iglesia y vino a pedirme un donativo en dinero.

Leonora fingió creer en lo que había oído; la reacción del tío en ocultar la carta le dio la seguridad de que pasaba algo muy malo. Tarde o temprano, descubriría todo.

Mientras tanto, en la recámara, Elizabeth le preguntó al cura qué había tratado con Néstor. Sin embargo, sin saber cómo contestar la pregunta, el cura disimuló y cambió de tema. Esta actitud despertó en Elizabeth una gran inquietud.

—Veo que estás cada día mejor, Elizabeth. El regreso de tu hijo fue una milagrosa medicina para tu salud. Ya consigues hablar y ahora espero verte fuera de esta cama.

Hablando bajo y pausadamente, Elizabeth le contestó:

—Estoy feliz, todos aquí están felices. Por fin, tenemos un poco de paz.

—Rezaré, mi amiga, para que la paz permanezca mucho tiempo en esta casa.

Se quedaron unos minutos más allí, hasta que el cura se despidió y se fue. Bajó las escaleras y se encontró con Leonora y Néstor, que lo acompañaron hasta el jardín y Néstor se despidió diciendo:

—Que Dios nos perdone y nos bendiga.

—Quédense con Dios. Lo necesitarán aquí.

Néstor le agradeció y enseguida miró a Leonora, que siguió callada, solamente mirándolo con curiosidad. Aquella mirada significaba que ella no descansaría mientras no supiese el contenido de la carta. Cuando el cura estaba ya muy lejos, Leonora se dirigió a Néstor y le preguntó:

—Entonces, dime, tío. ¿Por qué me ocultas el verdadero motivo de esa visita?

Néstor la miró asustado tras la pregunta inoportuna y le contestó:

—Ya te dije todo, Leonora. No tengo razones para esconderte nada.

Su voz y sus palabras sonaban muy falsas. A Leonora no le gustó aquella respuesta. Se puso nerviosa y desasosegada, imaginando que la relación entre los dos pudiese estar amenazada. Empezó a demostrar su descontrol emocional, sus ojos cambiaron de color y aumentaron de tamaño, su fisonomía estaba aturdida, dejándola aún más parecida a Helen. Néstor observaba esas transformaciones en Leonora y eso le parecía cada vez más raro. ¿Qué pasaba? Ordenó que Leonora se tranquilizase, pues no había motivos para ponerse tan nerviosa con la visita del cura. Leonora, al fin, le preguntó:

—¿Por qué escondiste de mí aquella carta?

—¿Qué carta? ¿De qué hablas? No me acuerdo de ninguna carta.

—¡Para, tío Néstor! Tú no sabes mentir, nunca supiste, y no conseguirás mentirme ahora.

Néstor se puso pasmado. Realmente, nunca había mentido, con la

excepción de su boda, pues aún no tenía coraje para contar. No sabía ocultar de nadie la verdad, principalmente de su sobrina.

—De acuerdo, te lo voy a contar todo. No podía contarte porque es un asunto que le interesa tan sólo a tu abuela.

En aquel momento, Néstor le contó a Leonora toda la conversación que había tenido con el cura. Omitió, obviamente, la parte que se refería a ella.

—¿Qué sucedió en el pasado que interfirió tanto nuestras vidas? ¿Qué secreto será este, tío? ¿No tienes curiosidad en saber?

Néstor se quedó pensativo mientras oía a Leonora. Su pensamiento estaba lejos aquel momento. Tenía miedo de pensar que fuese algo del pasado que no le gustaría revivir jamás. Acordarse de Helen aún era motivo de sufrimiento y dolor; aunque hayan pasado ya muchos años, él nunca se había olvidado de los detalles del triste día de su muerte. Recordó sus ojos, que revelaban tanto odio, y conectó ese recuerdo a los ojos de Leonora, que se asemejaban a los de Helen, cuando se descontrolaba emocionalmente. Leonora interrumpió sus pensamientos:

—Contéstame, tío. ¿No quieres saber el contenido de la carta?

—Sí, claro que sí. Pero no puedo. La carta es para tu abuela. Abrirla sería un ultraje a las normas y a la moralidad.

—¿Cómo podrás saber si entregar la carta es la mejor decisión?

—No sé, Leonora. Voy a pensar. Tienes más curiosidad que yo, pero ni se te ocurra abrirla, ¿me oyes?

—Nunca haría nada sin tu permiso. Además, no sé dónde encontrarla.

Sonrió pícaramente, parecía una niña traviesa.

Néstor se ponía encantado con su manera de actuar, parecía una niña. Charlaron y rieron un poco más en el jardín. El día siguió normalmente, nada más había trastornado la monotonía de la casa. La mañana siguiente, Néstor se despertó muy temprano pues había pensado mucho en el pasado y decidió volver a la gruta. Había prometido a sí mismo que jamás volvería, pero los recuerdos del día anterior le hicieron olvidar la promesa. Leonora escuchó el ruido en la casa y decidió levantarse para ver qué pasaba.

—Buenos días, tío. Te despertaste temprano. ¿Vas a salir?

—Primeramente, ¿qué haces aquí abajo tan temprano y en camión? ¿Ya no te dije que no eres más una niña y no puedes pasear con esa ropa delante de los sirvientes? ¡Semidesnuda!

—Uy, pero qué exagero, tío Néstor. El viejo mayordomo ya está casi ciego, no ve nada. Ponte tranquilo. Y a esas horas no hay nadie más aquí.

—Estoy yo, Leonora. Soy tu tío, pero también soy hombre. ¿Dónde está tu pudor?

—Ay, no te preocupes, ya me cambiaste tantos pañales y ya estás cansado de ver mi cuerpo. ¿Por qué tendría yo que preocuparme?

—No se trata de preocuparte, pero...

—Néstor interrumpió el habla y añadió:

—Está bien, Leonora. Tú has vencido. No hablaré más. Vístete y baja para desayunar conmigo.

Leonora se acercó y tocó el cuerpo en el brazo del tío. Néstor sintió escalofríos desde los pies hasta la cabeza. Su perfume suave lo alucinaba, su pelo suelto rozaba su cara y la transparencia de su camisión dejaba los senos a la vista. Casi ya no conseguía hablar, hasta que reunió fuerzas y dijo:

—Vístete, Leonora. Por favor.

—Está bien, pero espérame regresar para que desayunemos juntos.

Néstor, sin aliento y con el corazón acelerado, intentaba recuperarse. Apenas conseguía respirar, pensó: “Necesito tener coraje para contarles. Será hoy en la cena. No puedo más ocultar ese matrimonio. Leonora necesita saberlo para abandonar esa obsesión por mí”.

Néstor sabía que sería exactamente de esa manera como había imaginado. Tenía miedo de cómo reaccionaría cuando supiese. No quería hacerle daño. Necesitaría calma para buscar las palabras correctas. Pensó mucho pero no encontró la mejor forma de contarles. Le pidió ayuda a su hermana, para que ella iluminase sus palabras en ese momento difícil. Leonora apareció en el comedor. Llevaba puesta ropa de montura y Néstor se sorprendió:

—¿Adónde vas vestida así?

—Voy a cabalgar un poco. Voy contigo.

—No, señorita, aún no estás totalmente recuperada. Y, además, voy a un sitio donde no puedo llevarte.

Leonora intentó contraargumentar, pero de nada sirvió. Como conocía el sitio adónde iba Néstor, no insistió. Desayunaron en silencio hasta que sus miradas se cruzaron.

—¿Qué pasa, tío? Siento que quieres decirme algo.

—Quiero pedir que mamá esté hoy en la cena con nosotros. Tengo que darles un comunicado y quiero hablar con las dos a la vez.

—¿Comunicado?

—Sí. Lo sabrás en la cena.

—De acuerdo. Avisaré a la abuela y cenaremos más temprano pues ella no

consigue estar despierta hasta tarde.

—Entonces, quedamos en la cena. Voy a salir y volveré al final de la tarde. No almorzaré.

Leonora observó a Néstor cuando él se retiraba. Como siempre, su sexto sentido le avisaba que algo malo iba a ocurrir. Se puso nerviosa imaginando qué sucedería. Durante todo el día, caminaba de un lado a otro sin centrarse en nada más. Cambiaba la mirada y fruncía el ceño: ya no era ella misma. Entraba y salía de la recámara de Elizabeth varias veces y su abuela ya se había dado cuenta que la cena de aquel día sería un desastre. Después del aviso de la nieta, Elizabeth estaba segura de que la noticia de Néstor no sería buena para Leonora. No podía imaginar aún cómo sería maléfica para todos. Empezó a rezar, pidiéndoles ayuda a los santos. Sentía que la paz estaba a punto de terminar.

Leonora estaba en la recámara nerviosa y con miedo, pues sabía que su control emocional estaba pendiendo de un hilo. Pero pensó que no era prudente ponerse así; se acordó de su ángel guardián y empezó a llamarlo:

—Bartolomé, te necesito. No consigo tranquilizarme, siento en mi corazón el odio de siempre. Por favor, ayúdame.

Su recámara se alumbró, como si de pronto alguien hubiese encendido muchas velas. Leonora clamó a Bartolomé. Cuando se volteó, vio a Louiza. Su asombro fue tan fuerte que gritó:

—¡Tía Louiza! ¿Es usted?

Con una voz dulce y suave, Louiza le contestó:

—Querida hija, cálmate. Estoy aquí para ayudarte.

Leonora lloró de emoción. Quería abrazarla, pero no conseguía moverse.

—Siente ese amor que existe en tu corazón ahora. Acuérdate que los culpables ya pagaron por sus crímenes y aprende a perdonar. Néstor te quiere mucho, pero tú también cometiste errores y tendrás que pagar por ellos. Escucha y cree en lo que él te diga con todo su corazón y no te dejes seducir por el odio. Todo ya pasó y en una nueva vida tendrás la oportunidad de aprender por medio de la resignación y del amor para reconciliarse con las personas involucradas en los difíciles momentos de su vida actual.

—No entiendo, tía.

—Entenderás cuando se aclare todo. Lo más importante es acordarte de mis palabras en el momento adecuado. Ten fe en el Creador y sepa que en esta vida tú viniste para vengarse y no para perdonar: ese fue tu mayor error. Sé tú misma y escucha la voz del corazón.

Al decir eso, el espíritu de Louiza se deshizo como el humo, dejando a Leonora en llanto. Vencida por el cansancio, Leonora se acostó y durmió y su espíritu se dirigió hacia Bartolomé en la gruta.

—Viniste hasta mí. Conseguiste limpiar tu corazón. Eso es una gran victoria para nosotros.

—No sé si conseguí, pero es que necesito tu ayuda. Sé que sabes todo lo que sucede. Sé que sabes que me encontré con mi tía Louiza. Y sabes también que no entendí muy bien sus palabras.

—Leonora, ya hablamos sobre reencarnación y es justamente sobre ese tema que tu tía intentaba explicarte: tu vida pasada, tu muerte y tu impulso de venganza. Invocaste las fuerzas del mal y esta energía te acompaña desde tu muerte hasta la reencarnación como Leonora. Tienes que destruirla y solo tú podrás hacerlo.

—Pero, ¿cómo? No sé dónde está esta fuerza maligna a la cual te refieres.

—Tú la destruirás con amor en el corazón, venciendo el odio que sientes por toda tu familia y, entonces, descubrirás de donde viene esa fuerza.

Leonora suspiró y se despertó inmediatamente. Tras las palabras de Bartolomé, estaba más tranquila, pero seguía con un peso en el corazón. Salió de la recámara para conferir si ya había llegado Néstor. Al confirmar que no, ella fue a la recámara de Elizabeth, que dormía. Recordando las palabras que había oído en el sueño, la miró sin entender por qué guardaba tanto odio de aquella anciana frágil que dormía como un ángel. Se acordó también de su mamá, Isabel, indefensa en la silla de ruedas; de su abuelo, que aunque lo conociera tan joven, se acordaba con detalles de su dolor y de la falta de piedad que tenía con él; y de Louiza, que había sido una verdadera madre que la salvó de ser huérfana. Todos esos recuerdos pasaron en su cabeza como un destello, mientras observaba a Elizabeth en la cama. Fue a la recámara aguardar la llegada de Néstor cuando se dio cuenta de que su gato rayaba el vidrio de la ventana.

—¡Ah! Decidiste aparecer, sinvergüenza. —se acercó a la ventana y la abrió. —¿Cómo fuiste capaz de hacerme todo aquello? ¿Piensas que me olvidé? Cruzaste delante del caballo para que me cayese. ¿No eres más mi amigo?

Lo miraba profundamente; era como si entendiera sus pensamientos.

—¿Será que entendí bien? ¿Estás intentando decirme que lo hiciste para acercarme de Néstor? Estaré desquiciada, creo que el gato me contesta... Bueno, si ha sido esta la intención, te agradezco. Ya era hora de encontrar a

alguien que me ayudase con Néstor.

El gato se enredó en su regazo y ella le acarició el pelo.

—No veo la hora de que llegue. Tengo mucha curiosidad sobre lo que me va a contar. Quiero mucho saber. No tengo idea del tema de ese comunicado.

El gato, maullando, saltó al suelo y se dirigió hacia la puerta.

—¿Quieres salir?

Leonora se levantó y abrió la puerta. El gato caminaba y maullaba por el pasillo, como si la llamase. Leonora entendía a su gato y lo siguió hasta la recámara de Néstor.

—¿Quieres que entre yo?

Siguió maullando. Leonora se acercó y abrió la puerta. El gato, velozmente, subió al escritorio. Leonora intentó abrir el cajón del escritorio, pero estaba cerrado. Entonces, empezó a buscar la llave.

—No está aquí. Debe estar con tío Néstor. Hay algo aquí que tengo que ver, ¿es eso?

El gato maulló.

—Ven, vamos a salir de aquí pues el tío ya llega. Intentaré conseguir esa llave después, sin que él sepa.

Escuchó la voz de Néstor que estaba en la puerta principal. Entonces, rápidamente expulsó al gato y corrió hacia él. Cuando miró a su tío, percibió que su mirada estaba triste y había algo de amargura.

—¿Qué pasó, tío? ¿Estás triste? ¿No te ha gustado el paseo?

—No pasa nada. Por aquí, ¿todo está bien?

—Sí, ya le avisé a la abuelita que servirán la cena más temprano hoy y que quieres que ella cene con nosotros.

—Qué bueno. Voy a bañarme y descansar un poco antes de la cena. Si sigo durmiendo media hora antes de la cena, despiértame, por favor.

—Sí, tío Néstor. No te preocupes.

Néstor subió las escaleras de cabeza baja, como si cargase un enorme peso en las espaldas. No sabía cuánto estaría él mismo triste con el anuncio que haría en la cena. Leonora, que lo conocía muy bien, pensó: “Realmente debe ser muy grave lo que nos contará en la cena. Siento su tristeza. Necesito descubrir antes. Tengo que encontrar la llave.”

Siguió pensando en cómo haría para conseguir la llave del cajón sin que él se diese cuenta. Esperó que se bañase para entrar a la recámara. Buscó sus ropas, pero ellas estaban en el cuarto de baño. Se puso enojada, pues tendría que esperar que durmiese para tener acceso a sus ropas.

Aguardó pacientemente que Néstor durmiese. Muy despacio, puso las manos en el bolsillo de su pantalón, que estaba sobre el sillón y, con mucho cuidado para no despertar al tío, buscó hasta encontrarla. Silenciosamente, caminó hasta el escritorio y abrió el cajón. Había muchos sobres de correspondencia y Leonora no sabía cuál sería, hasta que vio uno escrito *Rose*. Lo cogió y salió. En su cuarto, con el corazón latiendo fuertemente, Leonora tuvo miedo de abrir la carta. Pero sentía que tenía que hacerlo. La abrió y empezó a leer:

“Mi querido Néstor, me preocupo mucho con su retraso en volver y te echo mucho de menos. Sé que no regresaste aún pues no conseguiste resolver todos los problemas que lo llevaron a casa nuevamente. Pero, mi amor, vuelve lo más rápido que puedas, tengo buenas noticias para ti. Dales mis saludos a tu mamá y a Leonora, díles que las aguardo aquí en París. Mándame noticias y cuéntame si ya les contó que nos casamos y cómo reaccionó Elizabeth y, principalmente, Leonora.”

Sin conseguir leer una palabra más, Leonora se retorció de tanto dolor en el pecho, debido al golpe tan duro de saber que Néstor se había casado escondido. Quería gritar, correr, hacer algo que pudiese disminuir el sufrimiento pues estaba totalmente trastornada. Salió como una loca por el pasillo hacia la recámara de Néstor. Abrió la puerta con tanta fuerza que el tío dio un salto de tanto susto, sin entender nada.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué maneras son esas de entrar aquí?

Cuando vio a Leonora parada al lado de la cama, casi gritó, era la propia Helen que estaba allí.

—Dios mío, Helen, ¿eres tú?

—No, tío Néstor. Soy yo, Leonora. No esa Helen.

Su voz temblaba, como todo su cuerpo, sus ojos eran puro odio, su nariz abría y cerraba con tanta velocidad que parecía que soltaría veneno. Néstor no dijo nada, solo miraba a aquella mujer sin nada comprender, pero, al mismo tiempo, quería abrazarla aun sabiendo que se trataba de una visión.

—Por segunda vez, me traicionaste. ¡Nunca me amaste! ¿Cómo puedes hacerme esto? Ahora sé que siempre has sido un cobarde. ¿Cómo pude amarte tanto tiempo? ¿Cómo no pude ver que me traicionarías de nuevo?

—Por Dios, ¿qué dices?

—Te odio, odio a toda esta familia. Tú eres igual a todos y fuiste tan culpable como tu madre.

—¿Culpable de qué? ¿De qué me culpas, Leonora? Por favor, escúchame.

—¡No! —gritó. —Nunca más te escucharé. Nunca más te amaré.

Leonora gritaba tan alto que todos en la casa escuchaban, aunque no conseguiesen entender detalles de todo aquel ruido infernal que venía de las habitaciones superiores. Elizabeth clamaba por Néstor, gritaba para que alguien le ayudase. Quería levantar para ver qué pasaba. Los empleados no se atrevían a subir, estaban aterrorizados con los gritos de Leonora. Elizabeth seguía gritando por Leonora y Néstor. Intentó arrastrarse por la cama, cayó al suelo y con mucho esfuerzo llegó hasta la puerta. Pedía que Dios la ayudase pues necesitaba llegar al cuarto de Néstor, presentía que algo peor ocurriría. En ese exacto momento, el gato entró por la ventana abierta. Elizabeth lo vio y gritó:

—¡Vete de aquí, demonio! Eres tú el culpable de toda la desgracia de mi familia.

El gato le señalaba sus garras y sus dientes afilados. Muy perspicazmente, saltó cerca de una vela que estaba encendida en la mesa, derribándola en la cama. El incendio comenzó, todas sus ropas ya estaban en llamas y el humo ocupaba toda la recámara. Elizabeth gritaba por Néstor y Leonora, pero los dos seguían discutiendo sin oírse. Leonora gritaba mucho y golpeaba a su tío con mucha fuerza. Néstor la tomaba por el brazo, pero era muy difícil: su odio era tanto que le dio la fuerza de dos hombres. Luchaban. Néstor siempre pronunciaba su nombre para que ella se tranquilizase. Por algunos segundos, la inmovilizó.

—Leonora, escúchame, mi amor, yo te quiero mucho, créeme. Todo lo que hice ha sido para no hacerte daño. Nuestro amor es imposible, casi he sido tu padre. No podemos ser amantes o...

Leonora lo interrumpió con su llanto. Estaba descontrolada, lloraba tanto que no conseguía pronunciar una sola palabra.

—No llores así, mi amor. Solo quiero verte feliz.

Cuando parecía que todo estaba mejor y más tranquilo, un grito de pánico salió de la recámara de Elizabeth. Néstor se alejó de Leonora y corrió para ver a su madre. A pesar de la puerta cerrada, Néstor pudo ver el fuego y gritó:

—¡Socorro! Traigan recipientes con agua, la recámara está incendiándose.

Abrió la puerta y una enorme llama de fuego salió hacia él y casi lo atingió. Leonora estaba paralizada en el pasillo. Cuando vio qué pasaba, gritó y corrió, pues tenía pavor de fuego. Recordaría aquella escena para siempre, parecía que estaba reviviendo todo de nuevo: todo su cuerpo ardiendo. Por un impulso, Leonora se arrojó delante del agua, como si fuese su cuerpo el que

quemaba.

Néstor cubrió el cuerpo en llamas de su madre con una manta y la retiró del recinto. Mientras tanto, los empleados seguían intentando contener el incendio con agua.

—¡Dios mío! ¡Mi madre! —lloraba y abraza el cuerpo.

Elizabeth, agonizando, lo miró y le pidió perdón. Cuando todo se normalizó, los empleados se acercaron a Néstor y le sugirieron pensar en las providencias. Néstor, entonces, pidió que comunicasen al cura para que él viniese a rezar por el alma de Elizabeth. Preparó todo para el funeral. Mandó una carta al hermano contándole la triste tragedia que había sucedido aquel día. Buscó a Leonora, pero nadie la había visto. Estaba muy preocupado por la desaparición de Leonora, pero no podía ausentarse de la casa.

Leonora había salido corriendo para bañarse en el río. Sentía que su cuerpo estaba en llamas y necesitaba mojar su piel. Sin saber qué hacer después, ya que se encontraba completamente desorientada, decidió caminar hasta la gruta. Le dolían las piernas, pues la cueva estaba muy lejos de su casa. Cuando finalmente llegó, ya anochecía. El estado de Leonora era lamentable: parecía una niña perdida, completamente sola en el mundo, como si cargase un peso enorme en las espaldas y no pudiese más soportarlo. Al entrar, lloraba mucho y, a pesar de la oscuridad, caminó hasta el altar de piedra y se tumbó allí, encogida, en silencio. No quería pensar, no quería recordarse de lo que pasó.

El día ya amanecía y Leonora se quedaba inmóvil, mirando el horizonte como si estuviese atónita. En ese momento, escuchó una voz conocida.

—Leonora, no te pongas así. Tienes que reaccionar. Vuelve a casa y ve al funeral de tu abuela.

—No, no voy a ir —habló bajito —No quiero verla, nunca más quiero ver a nadie de aquella familia.

Bartolomé, con mucha tranquilidad, dijo:

—No puedes huir ahora, aún tienes que cumplir tu karma, no dejes que el odio te domine. Antes que sea tarde, perdona a Elizabeth.

—No puedo —dijo llorando.

—Sí, tú puedes, Leonora. Eres mucho más fuerte de lo que piensas. El cuerpo de Elizabeth aún está allá, ve y perdónala de corazón.

—Bartolomé, no fui yo quien mató a la abuela. ¡Dime si fui yo!

—Mi querida, siempre que llevas ese odio en el pecho, trasmites una fuerza maligna a todos a su alrededor y, por medio de esa fuerza negativa,

cumples tu venganza.

—¿Entonces quieres decirme que yo maté a mi abuela? ¿Quemada?

—Parte sí, parte no. Ya te dije, existe esta fuerza que te acompaña. Tienes que destruirla.

—Yo la quería. Yo la amaba. No quería que eso pasase. Cuando empezó el incendio, yo discutía con Néstor. Sentí tanto odio que no entendí el verdadero motivo del incendio.

Lloraba mucho, sus lágrimas deslizaban en sus mejillas.

—Sigo sin entender cómo las cosas suceden, lo que sé es que cuando siento odio, el pensamiento viene, no lo controlo, y deseo que todos sufran de la misma manera que sufrí.

—No pierdas más tiempo, Leonora. Vuelve a casa y perdona a tu abuela. Es así que conseguirás vencer esta batalla. No te olvides de que es necesario vencer las fuerzas del mal por medio del amor.

Leonora salió de la gruta y corrió por la carretera lo más rápido que pudo. Estaba exhausta, sin aliento, pero sabía que tenía que seguir, tenía que llegar a tiempo. No podían enterrar el cuerpo de Elizabeth sin que ella estuviese presente. Mientras pensaba, corría. Le pedía a Dios que le diese fuerzas para seguir, su corazón estaba agobiado con la posibilidad de no llegar a tiempo. Sin percibir, le pedía a Dios que hiciese un milagro o cualquier cosa para impedir que enterrasen a la abuela sin su presencia.

Todos ya habían salido de la capilla y llevaban el ataúd al cementerio cuando avistaron a Leonora corriendo por la carretera. Parecía una loca pues gritaba para que la esperasen. Néstor, cuando la vio, se quedó inmensamente aliviado. El aspecto de Leonora no les agradaba a los demás: llevaba la ropa rota y sucia, su pelo estaba enredado, como si no los peinase hacía siglos, y la cara estaba hinchada debido a todo el llanto. Se tiró sobre el ataúd, llorando mucho. Pedía perdón. La escena conmovió a todos, que se compadecían de su sufrimiento.

—Elizabeth, perdóname. Siempre te quise, por favor, abuelita ¡perdóname!

Néstor intentaba tranquilizar a Leonora, pero ella no lo escuchaba. Seguía abrazada al ataúd de Elizabeth, en llanto. El cura Gabriel, que había celebrado la misa, se acercó a Leonora y le pidió a Dios que aliviase aquel sufrimiento. Él sabía qué pasaba con Leonora; sentía la presencia de los espíritus de Isabel y Louiza. Tenía la costumbre de leer libros sobre espíritus —que eran prohibidos —, y, además, tenía mucha sensibilidad. Isabel y Louiza se

comunicaban con Leonora:

—Querida, Elizabeth ya te perdonó hace mucho tiempo. No te pongas triste. Lo que falta es tu perdón. Tú tienes que perdonarla, para que encuentre la paz.

Leonora buscaba dónde estaba su tía y el cura le dijo:

—Están al lado de ti.

Ella no comprendió cómo el cura sabía de aquella presencia. “¿Será que ve a los espíritus?” —pensó.

Entonces el cura Gabriel, habló en voz baja:

—Leonora, a pesar de pertenecer a la Iglesia Católica, conozco mucho sobre los espíritus, ya leí muchos libros del antiguo cura de la capilla de la aldea. Él los coleccionaba.

Entonces, Gabriel alejó a Leonora del ataúd y, con cariño, dijo:

—Vamos a seguir con el funeral. Un día hablaremos más.

Néstor se puso intrigado con la conversación entre Leonora y el cura. A Leonora no le gustaban los curas, no les daba nunca atención. Pero el cura Gabriel consiguió acercarse de ella, principalmente en ese momento de gran dolor.

—Ve a tu casa, niña. Como dijo tu tía, Elizabeth ya te perdonó.

Sin decir nada, Leonora bajó la cabeza y caminó hacia su casa, sin mirar a nadie, tampoco a Néstor, como si él no estuviese presente.

La providencia divina había colocado una vez más los personajes de esa trama de amor y odio. Después de tanto sufrimiento, Leonora consiguió perdonar sinceramente a su mayor torturadora. La niña estaba completamente destruida debido al dolor y la tristeza de la muerte de la abuela. La muerte de Elizabeth fue similar a la muerte de Helen, reequilibrando parte del karma negativo que Leonora había acumulado en esta vida, aprendiendo con todo el dolor que tuvo y el pesar que sintió los últimos días.

Néstor ahora se encontraba delante de un gran dilema: tenía que decirle a Leonora que él la cuidaría a partir de ese momento, ejerciendo su papel de padre, a pesar de quererla como hombre. Eso sin que Leonora sufriese, haciéndola entender que este era el camino correcto a seguir, ya que Néstor ahora era un hombre casado.

Capítulo 7 —Descubrimientos Doloridos

Dos semanas ya habían transcurrido. Leonora estaba enferma, o mejor, emocionalmente muy abalada y actuaba como si estuviese bastante trastornada. Néstor no sabía qué hacer. Su sobrina no más había dicho una sola palabra desde aquel día. Pasaba horas mirando las paredes y no aceptaba comer. Néstor, con mucho sacrificio, lograba hacer con que ella tomase un poco de sopa. Estaba todo el tiempo a su lado, intentando iniciar una conversación, pero en vano. Ella no lo miraba. Desesperado, salió en búsqueda del cura Gabriel para pedirle que fuese hasta su casa e intentase hablar con ella.

Néstor le escribió una carta a su mujer contándole sobre el estado de salud de Leonora y que, por ello, volvería tan pronto ella estuviese mejor. En la carta también le preguntaba acerca de la ausencia de su hermano Sebastián en la misa de séptimo día de su madre. Tras el entierro, Néstor había recibido una carta de Rose en la que ella hablaba de sus sentimientos acerca de todo lo que había sucedido y también le informaba sobre su delicado estado de salud. Le dijo a Néstor que le gustaría contarle lo que sucedía, pero solo hablaría en persona. Le dijo que esperaría su respuesta sobre la posibilidad de que ella fuese hasta él. Néstor no sabía que decirle, quería saber lo que pasaba con su mujer, pero temía por Leonora. Al imaginar las dos juntas, su corazón le alertaba que no sería una buena idea. Estaba en el jardín, escribiéndole la carta a Rose, cuando aparece el cura Gabriel.

—Buenos días, Néstor.

—Estoy muy feliz por haber venido, necesito su ayuda, cura. No sé qué puedo hacer para ayudar a Leonora, ella está muy abalada psicológicamente.

Le contó al cura todo lo que estaba sucediendo y le preguntó:

—¿Puede usted ayudarme, cura Gabriel?

—Creo que sí, lo intentaré. Pero antes de verla, me gustaría que me dijese qué hiciste con la carta del inquisidor que te entregué.

Néstor no se acordaba de tal carta.

—Está guardada en mi recámara, no tuve tiempo de comentar sobre ella con mi madre.

—Hijo mío, déjala guardada donde está. Todas las veces que intenté entregarla a su madre una tragedia sucedía en esta casa. Me parece que ahora lo mismo sucedió contigo. No sé decir el porqué, pero es como si aquella carta fuese maldita. Sé que no debo dar atención a este tipo de cosa, pero fueron muchas casualidades para que yo desprecie tal hecho. Te pido que no la toques por ahora.

—Está bien, cura, pero vaya ahora a ver a Leonora, por favor. Intente hacer con que hable algo. Sé que a ella no le gustan los curas, nunca le gustaron, pero con usted puede ser diferente. Desde el día del entierro, la última persona con quien habló, para mi sorpresa, ha sido usted.

—Ponte tranquilo, Néstor, lo intentaré.

Tras decírselo, el cura fue hasta la recámara de Leonora. Cuando pasó por la puerta de la recámara de Elizabeth, miró, suspiró y rezó. Sintió su presencia en la casa y pensó: “Algo todavía preocupa esta alma, ella aún está muy afligida.”

Hizo la señal de la cruz y siguió adelante. Llamó a la puerta y esperó una respuesta. Nada. La abrió despacio, mirando adentro mientras buscaba a Leonora. En su cama no había nadie, abrió la puerta un poco más y vio a Leonora en cuclillas, en un rincón, como un animal detenido.

—Hija mía, ¿qué haces ahí, sentada de esta manera? Ven aquí.

Tomó sus manos y la llevó a la cama. Se sentó a su lado y empezó a hablar.

—Leonora, necesitas reaccionar, no puedes seguir así, necesitas hablar, decírnos qué sientes. Dime ¿de qué tienes miedo?

—Del fuego, cura. No quiero morir quemada. ¡Tengo miedo de mi abuela!

—De tu abuela, pero ¿por qué? ¿Crees que ella viene a buscarla? ¿Es eso?

—Yo no sé, pero desde aquel día sueño que me están quemando, que todos se ríen mientras sufro con mucho dolor.

El cura Gabriel sabía lo que le pasaba a Leonora. Después del accidente, tras el choque, Leonora tuvo recuerdos de su vida pasada, o mejor, revivió todo sin la consciencia de que había pasado por la experiencia de la regresión. No sabía cómo podría explicarle eso, pero tuvo una idea:

—Leonora, el cura Bartolomé tenía unos libros que, quizás, puedan calmar tu aflicción.

—Cuando dijo el nombre, Leonora lo miró asustada y exclamó:

—¿¡Cura Bartolomé!?! ¿Usted conoce a mi ángel guardián, o mejor, a mi hermano Bartolomé?

—No conocí al cura. No estaba aquí en la época de su fallecimiento. Esto

sucedió hace muchos años, pero cuando me enviaron a esta aldea, pasé algún tiempo en su capilla y descubrí en sus cosas una colección de libros sobre espíritus que le pertenecían.

—Pues por eso no los pude encontrar nunca.

—¿Qué dices? ¿Sabías acerca de la existencia de tales libros?

—Le contaré todo para que entienda mejor esta historia. Cuando él me mandó que buscara tales libros, fui hasta la capilla y nada encontré. ¡No sabía que él era cura!

Ya estaban charlando hacía horas. Néstor estaba sorprendido con el cambio de Leonora en relación con el cura. Nunca podría imaginarla conversando tanto tiempo con uno de ellos.

Gabriel estaba realmente emocionado con lo que le contaba Leonora. Creía en espíritus. En el entierro sentía su presencia, pero nunca había escuchado algo semejante a lo que le contaba Leonora. La miraba y, pensando en como todavía se parecía a una niña, no sabía qué decirle a ella. Estaba seguro, en aquel momento, que la niña tenía poderes paranormales. Ya no creía en brujas como entonces, aunque todavía existían curas que, realmente, las creían.

Gabriel era un cura distinto, tenía una visión más amplia sobre la religión. Había leído muchos libros sobre todas ellas, muchos de aquellos prohibidos por la Iglesia Católica y que le hicieron cambiar su forma de pensar y de actuar como cura de aquella época. Pocos curas sabían sobre su amplio conocimiento. La gran mayoría solo sabía que se trataba de un cura muy solicitado para resolver casos de posesión.

—Leonora, mi hija, te voy a traer los libros del cura Bartolomé. Creo que ellos podrán ayudarte a entender todo lo que te está pasando. Quizás, también los sirva a Néstor, pues él sufre mucho con todo lo que sucede en esta familia.

—Leonora, al escuchar el nombre del tío, endureció todo el cuerpo. Gabriel percibió el cambio y le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pusiste así cuando hablé de Néstor?

—No quiero que hable de él, cura, no más pronuncie tal nombre mientras esté conmigo. Para mí, Néstor murió.

—Eso es una tontería, hija, sabes muy bien lo tanto que él te quiere y está muy preocupado por tu estado de salud.

—No quiero saber de nada, por favor, cura, ¡cállese!

Gabriel no más insistió. Se despidió y le prometió que volvería pronto con los libros para prestárselos. En el jardín, habló con Néstor.

—Ten bastante paciencia con tu sobrina. Ella está muy dolida contigo y no quiere escuchar que hablen tu nombre. No me dijo el motivo.

—Le contaré todo lo que pasó, pues, quizás, sea más fácil que usted nos ayude. Siento que puedo confiar en usted, cura, pues no me gustaría que esa historia se volviese pública. Creo que no es necesario pedirle sigilo.

—Tranquilízate, hijo, será una confesión.

Néstor le contó toda la historia, desde la muerte de Helen, el nacimiento de Leonora, de su semejanza con Helen, el cambio emocional cuando se pone nerviosa y sus transformaciones. Le habló acerca del amor que sienten uno por el otro, le contó sobre la muerte de su hermana y de su juramento y, por fin, de su casamiento secreto y de cómo Leonora lo había descubierto. Gabriel empezó a comprender todo. Ahora todo estaba más claro, podía unir los hechos, en un sentido espiritual.

—Néstor, le prestaré a Leonora unos libros que tratan del tema de los espíritus y me gustaría mucho que también los leyeses, para que yo pueda ayudarlos.

—¿Libros sobre espíritus? No lo comprendo. Usted es un cura, ¿cómo puede tratar de ese tema?

—Cura también cree en espíritus y principalmente en la vida después de la muerte, hijo mío. Pero te pido que guardes ese secreto, pues todavía existen muchos que no piensan tal como yo y caso lo descubriesen, me causaría un gran trastorno.

—No se preocupe, cura, jamás hablaré algo sobre este asunto.

—Me voy ahora. Tengo muchos quehaceres en la iglesia. Quédate con Dios. Vuelvo lo más pronto posible.

Gabriel dejó a Néstor solo con sus pensamientos. Miraba hacia la ventana de Leonora. Le gustaría hablarle, explicarle todo, hacerla comprender y, quizás, ella lo perdonaría.

En la mañana siguiente, Leonora levantó temprano y, sintiéndose mejor, pensó salir a dar un paseo. Su intención era ir hasta la cueva, pero no sabía si tendría fuerzas para llegar tan lejos. Se levantó y salió de la recámara. Cuando pasaba por la puerta de la recámara de Elizabeth paró y la miró: estaba cerrada. Empezó a sudar frío solo por ver las marcas del incendio en la puerta, pero aún así, quiso abrirla. Miraba los restos de cenizas que había en la recámara. Todo se había quemado. Empezó a sentirse mal, como si reviviese su muerte otra vez. Veía fuego por todas las partes, empezó a ahogarse, quería salir de allí y algo la mantenía atrapada. Quizás el miedo o

terror del fuego. Sin darse cuenta, empezó a gritar sin control. Parecía que su cuerpo estaba en brasas. Gritó otra vez y desmayó. Néstor levantó de su cama cuando escuchó los gritos y salió de su recámara alucinado para ver qué sucedía. Salió hacia la recámara de Leonora, pero ella no estaba allí. Empezó a llamarla.

—Leonora, ¿dónde estás?

Cuando vio la puerta de la recámara de Elizabeth abierta, corrió y entró. Encontró a Leonora desmayada.

—Cariño, ¿qué haces aquí?

La tomó en los brazos y la llevó a su recámara. La golpeaba suavemente en el rostro intentando despertarla.

—Leonora, mi ángel, ¡habla conmigo! Despiértate. Todo está bien ahora.

—¡Fuego! ¿Dónde está el fuego?

Leonora empezó a llorar y junto a las lágrimas balbuceaba:

—Estoy quemada. Me duele todo el cuerpo.

—Calma, mi amor, ha sido solamente una pesadilla. No hay fuego alguno y no estás quemada.

Solamente en aquel momento Leonora se había dado cuenta de donde estaba. Se echó en sus brazos y mientras lloraba, hablaba sin parar:

—No me abandones, ¡no me dejes sola! Si te vas, voy a morir. Van a matarme, ¡yo lo sé!

—¿Quién te matará?, Leonora, ¿de qué hablas? No te dejaré, te llevaré conmigo.

—¿Llevarme adónde, tío Néstor? No quiero ir a lugar alguno, quiero quedarme aquí contigo.

—No hablemos sobre eso ahora. Para de llorar, basta de tantas emociones. Ahora necesitas fortalecerte, después hablamos sobre qué haremos de nuestras vidas.

—Tío Néstor, quédate aquí conmigo, no salgas de mi lado. No quiero estar sola.

—Está bien, hoy me quedaré todo el día a tu lado. Conversaremos con calma, pero ahora mandaré que sirvan tu desayuno con muchas frutas y un vaso de leche.

Néstor limpió las lágrimas que corrían en su rostro y la besó suavemente. Tenía ganas de tomarla en sus brazos, de besarla intensamente, de abrazarla y no más soltarla. Hacía un esfuerzo enorme para que no cediese a sus deseos. No entendía como lo lograba, pues lo que sentía por ella era muy fuerte. Él no

comprendía cómo podía amar tanto a una niña que, para él, era como si fuese su hija. Desayunaron juntos en la recámara, poco hablaron. Leonora lo miraba fijamente, dejándolo sin acción alguna. La fuerza con la que lo miraba era como si quisiese hipnotizarlo. Veía ternura en su mirada, pero también veía amargura. Realmente los ojos de Leonora eran un gran misterio para Néstor.

Había momentos en que detenía la respiración, al menos era lo que sentía, tan grande era la fuerza de aquella mirada. Parecía que los ojos de Leonora le hablaban como si le diesen órdenes. Cuando su mirada se transmutaba y la transformaba, era imposible a Néstor razonar. Fue justo lo que sucedió: como si los ojos de Leonora comandasen sus piernas y su voluntad, Néstor se levantó de donde estaba sentado y caminó hacia ella, con el corazón latiendo descompasadamente. Sabía lo que estaba a punto de hacer, pero no conseguía parar. Sin dejar de mirar uno al otro, se acercaba a su cuerpo, mientras ella le susurraba:

—Ven, mi amor, no lo puedo más soportar, te necesito y te quiero todo para mí.

—Néstor, descontrolado de tanta pasión, empezó a besarla con fuerza. Leonora apenas podía respirar. Él gemía y hablaba al mismo tiempo:

—Yo no puedo, no debo.

Pero seguía besándola. Le quitaba suavemente los tirantes de su camisa, dejando los senos expuestos. Al verlos, Néstor sintió que su deseo aumentaba, parecía otro hombre. Besaba sus pechos, su cuello, había perdido completamente el control. Le rompió toda la ropa con furia, más parecía un animal en celo. Leonora no demostraba ningún asombro delante de tanta pasión contenida. Como si ella comandase todo lo que ocurría, le decía a su tío:

—Ven, Néstor, ámame, soy toda tuya. Ven, mi amor, tómame ahora mismo.

Cada vez que Leonora gemía en sus oídos, Néstor se volvía loco de tanto placer. Cuando parecía que estaba todo terminado, que Néstor de hecho la tomaría, algo sucedió. Un fuerte viento entró en la recámara y tiró al suelo todo que allí había. Néstor percibió la presencia de un gato negro en la ventana. El viento había apresado su cola haciéndole maullar de dolor. Eso les sacó a Leonora y a Néstor del estado de hipnosis en que estaban.

—Dios mío, si no fuese por el viento que detuvo la cola de aquel gato...

Néstor estaba desorientado, sin saber qué hacer. Miraba a Leonora desnuda en la cama, se acordaba de todo y no conseguía comprender cómo había llegado a aquel punto. Por muy poco, sería demasiado tarde. Leonora

también demostraba estar sorprendida con su rostro ruborizado de tanta emoción. Cuando se dio cuenta de que estaba desnuda, intentó taparse pues se avergonzó al ver que su tío admiraba su cuerpo. Néstor se alejó de la cama, moviendo la cabeza, no sabía qué decir. Se sentó en una butaca delante de Leonora y le dijo:

—Perdóname, Leonora, ha sido más fuerte que yo.

—Ya lo sé, tío Néstor, ha sido más fuerte que yo también.

—¿Entiendes ahora porqué tuve que casarme con Rose? Lo que sentimos uno por el otro no es algo normal, no puede suceder. Esa fuerza que nos domina, esa pasión que nos saca el razonamiento, ¡eso es una locura! La cuidé como a una hija, jamás podría sentir tal cosa.

—Tío Néstor, ¡eso es amor! ¡Esa fuerza se llama amor!

—No, Leonora, cuando te pareces a mi niña, no siento eso. Cuando te trasformas, lo que me hace acordarme de la mujer a quien más amé en esta vida, justo en este momento es que pierdo el control. Yo no quiero a Leonora, quiero a Helen. Todo parece una locura, pero es verdad, cuando te pones igual que ella, me quita la razón. Eso no puede pasar. Helen murió y yo necesito acordármelo. No puedo creer que tú eres ella. ¿Me comprendes? ¿Percibes el motivo que nos impide de quedarnos juntos? Necesito exorcizar el fantasma de Helen que sigue dentro de mí.

—Si para amarme tengo que ser esa tal de Helen, pues yo la seré.

—No digas tonterías. No sabes lo que estás diciendo.

—Quizás su fantasma no esté dentro de ti, ¡sino dentro de mí!

Néstor se puso pensativo con lo que Leonora había dicho. Realmente ya había pensado en esta posibilidad, pero no entendía cómo eso podía suceder. No sabía nada sobre espíritus y no creía en fantasmas, pero sentía que algo sobrenatural pasaba con Leonora. Se acordó de la presencia del gato.

—El gato, ¿dónde está? Estaba en la ventana cuando entró aquel viento.

—Se fue tan pronto se hirió. No te enojas con él, es solamente un gato inofensivo.

—Leonora, ¿el gato es tuyo?

—Sí, tío, hace mucho tiempo. Lo mantuve en secreto, pues sé que a todos en esta casa no les gustan los gatos.

—¿Cómo lo encontraste?

—No sé, surgió en mi recámara cuando todavía era una niña.

—¿Se trata del mismo gato que estuvo aquí en el día de la muerte de tu abuelo?

—Creo que sí, no me acuerdo. Yo, todavía, era una niña.

Néstor tuvo un mal presentimiento con relación al gato. No le gustó nada saber de su presencia en aquella casa por tantos años.

—Leonora, ¡no quiero verlo aquí!, por favor, déjalo fuera.

—Está bien, tío, no te enojés. No más lo dejaré entrar. Ahora, dime, tío: ¿cuándo te casaste con Rose?

—Hace un año. Ella me ayudó mucho en aquella época. Con la muerte de tu tía, me quedé un tanto desorientado con relación a mis sentimientos y con todo aquello que le había prometido a ella. Era necesario que me alejase de aquí para olvidarme de ti.

—¡Es verdad! ¡Tú me quieres!

—No, Leonora, para. Ya te expliqué lo que ocurre conmigo cuando estoy contigo. Como decía, Rose, al sentir que yo no tendría fuerzas para apartarme de ti, propuso que nos casásemos. El amor que sentía por mí era tan grande que valdría por nosotros dos. Me convenció de que, tras algún tiempo, yo también la amaría y te olvidaría.

—¡Qué mujer tonta! ¡Jamás me olvidarías!

—No digas eso de ella. Es una buena mujer, tierna y dulce y que mucho se preocupa contigo.

—Mentira. Apenas nos conocimos y nunca me cayó bien. No intentes convencerme de que ella es una mujer maravillosa, porque será en vano.

—Leonora, para mí, ella fue una buenísima mujer. Si me quieres como lo afirmas, debes aceptarla.

—¿Tú la amas?

—Néstor bajó la cabeza. No quería mirarla los ojos para contestar aquella pregunta. Sabía que Leonora leería en sus ojos que mentía, si dijese que sí.

—¡Sí, la amo!

—No lo creo. ¡Es mentira!

—Tranquilízate, Leonora. Basta de fuertes emociones. ¡Ponte calma!

Leonora se acostó en la cama. No quería hablar nada más. No quería sentir odio. No tenía fuerzas para nada más. Quería estar sola. Le pidió a Néstor que la dejase sola y le dijo que conversarían después, pues necesitaba pensar. Néstor respetó su voluntad. Le pidió que no saliese de la recámara y le dijo que, si necesitase algo, él estaría cerca.

Leonora empezó a recordar los últimos sucesos. Venía a su mente la imagen de Néstor besándola y abrazándola con toda la pasión que un ser humano puede sentir. No quería que aquel momento acabase. Se acordó de las

palabras de su tío cuando afirmó que no la amaba, sino a Helen. En ese instante le subió un calor que no sabía decir si sería por rabia o por celos de su rival, un fantasma. Pero no conseguía sentir odio de Helen tal como lo sentía por Rose o por cualquier otra persona que intentase separarlos. Tenía que descubrir quién había sido aquella mujer, de que había muerto. Nunca le contaron qué sucedió entonces y que tanto abaló a Néstor. Era un secreto de familia y que no se comentaba. Néstor apenas conseguía pronunciar su nombre. Solamente en aquel momento consiguió hablar con Leonora sobre ella.

Acostada, pensó por muchas horas hasta que, sin darse cuenta, durmió vencida por el cansancio tras tantas emociones de aquel día. Soñaba con su aldea: todos estaban en la plaza pública esperando por algo que iba a suceder y que dejaba a todos ansiosos. Leonora caminaba entre la gente, preguntándoles qué estaban esperando. Una persona contestó que iban a quemar a una hechicera viva en la hoguera.

—Ella es una bruja. ¿No sabes de quien se trata?

Leonora contestó que no y preguntaba:

—¿Por qué van a matarla? ¿Ella le hizo algún mal a alguien?

—Dicen que ella no, pero su gato sí. El animal tenía relación con el demonio.

Leonora miraba a aquellas personas como si las conociese, hasta que, en medio a la muchedumbre, vio un rostro que le era bastante familiar. Era el cura Bartolomé. Leonora corría hacia él, quería hablarle, preguntarle qué hacía allí y por qué él permitiría que la pobre mujer muriese de aquella manera. Pero, cada vez que se acercaba, él se apartaba. No conseguía alcanzarlo, aunque no saliese de donde estaba. Hasta que se hizo un enorme silencio en la plaza y Leonora pudo escuchar a una voz que jamás olvidaría. La voz del cura inquisidor. Se volvió, mirando hacia él. Pudo ver a aquella mujer, atada en una pieza de madera, con el fuego quemando todo su cuerpo. Se acercó un poco más, pues no creía en lo que veía. Era ella.

—¡Soy yo! Ustedes me están quemando viva, ¡soy yo, Leonora! ¡No soy una bruja!

Leonora se despertó, sudaba frío y se volteaba y gritaba:

—¡Quítenme de aquí! ¡No soy bruja, no me maten!

Néstor entró a la recámara y la encontró completamente trastornada. Se asustó al ver aquella escena y no sabía qué hacer.

—¡No grites! Todo está bien. Ha sido un sueño solamente. Vamos, Leonora, ¡despiértate! No te están quemando.

La golpeaba suavemente en el rostro para que se despertase. Aunque estuviese con los ojos abiertos, él sabía que ella, por algún motivo desconocido, no estaba allí. Aquella no era Leonora. Cuando consiguió calmarse, miraba a Néstor con tanta angustia en los ojos, que él la abrazó fuerte, intentando confortarla para que no más temblase. Allí, ajustada a su cuerpo, Leonora empezó a hablar:

—Tío Néstor, realmente necesito ayuda. Me pasa algo muy malo. Necesitamos hablar con el cura. Él debe tener una respuesta para eso.

—Pero, cuéntame, ¿qué pasó?

—Ha sido un sueño, pero con mucha realidad. Sentí mi cuerpo arder como fuego.

—¿Qué fuego? Te impresionaste con lo que sucedió con la abuela, es eso.

—No, no es eso. Pon atención que te contaré.

Leonora tuvo el cuidado de contarle todos los detalles. Néstor, que la escuchaba atentamente, palidecía al saber del sueño. La dejó repentinamente, estaba muy nervioso. Era como si él pudiese revivir también toda aquella escena: Helen, toda quemada, muriendo y jurando venganza.

—¿Qué pasó, tío? ¿Te pusiste nervioso con lo que te conté?

—Un poco, mi amor, quédate tranquila. Voy a llamar al cura. Él puede darnos alguna explicación para todo eso.

Néstor bajó y llamó al empleado para que fuese buscar al cura y le pidiese que viniese a la casa lo más pronto posible. Que si pudiese, cenase con ellos. Esperó en el jardín que volviese el empleado con la respuesta. Pensaba en todo lo que había sucedido y su cabeza parecía que iba a explotar. Estaba seguro de que Leonora estaba poseída por el espíritu de Helen. No tenía explicación lógica para el fenómeno, pero sabía que en el fondo aquella era la verdad.

Tras tanta cosa que sucedía, no más se acordaba de la última carta de Rose en la que le informaba sobre la visita que le harían ella y Sebastián la próxima semana. Preocupado, creía que aquel no era el momento adecuado para dicha visita. Temía que algo pudiese suceder. Escribiría una carta, pidiéndoles que esperasen un poco más y que él les informaría el mejor momento para tal visita. Iba hacia su despacho a fin de escribir la carta, cuando llegó el empleado con la respuesta del cura.

—Señor, el cura dijo que acepta venir para la cena hoy y le pide que, por favor, providencie una carroza para buscarlo al final del día.

—Eso es una excelente noticia. Di a los sirvientes de la cocina que

tendremos visita para la cena.

Néstor fue al despacho y empezó a escribirle a Rose. Intentó explicarle todo a fin de que Rose no viniese en aquel momento y que tuviese paciencia. Le pidió que esperase otra carta suya con noticias. Luego, mandó que le comunicasen a Leonora sobre la visita para la cena y solicitó que descansase un poco. Néstor hizo lo mismo.

El sol ya se ponía cuando se despertó Néstor. Había dormido un sueño profundo. Realmente se había agotado con todo lo que había pasado. Tan pronto se levantó, bajó y le pidió al empleado que providenciase la carroza que iba a buscar al cura. Mientras tanto, se arreglaba para aguardarlo. Tras una hora, cuando Néstor ya esperaba su visita en el salón mientras tomaba un buen vino, aparece Leonora. Llevaba un lindo vestido de color azul celeste, su pelo relucía en su rostro y su perfume se alastraba por todo el ambiente. Néstor, delante de su presencia, se ponía completamente alucinado. Apenas conseguía mirarla en los ojos, tenía miedo de su reacción.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Sí, gracias. ¿Quién viene a cenar con nosotros, tío?

—El cura, cariño. Lo invité para que podamos conversar.

—Qué bien, tío, creo que sólo él puede ayudarnos.

—¿Realmente crees que necesitas la ayuda de un cura, Leonora?

—Él es diferente de todos los otros. Ya conversamos mucho, no lo temo.

—Eso sí es verdad. También percibí que el cura Gabriel es distinto de los otros que conocimos.

Escucharon el ruido de los caballos y fueron hacia la puerta darle la bienvenida. Se sorprendieron cuando se dieron cuenta de que no se trataba de la venida del cura. No sabían quién podría ser la visita inesperada. Néstor palideció cuando vio a su hermano y a su familia. Rose venía también. Miró a Leonora, su rostro estaba completamente desfigurado y su respiración acelerada.

—Calma, Leonora. No te pongas así. Yo no sabía que vendrían hoy. Le escribí una carta pidiéndole que no viniesen, pero creo que no llegó a tiempo.

Leonora nada contestó.

—¡Sorpresa! —dijo Sebastián. —Hermano, ¿qué cara es esta? ¿No estás feliz con nuestra visita?

—Mi amor, ven a abrazarme. Le extraño muchísimo. —dijo Rose.

Néstor no sabía qué decir y menos aún qué hacer. Fue hacia todos, mientras Leonora seguía en la misma posición, sin moverse, sin decir una

palabra. Sebastián se le acercó, la abrazó y dijo:

—¡Qué linda estás, sobrina! Un tanto flaca, pero mucho más bonita. ¿No vienes a hablar con tu tío? ¿No me echaba de menos?

Leonora seguía muda, nada decía. Miraba fijamente a Rose y a Néstor. Rose, que pudo sentir la fuerza de aquella mirada, se acercó para abrazarla. Cuando ella lo intuyó, le dio la espalda y salió. Néstor estaba muy nervioso con la situación, sabía que Leonora no facilitaría las cosas mientras ellos estuviesen en casa.

—¿No recibiste mi última carta, mi amor? Te escribí contándole sobre nuestra venida.

—Sí, la recibí. Pero con tantas cosas que aquí han pasado en las últimas semanas, me la olvidé completamente. ¿Y tú, mi cuñada, cómo estás? Hasta ahora nada dijiste.

—Estoy bien, Néstor, pero siento que Leonora no está nada bien. Su fisionomía está rara, su mirada muy distinta. ¿No lo han percibido ustedes? Había tanto odio en sus ojos que me sentí mal.

—No te preocupes, mi amor, ella siempre ha sido así. Cuando algo no le va bien, pasa a odiar a todos —dijo Sebastián.

—No hables así, Sebastián, el caso de Leonora es mucho más serio de lo que piensas. Estamos pasando por momentos difíciles. No te imaginas lo que está pasando en esta casa.

—¿Qué quieres decir con eso, Néstor? ¿Le contaste a ella sobre nuestro casamiento? —le preguntó Rose.

—Sí, se lo conté. No quieras saber como ella reaccionó a la noticia. Sólo no tuve tiempo de contarle a mamá. En la noche en la que le contaría todo, sucedió la tragedia. Bien, entremos, espero la visita del cura para la cena.

Néstor entró y les ordenó a los empleados que pusiesen más cubiertos en la mesa. Su hermano, mientras tanto, se acomodaba y él llevaba a Rose a sus aposentos. Al pasar por la recámara de Leonora, pensó en llamarla, pero no lo hizo.

El cura Gabriel había llegado y Néstor fue hacia él.

—Buenas noches, cura. Qué bueno saber que aceptó mi invitación.

—Veo que estás bastante aflijo, hijo, ¿qué sucede?

—Mi hermano acaba de llegar con su mujer y Rose. Pero no es un buen momento para que estén aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Conversamos después de la cena, si no se importa usted. Si empezamos

ahora, seguramente nos interrumpirán, pues están todos bajando para juntarse a nosotros y nuestra conversa tiene que ser en privado.

—Cierto, Néstor. Hablamos después de la cena.

El cura Gabriel les preguntó sobre Leonora y nadie sabía qué contestarle. Néstor le dijo:

—Está en su recámara, no quiere ver a nadie. Después me gustaría que usted la viese.

Todo salió bien en la cena, a pesar de la angustia de Néstor. No paraba de mirar la puerta, tenía la impresión de que Leonora surgiría a cualquier instante. Tomaron un té en el salón de estar, conversaron un poco, pero Sebastián, que estaba muy cansado debido al viaje, se despidió y fue a reposar junto a su mujer. Rose se dio cuenta de que Néstor quería estar a solas con el cura y sutilmente hizo lo mismo que su cuñado. Le dio un beso a su marido y salió a acostarse.

—Podemos ir hasta el despacho, cura. Se trata de una larga conversación. No sé cómo y tampoco por dónde empezar. Tan poco sé cómo hablarle todo lo que estoy pensando. Usted, quizás, piense que estoy loco.

—No te preocupes, Néstor, dime todo lo que te preocupas. Sé de más cosas de que imaginas, sabré comprender lo que me digas. Ya he visto de todo en este mundo nuestro.

—Usted sabe de la historia de mi pasado, de la mujer que más amé en esta vida. Era todavía muy joven, pero la amé muchísimo. Jamás pensé que pudiese existir sentimiento igual al que por ella sentía. Usted sabe también de su trágica muerte.

—Sí, lo sé. Puede saltar esa parte de la historia, pues el cura inquisidor me confesó su crimen antes de morir.

—¿Crimen, cura?

—Sí hijo, porque él sabía que aquella joven era inocente y aun así la condenó a la muerte.

—¡Dios mío! ¡¿Cómo él pudo hacerlo?! ¡Era un cura!

—Mi hijo, hasta los curas cometen errores. Somos iguales a cualquier uno de ustedes, somos humanos.

—¿Pero, por qué? ¿Qué mal le hizo ella?

—Eso no lo podré decir. Él me lo confesó, pero nada más puedo hablar.

Néstor se espantó con tal revelación. No podía creer que un cura pudiese mandarle a alguien a la hoguera si sabe de su inocencia.

—Bien, cura, empecé a unir el rompecabezas desde entonces. Le contaré

qué pasó en mi familia después del día de la muerte de Helen.

Néstor intentaba no olvidarse de ningún detalle. Todo que conseguía acordarse, todos los incidentes desde las transformaciones de Leonora hasta el último sueño que ella había tenido.

—Pues bien, Néstor, tenemos un caso de reencarnación, pero impuesta por el odio, por la fuerza del mal que Helen invocó en el instante de su muerte.

—¿Reencarnación? ¿Qué quiere decir con esto, cura? No entiendo.

—Le dejaré algunos libros para que los leas con atención y luego comprenderás todo lo que te digo. Lo que más me preocupa es que el mal necesitaba, en aquel momento, un ser vivo para que pudiese dominar su cuerpo y acompañar el alma de Helen a lo largo de su reencarnación. Se quedaría con este ser mientras viviese y después de la muerte, su alma pertenecería a él, al mal.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decirme? Perdóneme, pero no consigo comprender todo eso. Nunca creí en demonios, almas o fantasmas. Es todo muy complicado, tan sin sentido para mí.

—Cree Néstor, existe la fuerza del bien y la del mal y ambas tienen el mismo poder. Para que el bien venza al mal es necesario que exista mucho amor. Sólo el amor puede vencer el poder de la fuerza maligna.

—¿Usted cree que Leonora está poseída por el demonio?

—¡Leonora no! Ella es la propia Helen. El mal está cerca de ella, comandando su odio y, a través de él, Leonora se transforma, olvida su lado bueno y deja que el sentimiento de venganza hable más alto. Sé lo cuan difícil que es entender lo que digo, pero después de la lectura de estos libros conseguirás comprender mejor.

—Pero, dígame, cura, ¿qué podemos hacer para ayudar a Leonora?

—Lo único que podemos hacer es rezar. Pedirles ayuda a todos los que la aman y la amaron un día en esta vida. Ella es la única que puede vencerlo. Si no consigue, su alma estará bajo su poder por muchos años, muchos siglos.

—Pero no es justo, cura. ¡Ella era inocente!

—Ya lo sé, hijo, pero Jesús murió en la cruz y nos perdonó. Se sacrificó para que nosotros aprendiésemos a perdonar. Hablaré con Leonora ahora. Lee con bastante atención. Volveré en el final de semana y conversaremos más sobre el asunto.

—Rece por Leonora, cura. Ella está bastante nerviosa con la presencia de Rose.

—Néstor, habla con su mujer, intenta explicarle la situación y envíala a

París otra vez, antes de que sea demasiado tarde.

—Es lo que haré. Puede tranquilizarse. No sé si ella lo entenderá, pero intentaré.

El cura Gabriel se acerca a la puerta de Leonora:

—Soy yo Leonora, el cura Gabriel. Me gustaría hablar contigo, abre la puerta, por favor.

Leonora la abrió:

—Entre, cura, pero por favor, sea breve. No tengo ganas de conversar por ahora.

Gabriel percibió su cambio. Sus ojos estaban enormes y relucían de manera rara. Su voz estaba cargada de odio. No se parecía nada a Leonora. Sin titubear, el cura dijo:

—¡Helen, escúchame!

Leonora lo miró, sus ojos estaban todavía más grandes, como si echasen chispas, contestó:

—¿Cómo me ha llamado? ¿Helen?

Empezó a reírse con tono irónico. Sus labios temblaban.

—No soy Helen, cura. ¿Incluso usted me llamará de esta manera?

—Eres Helen y lo sabes perfectamente. En este momento tú eres ella, pero eres también Leonora. Decide, hija, cuál de las dos quieres ser en esta vida. No hay lugar para las dos, ¡tienes que elegir entre el bien y el mal!

Sus ojos en aquel momento se habían transformado otra vez y ahora le pedían ayuda, suplicaban por su socorro.

—Hija, te ayudaré, pero es necesario que te esfuerces para ayudarte también.

—¿Cómo lo puedo hacer, cura? ¡Dígame cómo! Es más fuerte que yo. Ella está dentro de mí.

—Leonora, ella y tú son la misma persona. Lo que tienes que hacer es perdonar a todos y a ti misma. Deja el amor ocupar todo tu corazón, pues es la única manera de vencer el mal. Sólo el amor puede vencerlo. Siempre has sido muy buena para todos. Sé que se equivocaron mucho, pero perdónalos. Ellos no sabían qué hacían. La ignorancia y sus miedos no les dejaban ver el gran mal que te hacían.

—Fue ella, cura, la mayor causadora de todo. Mataron a mi familia, a mi padre, a mi madre y a mi hermano menor. Los torturaron hasta la muerte y me quemaron viva. Nadie tuvo piedad de mi alma. ¿Por qué yo tendría ahora por ellos?

—Porque aprendiste a amarlos. Cuando viniste a esta familia tuviste la oportunidad de perdonar y de amar.

—Me quitaron el hombre que más amé y quieren hacerlo otra vez. Eso no permitiré. Él no estaba allá para salvarme. Lo llamé varias veces y él no me escuchó. No lo perdono por eso, ¡ahora él será mío a cualquier costo!

—¿No basta saber lo tanto que sufrió por no haber llegado a tiempo? ¿No basta saber lo tanto que él la amó y la ama hasta hoy? Participaste de todo sufrimiento a lo largo de esos años, ¿no basta? Hija, todos sufrieron mucho. Todos pagaron en vida el mal que te hicieron. Ya sabes de todo eso y aún así ¿no puedes perdonarlos?

Gabriel consiguió tocarla al corazón. Sus palabras no salían de su cabeza: “Realmente él tiene razón”, pensaba Leonora. Se emocionó bastante con las palabras del cura y no había percibido que hablaba como Helen y que se acordaba de su vida pasada.

—¿Te das cuenta, Leonora? Te acordaste de toda o casi toda su vida pasada. ¿Tienes consciencia de todo lo que dijiste?

—Sí, lo tengo.

Leonora empezó a llorar.

—Está explicado mi sueño.

—Es eso, Leonora, ahora te controlarás con más facilidad. No dejarás la fuerza del mal hablar más alto que tu corazón. Reza, hija, por tu alma, para que ella encuentre la paz. Pídele a Dios que perdone tus pecados.

El cura Gabriel salió de la recámara, dejándola sola con sus pensamientos. Su gana era correr y llamar a Néstor para hablarle que ella era Helen y ver su mirada cuando supiese que ella era la mujer de su vida. Néstor esperaba aflijo por el cura, quería saber cómo había sido la conversación con Leonora.

—Cura, ¿cómo ha sido la conversa?

—Bien, hijo. Leonora está más tranquila ahora. No sé por cuanto tiempo, pero creo que ahora ella tiene más consciencia de todo que pasó.

—¿Sobre qué conversaron?

—Sobre todo aquello que conversamos en el despacho y otras cosas más que tan pronto leas los libros, las conversaré contigo también. Será más fácil para tu comprensión. Ahora necesito irme, mañana despierto muy temprano.

—Muchas gracias, cura Gabriel. Le pediré al empleado que lo lleve hasta la iglesia.

Néstor subía las escaleras hacia su recámara, pero se detuvo delante de la puerta de Leonora. Pensó por algunos minutos si iba o no a hablar con ella.

Como si presagiase que Néstor allí estaba, Leonora abrió la puerta.

—Entra, tío. Quería hablar contigo.

Leonora lo trataba con frialdad. No estaba nerviosa pero su mirada era penetrante.

—Quiero que Rose se vaya de esta casa. No quiero verla aquí, será mejor para todos nosotros. Te lo pido, ¡haz esa mujer salir de aquí!

—No te olvides Leonora de que esta casa también es suya, estamos cas...

Leonora inmediatamente lo interrumpió.

—No quiero oír nada más, no completes lo que ibas a decirme. Sé lo que estoy diciendo, quiero evitar que más tragedias sucedan en esta casa. Necesito estar en paz y con ella aquí es imposible para mí.

—Todavía estás nerviosa, no pondré atención a estas amenazas. Además, si ella se va yo me voy también.

—No tendrías coraje. Dime que no lo tendrías. ¿Me dejarías sola aquí?

—Mañana hablaremos acerca de eso. Ahora vamos a dormir. Creo que te estás olvidando de que soy tu tío, mejor dicho, soy más que eso, soy tu...

Otra vez Leonora lo interrumpe.

—Eres mi amor, el hombre a quien amo. Es solo eso, ¡nada más que eso!

Néstor desistió, no hablaría nada más. Le dio buenas noches y salió de la recámara. Conversó con su hermano y con Rose y les pidió que volvieran a París. Intentó explicarles, pero era muy difícil que ellos lo entendiesen, pues Néstor, tampoco sabía exactamente qué y cómo hablarles. Todas las veces que estaban en el jardín, Néstor miraba la ventana de Leonora y ella también estaba allí, mirando a los dos. Todos intentaron sacarle a la Leonora de la recámara, incluso Sebastián, que imploraba por su presencia. Todos la querían junto de ellos, pero de nada sirvió. Leonora temía por no saber cuál sería su reacción. No quería perder el control, pero sabía que si los viese a los dos juntos, no aguantaría. Se quedó en la recámara leyendo los libros que el cura le había prestado. Luchaba con todas sus fuerzas para que no saliese de allí, peleaba todo el tiempo con ella misma. Cuando iba hacia la ventana y veía a los dos juntos, corría para dentro y empezaba a rezar, pues sentía que un calor le subía, los celos la dominaban a punto de explotar. No sabía cuánto tiempo lo soportaría, le rezaba a Dios pidiéndole que Rose se fuese de aquella casa, no conseguiría soportar aquella situación por mucho más tiempo. Néstor sentía que el odio de Leonora pendía de un hilo. Estaba muy preocupado y le rogó a Rose que se fuese.

—Néstor, de verdad ¿quieres que me vaya?

—Es necesario que confíes en mí, sé lo que digo. Parte mañana mismo.

—¿Seguro de que no se trata de una excusa para quedarte solo con Leonora?

—Por favor, Rose, celos ahora no. Ya basta los de Leonora. ¡Tú no!

—De acuerdo, mañana me voy. Pero hasta ahora tú no me has preguntado sobre qué asunto tan importante – y motivo de mi venida – yo tendría para contarte.

—Verdad, comentaste varias veces en tus cartas, pero yo me lo había olvidado. Perdóname.

—Vamos a nuestra recámara. Me gustaría que estuviésemos solo los dos para contarte, mi amor.

Mientras iban hacia la recámara, el gato de Leonora rascaba la ventana, pidiéndole que lo dejase entrar.

—Gato travieso, ¿por dónde andabas? Te llamé varias veces. —dijo Leonora.

Él se enredaba en sus piernas mientras Leonora le acariciaba. Saltó y fue hasta la puerta, rascándola pues quería salir e llevar a Leonora junto. Ella la abrió, miró hacia el pasillo para certificarse de que no había nadie.

—¿Adónde vas, gato?

Él caminaba hacia la recámara de Néstor y Leonora lo acompañaba. El gato paró, la miró. Cuando ella se acercó a la puerta para tomarse al gato y salir de allí, escuchó la conversa de Néstor y Rose.

—Está bien, Rose, cuéntame cuál es el secreto.

—Cariño, quiero decirte que serás papá. Estoy embarazada.

Dios está siempre a nuestro lado. En este momento tan difícil tanto para Néstor como para Leonora, Él les envía a Gabriel que, con su sensibilidad y conocimiento de las leyes espirituales, consigue traerles aclaración acerca del motivo de tanto dolor. Ese entendimiento viene como ayuda divina para que ambos puedan comprender mejor sus sentimientos y que, de alguna manera, los ayude en la elección del camino correcto a seguir. Pero nuevas situaciones de la rueda de la vida se presentaron, poniéndoles a los dos delante de más una prueba extrema.

Capítulo 8 —Redención por el Amor

Por este golpe Leonora no esperaba. Como si una flecha traspasase su pecho, el dolor que sintió silenció el grito que vino a la garganta. No sabía qué hacer; si corría, si entraba a la recámara para acabar con aquel momento de alegría o si ignoraba lo que había escuchado. Pero aquellas palabras resonaban en su cabeza y ella no consiguió resistir, el dolor que sentía era muy grande: soltó un gemido tan fuerte que Néstor pudo oírlo.

—¿Qué ruido ha sido este?

—¿Qué ruido? —preguntó Rose.

—Un gemido, como si alguien sintiese mucho dolor.

—No escuché nada, creo que es sólo una impresión tuya. Estás muy nervioso, necesitas calmarte.

—Estoy muy feliz por saber que seré padre. ¡No te imaginas como soñé con este momento!

—Qué bien, cariño mío.

Rose le dio un beso a Néstor. Leonora no podía oír nada más, necesitaba salir de allí. Juntó sus fuerzas y fue hacia su recámara. Se arrojó a la cama y empezó a llorar. Sollozaba mucho. Su sufrimiento era tan grande que no fue capaz de percibir que había dominado su odio. Tuvo fuerzas suficientes para sufrir sin odiar. Rezaba desesperada, llamando a todos para que viniesen a ayudarla, pues no sabía cuánto aguantaría. En varios momentos, por segundos, parecía que el control de su odio acabaría, pero una voz interior le hablaba:

—Reza, hija mía, pídele a Dios que ilumine tus pasos.

Y ella logró controlarse. Entablando una enorme lucha interna, Leonora quedó el resto de la noche encerrada en su recámara. Ya era madrugada, y muy agitada, se volteaba en la cama como si tuviese una pesadilla. Gemía, lloraba y sudaba bastante. Néstor, que no conseguía dormir, pasó por el pasillo y escuchó sus gemidos. Entró despaciosamente y pudo verla volteándose en la cama y llamando su nombre. Su corazón estaba completamente dividido, pero, al verla, su duda desapareció. Su amor hablaba más alto. Le gustaría ignorar y nada hacer, pero no conseguía. Tenía que despertarla, no podía irse y dejarla

de aquella manera.

—Despiértate, mi ángel. Soy yo, Néstor.

Suavemente pasaba las manos en su rostro, intentando secar su sudor. Apartaba su pelo y la llamaba. Como si saliese de una gran pesadilla, Leonora abrió los ojos. Al verlo, su mirada empezó a cambiar hasta que se transformó en Helen. Néstor percibió la transformación e intentó apartarse, pero ella lo impidió. Tomándole el brazo, con gran desespero en los ojos, le hablaba:

—No me dejes, por favor, no hagas eso conmigo. Yo soy la mujer de tu vida. No permita que nos separen otra vez, tal como nos hicieron un día.

Néstor intentaba, sin éxito, soltarse de aquellos brazos, pero no tenía fuerzas suficientes. Su corazón latía vigorosamente. Aquella mujer aún lo dominaba. Como si supiese de ese dominio, Helen o Leonora, acercó los labios a los de Néstor para que se besasen. Era un beso con tanta pasión y sufrimiento que les dolía. Sus cuerpos se acercaban y temblaban juntos. Néstor solo conseguía pensar en cómo dos personas podían amarse tanto, cómo era posible separar los dos si sus almas eran un alma solamente. En aquel momento, Rose, que se había dado cuenta de la ausencia del marido, se levantó y fue a buscarlo. Pasó por la recámara, vio que la puerta estaba abierta y entró.

No podía creer en lo que sus ojos veían. Néstor, acostado al lado de Leonora, besándola. Su asombro fue tan grande como el de Leonora. Rose corrió de la recámara, golpeando la puerta. Con el susto, Néstor se levantó y fue a ver quién había acabado de salir. Escucharon un grito por toda la casa. Rose, que había tropezado en algo mientras huía, se cayó escalera abajo despertando a todos. Asustados, fueron a ver qué sucedía y se toparon con otra escena trágica. Néstor sostenía la cabeza de Rose que tenía un rastro de sangre que se le escurría de la boca y, alucinado, gritaba desesperadamente por su nombre.

—¡Por el amor de Dios, habla conmigo! ¡No mueras, por favor!

Leonora, que asistía la escena desde la parte alta de la escalera, agarró el gato antes que lo viesen y lo puso afuera. Parada, de pie, no conseguía saber si sentía pena o si estaba feliz. Sebastián miraba la escena asombrado mientras su mujer gritaba, llamando a la hermana. Estaban todos profundamente conmovidos y ella gritaba hacia Leonora:

—¡Fue Leonora! ¡Fue ella que mató a mi hermana!

Estaba completamente fuera de control. Sebastián le pedía que se callase, que no más dijese aquel absurdo, pero ella no le obedecía. Gritaba cada vez

más alto:

—¡Asesina! ¡Fuiste tú!

—No, no tengo la culpa de nada. Estaba en mi recámara. Pregúntale al tío Néstor.

Lo miraron como si esperasen una explicación. ¿Qué estaba haciendo en la recámara de su sobrina aquella hora de la madrugada? ¿Qué sucedió realmente para que Rose se cayese escalera abajo? Néstor no tenía condiciones de contestar nada. Abrazaba a su mujer, la ponía en su regazo y mandaba que fuesen a buscar al médico. Pero eso de nada serviría, Rose estaba muerta.

Dos semanas se pasaron, Sebastián estaba en el jardín hablando con Néstor.

—Necesitamos partir. ¿Estarás bien aquí con Leonora?

—Sí hermano, prefiero que te vayas. Estaré tranquilo sabiendo que estás en París.

—Néstor, contéstame, ¿qué hacías en la recámara de Leonora en aquella madrugada?

—Fui a ver qué pasaba adentro. Leonora gemía cuando pasé por el pasillo.

—¿Fue sólo eso? ¿Nada más sucedió?

—¡No Sebastián! Creo que Rose se asustó con algo, por eso se cayó en la escalera.

—Mi mujer no acepta tal explicación. Acusa a Leonora por la muerte de Rose y dice que tú sabes de la culpa de nuestra sobrina.

—No es verdad. Leonora nada tiene que ver con eso. Estaba con ella justo cuando oímos el grito de Rose. La verdad, Sebastián, es que esta casa está maldita. Desde el día de la muerte de Helen en la hoguera, todo empezó a suceder por aquí. Todavía no sé cuál es la relación, pero voy a descubrirla. El cura Gabriel nos está ayudando, estamos juntando los hechos y encontraremos la respuesta para todo. Pero prefiero que no haya nadie más en esta casa, además de Leonora y yo.

—Tienes razón, cosas raras sucedieron aquí desde entonces. Creo que es mejor llevar a mi mujer da aquí, pero por favor, no dejes de llamarme si necesitas.

—Te llamaré si necesario, no te preocupes.

—Lo siento muchísimo, Néstor, por ti, por tu hijo que nacería y por Rose también. Fue una muerte estúpida, difícil de aceptar.

—No hablemos más sobre eso. ¿Cuándo te vas?

—Mañana temprano. Me gustaría hablar con Leonora antes, pero ella no

atiende a nadie y tampoco sale de la recámara.

—Ella necesita estar sola. Se siente culpable por lo que sucedió, aunque no tiene responsabilidad alguna. Ella cree que de alguna forma contribuyó para esta tragedia.

—No insistiré. Dile que yo la creo y que le dejé un abrazo.

La mañana siguiente, Sebastián partió a París con su mujer. Leonora, desde su ventana, observaba su partida. Estaba muy triste por todo, principalmente por Néstor. Sabía lo desolado que se había puesto tras la muerte de su hijo. No entendía lo que había sucedido. Estaba segura de que, aunque odiase a Rose, en aquel día no había hecho nada para causar aquel accidente. Incluso su odio ya lo había dominado. Estaba bastante confusa. Se preguntaba, hablando sola o con algún espíritu, para que pudiese descubrir quién había matado a Rose. Durante toda la semana rezó mucho para el alma de Rose. Le pedía perdón por el odio que sintió por ella cuando supo del embarazo. En pensamiento, también conversaba con su ángel protector, el cura Bartolomé.

Durante todo aquel día ella y Néstor no tuvieron contacto. Resolvió, entonces, salir de la recámara y pasear por el jardín. Estaba ya hacía mucho tiempo encerrada, necesitaba respirar algo de aire puro, pero solamente en aquel momento, tras la partida de todos, había tenido coraje. Miraba las flores en el jardín, respiraba profundamente para sentir su perfume, sentía una paz que hacía mucho tiempo no sentía. El aire estaba ligero, miraba al cielo poniendo atención en el tono de azul de aquel día. Todo ayudaba para que Leonora se sintiese bien. Una leve brisa sopló hacia su rostro. Estaba con los ojos cerrados, pero los abrió, como si intuyese la presencia de alguien. En este momento vio la imagen de Isabel y Louiza paseando en el jardín. Paralizó por algunos segundos. Las dos se voltearon hacia ella y apuntaron al almacén. Leonora las miraba con atención, pero no conseguía entender qué querían decir. Le preguntó a la tía:

—¿Qué pasa, tía Louiza? ¿Qué quiere decirme?

—Es allá que él vive. Necesitas acabar con él.

Diciéndole eso, la imagen desaparecía lentamente, hasta evaporarse totalmente. Leonora se puso pensativa, sabía que había algo que debería descubrir, pero no sabía qué era. Sentía un fuerte aprieto en el pecho. Resolvió entrar. Vio al cura Gabriel que había acabado de llegar y caminaba en su dirección.

—Buenas tardes, Leonora. ¿Cómo te sientes, a pesar de todo?

—Estoy bien, cura. Sé que usted estuvo aquí la semana pasada y conversó

bastante con tío Néstor.

—Es verdad. Intentaba calmarlo, él estaba trastornado tras la tragedia. Conversamos mucho sobre espíritus y me contó que leyó casi todos los libros que le presté.

—Yo también, cura, ya los leí y le agradezco mucho por el préstamo. Me están siendo muy útiles.

—¿Dónde está Néstor? Me gustaría conversar con los dos juntos.

—No sé, cura, se lo voy a preguntar a los empleados. Espere, por favor.

Mientras tanto, Gabriel se sentó bajo un árbol cargado de flores. Observaba lo tanto que estaba bonito, cuando vio a Elizabeth. El cura nunca había tenido una experiencia de clarividencia mientras estaba despierto, solo dormido. Controlaba su espanto y su emoción para que, tras mucho esfuerzo, consiguiese preguntarle:

—¿Qué pasa, hija mía? ¿Qué aflige tu alma?

El espíritu de Elizabeth lloraba mucho llamando a Néstor.

—Rezaré por ti, Elizabeth, espero que encuentres la paz y que puedas un día hablar con tu hijo.

El cura Gabriel estaba todavía bastante emocionado con su visión. Siempre supo de personas que habían pasado por esta experiencia, pero nunca imaginó que pudiese ser tan real. Le agradeció a Dios por aquella gracia. Estaba meditando en aquel momento de paz cuando escuchó a Néstor.

—Estamos aquí, cura. Lo esperé toda la semana. Leí todos los libros que me prestó.

—Eso es bueno. Dime, ¿qué te parecieron? ¿Qué opinas acerca del tema? ¿Sigues con alguna duda?

Los dos se sentaron cerca del cura y Néstor dijo:

—Todo es muy raro, pero me gustó mucho. Creo que explican bien todas las cosas que sucedieron en nuestras vidas y en esta casa. Dígame, cura, ¿cree usted que Leonora es realmente Helen?

El cura Gabriel miró a Leonora y contestó:

—Creo que es mejor que Leonora le conteste. ¿Qué piensas, hija mía?

—Sí, soy Helen. Pero no sé decirles en qué momento soy ella. Sucede sin que yo sepa o tenga conciencia. Todo está fuera de mi control.

—¿Y qué más te garantiza de que tú eres ella?

—Es el amor que siento por Néstor. Es más fuerte que cualquier sentimiento que yo conozca en este mundo. Sólo ella podría amarlo de esta manera.

Mientras hablaba sobre su amor, una vez más el cura y Néstor consiguieron ver su transformación. No dudaban que Helen y Leonora eran la misma persona. Néstor, hipnotizado, la miraba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pues sabía que estaba hablando con la mujer de su vida.

—Helen, mi amor, yo nunca te abandoné. No te imaginas cómo sufrí por no haber llegado a tiempo y como sigo sufriendo por extrañarte y amarte. Nunca imaginé que estuvieses tan cerca de mí, a pesar de la fuerte emoción que siempre sentí cuando estaba a tu lado, desde que era una niña.

Los dos se abrazaron, intentando controlar sus emociones. El cura Gabriel, que todo observaba, se emocionó al ver cómo los dos se querían. No quería interrumpir aquella escena de amor puro y sincero, pero necesitaba seguir su habla:

—Hay algo que mucho me preocupa. Néstor, ¿te acuerdas del día en que te comenté acerca de mi duda de cómo el demonio permanece dominando a Helen?

—Sí, me acuerdo, pero no sé cómo ayudarlo.

—Leonora, tendrás que acordarte, necesitas descubrir de dónde viene esa fuerza maligna para que consigamos controlarla.

—Pero cura, yo no sé, creo que está dentro de mí.

—No, hija, lo que está dentro de ti es el odio que ya está a cada momento más atenuado, pues conseguiste perdonar a tu abuela. Me lo dijiste eso de dentro de tu corazón en el día de su entierro.

—Es verdad, cura, cuando pienso en ella no siento rabia, solo la extraño mucho.

—¿Por qué Leonora tenía odio de mi madre?

Cuando el cura iba a contestarle, puso la mano en el corazón, sintió un fuerte dolor en el pecho que le quitó el color del rostro. Miraba hacia el almacén como si hubiese visto algo que lo había espantado mucho. Intentaba respirar, hablar, pero no tuvo tiempo. Dio su último suspiro y murió en los brazos de Néstor. Los dos no sabían qué hacer, todavía estaban sin entender qué había sucedido. Aquella fue la muerte más estúpida que habían presenciado.

Néstor llamó al médico de la familia que, al examinarlo, constató que había muerto debido a una parada cardíaca. Néstor y Leonora no soportaban más ver tantas muertes, estaban cansados de tanto sufrimiento y pérdidas. Se pusieron aturridos con el fallecimiento del cura Gabriel y la manera como sucedió. Era otra muerte misteriosa en la casa, justo cuando iban a descubrir

cómo se librarían de la fuerza maligna que dominaba Leonora. Ella, a su vez, estaba visiblemente triste con lo que había ocurrido, sintiéndose perdida, sin rumbo. No sabía más cómo resolver su problema. Tendría que descubrir sola como vencer el mal.

Algunos días transcurrieron. Era una tarde de domingo y el día anunciaba la llegada de una tempestad, el cielo estaba bastante cargado. Néstor estaba en su despacho, escribiéndole una carta a su hermano para contarle las últimas novedades, cuando Leonora entró con fisionomía de preocupación.

—¿Qué pasa? Estás rara. —dijo Néstor

—No sé, siento un aprieto en el corazón, como si fuese pasar algo.

El cielo estaba negro, muy cargado de nubes y empezó a soplar un viento fuerte. Las puertas y ventanas se abrían y cerraban con violencia. Néstor se levantó y las cerró, mientras Leonora cerraba las puertas. Relámpagos tachaban el cielo y los truenos temblaban la casa. Incluso los empleados estaban asustados. Los más antiguos se acordaban del día en que nació Leonora, los más recientes en la casa nunca habían visto una tormenta como aquella. Parecía que el mundo acabaría.

Leonora estaba aterrorizada. A cada trueno, se encogía como una niña asustada. Néstor intentaba tranquilizarla, pero no conseguía. Su cuerpo temblaba de pavor, venía a su memoria recuerdos de una tempestad semejante, pero no conseguía acordarse de cuándo había visto una igual. Como flashes en su mente, veía una escena en la que personas caminaban de un lado a otro con un niño muerto en los brazos. Pero ella no sentía pena, tampoco lo miraba, quería solo ver a la chica que estaba viva: era esa que quería. Durante esos pensamientos, movía la cabeza como si dijese “no”. Néstor percibió que algo raro sucedía con Leonora. Intentó llamarla de vuelta, pero parecía que no lo escuchaba.

Seguía con las visiones de la tempestad y seguía haciendo “no” con la cabeza. Veía a una pobre mujer en la cama pidiéndoles que no se fuesen llevando a su hija. Ella intentaba tomar a la hija de los brazos de alguien que Leonora no conseguía distinguir como un ser humano. Más parecía un felino muy grande. Lo veía junto a una sombra negra. Él llevaba a la niña mientras la mujer trastornada moría de tanta aflicción.

—¡Era mi madre! ¡Nestor, él la mató!

—¿Quién es él? Habla conmigo Leonora. ¡Se trata de otra alucinación!

—El demonio cuando me quitó de los brazos de mi madre. Ella luchó para que él no me llevase.

—¿Adónde la llevó él?

—No sé, creo que fue a casa o a la recámara de Isabel. Sí, veo a la abuela. ¡Odio a Elizabeth! ¡Fue ella!

Leonora empezó a gritar el nombre de Elizabeth. Hablaba con tanto odio que Néstor estaba aterrado con lo que podría suceder. Ella estaba dominada por el mal y él no sabía qué hacer.

—¡Dios, ayúdeme! ¡No sé qué hacer!

Su desespero era tan grande que los espíritus tuvieron compasión de aquella alma que sufría tanto por su amor dominado por la fuerza del mal, que vinieron a ayudarlo. Néstor palideció al ver a Isabel y a Louiza entrando en su despacho acompañadas de un cura. Había mucha luz a su alrededor lo que facilitaba ver la forma de aquel espíritu. Había entrado en éxtasis. Nunca imaginaría que un día vería a un espíritu en vida y menos aún a tres al mismo tiempo. Su voz no salía, sus piernas no se movían, hasta que escuchó la voz de su hermana querida.

—Calma mi hermano, estamos aquí para intentar ayudarlo. Nos llamaste y aquí estamos. No temas, eso se llama materialización. Estamos aquí con la ayuda de nuestro hermano Bartolomé, un viejo amigo de Helen.

Muy emocionado, Néstor consiguió hablar:

—¡Mi hermana, te echo de menos! Recé mucho pidiéndote perdón.

—Néstor, no hay nada que perdonar, ahora comprendo que es destino. Entendí que nada tampoco nadie puede interferir en la vida de cada uno.

Hermano Bartolomé interrumpe:

—Tenemos que ayudar a Leonora.

Ella seguía en aquel estado hipnótico, pero muy agitada y golpeándose como si estuviese en una lucha interna muy grande.

El espíritu del hermano Bartolomé se acercó y llamó a su amiga:

—Helen, mi hija, por favor escúchanos.

En aquel momento, tras escuchar su nombre, Helen paró los movimientos que hacía con la cabeza para oír lo que él le hablaría.

—Mi hija, pon atención: ten fuerza, intenta acordarte del momento de tu muerte, vuelve al pasado.

Le puso la mano en la frente, un rayo de luz atravesó a Leonora. Ella empezó a gritar.

—¡No, no quiero acordarme, me duele mucho, Bartolomé! ¡No me lo pidas!

—Es muy importante, Helen, yo te prometo: no sentirás dolor alguno.

Sabes perfectamente que todo ya pasó, es solo un recuerdo.

De poco en poco, ella se calmaba. Empezó a llamar por Néstor, pues tenía miedo. En su mente, la imagen de la hoguera quemando aceleraba los latidos de su corazón.

—¡Cálmate! —le decía Bartolomé.

—Ten calma, nada de eso está sucediendo ahora. Es solamente un recuerdo de tus memorias.

—Miro a la gente en la plaza. Los odio. Hay personas que se ríen, las mataré, ¡lo juro!

—Helen, ya te vengaste de los verdaderos culpables. Olvídate de ese odio, tú no más odias a nadie. Quiero que pongas atención en tus palabras y percibe en qué momento la fuerza del mal se apoderó de ti.

—Voy a vengarme.

Ella hablaba como si viviese otra vez su muerte.

—Juro que volveré, me vengaré de todos ustedes. Estoy mirando al inquisidor y a ella. ¡La odio! Me vengaré de ella, principalmente, aunque tenga que invocar la fuerza del demonio para eso.

Su tono de voz era desesperador. Néstor, durante todo el tiempo en que ella narraba, pudo ver todo lo que sucedió en su mente. De pronto, Leonora, semiinconsciente, dijo:

—Me estoy acordando, Bartolomé. Yo invoqué al demonio en aquel momento. Mi corazón había muerto, solo mi mente vivía.

—Pon atención ahora, hija mía, ¿quién o qué viste en ese exacto momento?

Muy lentamente, como si su memoria volviese despaciosamente, dijo:

—¡Mi gato! Él está allí, ¡es mi gato!

—¡El gato! —exclamó Néstor. —Es él, ¿cómo no pensé en eso?!

—Todos nosotros sabíamos, mi hijo, pero no éramos nosotros los que teníamos que revelarles eso. Era necesario que Leonora lo recordase. Es ella quien puede derrotarlo, nadie más. Esos recuerdos la harán creer que el mal está en él. No sería eficaz si nosotros lo contásemos. Ella misma necesitaba estar segura de que su gato era el que traía la fuerza del mal y usaba su cuerpo para estar siempre cercano a ella.

—¿Qué le sucederá a Leonora ahora, cura Bartolomé?

—Hijo, nunca te olvides de mis palabras. La voluntad divina será hecha. Helen, debido a su odio, acabó con muchas vidas. Aunque haya sido impulsada por la fuerza del mal, tiene su parte de la culpa. Ella tendrá una deuda muy grande con todas esas almas. Por tanto, hijo, reza, pídale a Dios

que ilumine tu amada, pues ella todavía no se libró totalmente de este mal. Y tal como ya te dije, sólo el amor podrá vencerlo.

Bartolomé puso la mano otra vez en la frente de Leonora para que ella volviese a su estado normal. Sintiendo mucho cansancio, Leonora, incrédula, miró a Bartolomé y dijo:

—Mi ángel guardián, ¿estás aquí? ¿Pero cómo?

—Sí, hija, vine a ayudarla y quiero que te acuerdes de todo lo que sucedió.

Una vez más, puso la mano en su frente y ella todo recordó. Néstor estaba a su lado, tomándole de la mano.

—Leonora, mira quien está aquí.

Ella miró a Néstor y se puso admirada al percibir que él también podía ver a los espíritus.

—Yo también los veo, Leonora. Gracias al cura Gabriel que mucho me enseñó sobre este tema.

Bartolomé añadió:

—Además de la ayuda de Gabriel, al ver el sufrimiento de Leonora, te pusiste más sensible para entender. Tu corazón se abrió más y aceptó los hechos con más amor. El sufrimiento purifica el alma. Por ello, mientras estamos en vida tenemos que sufrir, unos más, otros menos, de acuerdo con la carga que necesitamos llevar con nosotros.

Isabel y Louiza, que nada habían dicho hasta aquel momento, se acercaron a Néstor diciéndole:

—Prepárate, hermano, pronto traeremos a una persona para hablar contigo.

Los tres hermanos espirituales se despidieron, deseando a los dos mucha fuerza para que siguiesen sus vidas, que Dios tuviese piedad y que ellos nunca perdiesen la fe. Néstor miraba al vacío, estaba pasmado con todo lo que había sucedido allí. Miró a Leonora como si quisiese tener su confirmación de que todo había sido real, no un sueño. Leonora, acostumbrada, le contestó que sí, aunque él no hubiese preguntado nada.

—Vamos a acostarnos, Leonora, estamos muy cansados. Mañana conversamos sobre todo y buscaremos a aquel gato.

—No quiero buscarlo, Néstor, tengo miedo.

—No hablemos nada ahora, ven.

La tomó en los brazos, pues sentía que no tenía fuerzas para nada más. La acomodó en la cama, le dio un suave beso en el rostro y fue a su recámara. La tempestad había acabado hacía bastante tiempo, pero el cielo seguía cargado de nubes, como si aún viniese la lluvia. Néstor cerró todas las ventanas,

incluso las de la recámara de Leonora. Había puesto las cerraduras con bastante atención, no quería que con el viento ellas se abriesen otra vez y que el gato por ellas entrase. Fue a su recámara pensando cómo haría para encontrarlo y destruirlo. No podría dejar que Leonora resolviese sola un problema tan difícil como este, aún sabiendo que solamente ella podría derrotar al gato.

Mientras tanto, Leonora, en su recámara, no paraba de pensar en lo que había descubierto. Aunque sabía que su gato estaba poseído, no conseguía sentir rabia de él y mucho menos ganas de matarlo. Pensaba en las noches que pasaron juntos, cuando lloraba en su recámara, sintiéndose sola, abandonada por todos, en los momentos en los que conversaban y que la comprendía como nadie. Sabía que en su corazón no más sentiría odio. De esta manera, no habría peligro: él solo defendía a su dueña. Buscaba excusas como si quisiese perdonarlo. Él no era culpable por todo, no merecía morir.

La mañana siguiente, Néstor se despertó muy temprano; casi no había dormido y, lo poco que había conseguido, había sido un sueño muy agitado. Estaba a punto de tomar el desayuno cuando Leonora apareció en el comedor. Su rostro estaba tranquilo, calmo, con una fisonomía serena. Llevaba puesto un vestido azul turquesa —su color preferido —y el pelo suelto. Se acercó a Néstor que, al sentir su perfume, dijo:

—Sentí tu perfume, querida. Desiste de sorprenderme.

—Buenos días, Néstor. Parece que estás cansado. ¿No dormiste bien?

—Casi no dormí, pasé toda la noche pensando cómo encontrar el gato. ¿Tienes alguna idea?

—No. Las veces en las que estuvimos juntos es porque él aparece en mi recámara. Nunca lo busqué. Siempre que necesitaba ayuda, él venía, como si supiese.

—Necesitamos descubrir dónde se esconde.

—Pero, tío, ¿realmente es necesario todo eso? ¿No estaremos exagerando?

—Leonora, ¿qué dices? No creo que ya te hayas olvidado de todo lo que pasamos ayer. Estoy seguro de que ese gato está poseído. No lo dudemos.

—Sí, tienes razón. Es que para mí es tan difícil asumir esto, siempre ha sido tan bueno para mí.

—Vamos a terminar el desayuno y salir para encontrarlo.

Y eso hicieron tío y sobrina. Caminaron por el jardín buscándolo en todas partes. Fueron al corral, pero tampoco lo encontraron. Leonora lo llamaba, pero no oía ningún maullado.

—Seguro que sabe que lo estamos buscando y, claro, no aparecerá.

—Probablemente. Si tiene pacto con el demonio, no nos dejará tocarlo tan fácilmente.

Decidieron sentarse bajo un árbol para descansar un poco. Leonora se tumbó sobre el césped y apoyó la cabeza en el regazo de Néstor, mientras él le acariciaba el pelo que estaba caído sobre sus piernas como una cascada. Podría terminar el mundo en aquel instante para los dos; la paz que sentían era como un milagro. Nunca podrían imaginar que compartirían ese momento. El silencio les proporcionaba escuchar la voz del corazón, que latía con serenidad y atestaba que sus almas, aunque por algunos minutos, estaban libres de cualquier maldición, en una especie de tregua de los dioses.

Néstor cerraba los ojos imaginando cómo sería bueno que todo eso no pasase de una pesadilla y que Helen estuviese viva a su lado. Se acordó de los momentos en los que los dos enamorados pasaban tiempo juntos en el campo, sentados bajo un árbol, dejando que pasasen las horas sin que nadie les molestase en aquel instante de amor y paz. Era exactamente ese el sentimiento que emanaba ahora con Leonora, como si el tiempo hubiese regresado. No quería abrir los ojos, tenía miedo de que todo terminase. Era todo muy bueno, no quería abrir los ojos jamás. Seguía pensando hasta que escuchó una voz que venía desde lejos.

—Néstor, mi hijo. Te extraño mucho. Abre los ojos. Estoy aquí.

Sin creer en lo que oía, abrió lentamente los ojos:

—Mamá, estás aquí.

Leonora, que estaba despierta, lo miró asustada. Ella no veía al espíritu de Elizabeth.

—Madre querida, ¿cómo está?

—Hijo, deja que hable yo. Estoy muy cansada, aún no pude descansar. Necesito que me perdones de todo el mal que provoqué, principalmente a ustedes. Pero quiero que sepas que me arrepiento de todo. Hijo mío, para que mi espíritu encuentre la paz necesito tu perdón. El tuyo y el de Leonora.

—Pero, mamá, no te entiendo. No tengo por qué perdonarle.

—Sí, tienes, mi hijo. Desgracié tu vida y la de Helen. Ahora escúchame: toma la carta del inquisidor, léela y entenderás todo. Y, si puedes, perdóname.

Sin conseguir hablar nada más, el espíritu de Elizabeth, junto al de Isabel y Louiza, se fue. Néstor se quedó inmóvil durante algunos segundos, apenas conseguía oír la voz de Leonora a lo lejos.

—Tío Néstor, habla conmigo. ¿Qué pasa?

—Leonora, acabé de hablar con tu abuela. ¿No la viste?

—No, solo te escuché llamándola, pero no vi nada.

—Ella nos pidió perdón. Dijo que solo encontrará la paz cuando la perdonemos.

—Ya la perdoné hace tiempo, desde el día de su muerte. Hermano Bartolomé me explicó todo y me hizo sentir amor por ella.

—No sé qué hizo, pero me pidió que leyese la carta del inquisidor.

—Entonces, hazlo. Lee la carta y perdónala.

Néstor se levantó y caminó solo hacia la casa. Sus pasos estaban pesados, su corazón decía que la revelación de la carta lo dejaría muy triste, pero era necesario enfrentar el problema para acabar ya con todo el sufrimiento. Se acercó al escritorio, vio un montón de cartas y empezó a buscarla. Tan pronto la encontró, se sentó en la cama y la abrió. Su corazón latía con mucha fuerza, su presagio decía que llegaba el momento de descubrir toda la verdad.

“Querida amiga Elizabeth, por medio de esta carta quiero esclarecer a ti y a mí mismo todos los sucesos fatídicos que se sucedieron desde el día en que cometimos el mayor error de nuestras vidas. Quiero que sepas que estoy partiendo de ese mundo, cargando un enorme peso en mi consciencia, pues sé y siempre supe que Helen era inocente. Todo el sufrimiento por el cual estoy pasando es poco delante de lo que hice. Sé, estimada Elizabeth, que tú sufrirás tanto o más que yo. Sabes lo que hicimos; fuimos causadores de tanto dolor que, por vanidad, orgullo y prejuicio, condenamos a la pobre niña a la muerte, forjando evidencias para que la condenasen como hechicera. Además, maté a toda su familia torturada. Que Dios me perdone. El poder me volvió ciego y, en su nombre, torturé a personas inocentes y condené a otras a la muerte.

Desde aquel día, nunca más pude olvidarme de la mirada de Helen en la plaza. Mientras su cuerpo ardía en llamas, su mirada no desviaba de nuestra dirección. Había tanto odio que solo el demonio podría haberle dado tanta fuerza para resistir al fuego. Elizabeth, quiero que sepas también que intenté ayudar a tu nieta, pues ella está poseída por el alma de Helen. Fue Helen quien estaba el día del accidente, estaba en aquella ventana y comandó la vela con el poder de su mirada. La vi justamente en ese momento. El gato es el propio demonio; es él quien comanda el alma de Helen. Busca ayuda, Elizabeth. Quizás un cura exorcista, pues solo de esa manera conseguirás evitar más desgracias en tu familia. Ella no parará,

solo cuando destruya a todos nosotros. Que Dios la perdone y a mí también, pues somos los culpables de todo.

Parto ahora de este mundo, voy al mundo maldito, reza por mí, si un días tienes oportunidad, ayuda mi alma pues ella estará en las manos del mal.”

Néstor no conseguía más leer las letras, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Como un niño, lloraba, sollozaba, y llamaba a Helen. No podía conformarse con la revelación de que su madre fue la causadora de la muerte de la mujer a quien amaba.

—¿Por qué, mi Dios? ¿Por qué mi madre? ¿Qué mal hizo Helen? Es muy difícil creer en todo esto.

Su llanto no cesaba, pedía perdón todo el tiempo a Helen como si el culpable hubiese sido él. Justo en aquel momento, Leonora entró a la recámara, es decir, era Helen. Ya estaba transformada: sus ojos grandes y profundos contemplaban a aquel hombre a quien tanto amó. Lo vio tan desesperado al descubrir la verdad que habló con una voz suave y repleta de compasión:

—Para, por favor. Ya he perdonado a Elizabeth. No te pongas así.

—No puedo, Helen. Tú eras tan solo una cría. ¿Qué hiciste a ellos para tamaña atrocidad?

—Nada, Néstor, solo te amé. Para tu madre, eso era lo suficiente. Nunca aceptaría que su hijo se casase con una campesina cualquiera.

—Me niego a creer que este haya sido el motivo para aquella barbaridad.

Ella se acercó, tocó su rostro con las manos y le hizo mirarla.

—Vengo sufriendo cada día al pensar que alguien puede separarnos otra vez. Mi odio surgía por miedo de perderte. Nunca quise matar a nadie, pero no podía aceptar la idea de que pudiesen separarnos.

—Helen, ¡cómo te quiero! ¡Cómo te amo! Vámonos de aquí para siempre. Vamos a un lugar muy lejos, olvidémonos del pasado y vivamos felices. Tenemos ese derecho, al final, nos quitaron la gran oportunidad de nuestras vidas. Huiremos de todo y de todos los fantasmas que nos persiguen.

—Amor mío, esperé tanto por ese momento.

Sus labios se juntaron en un beso apasionado, mezclado de angustia y deseo. No había nadie como testigo de aquella escena. Habían sido tantos años de espera y dolor que ellos no podían perder un solo minuto. Se amarían con toda fuerza, desespero y pasión y nada más impediría aquel momento. Aun los fantasmas no conseguirían interrumpirlos. Exhaustos de tanto amarse, el

cansancio les hizo dormir abrazados. “Unida en tus brazos para nunca más apartarnos” —pensó Leonora antes de cerrar los ojos. Si hubiese testigos, seguro estarían muertos de celos. Ni los ángeles pueden estar inmunes a tanto amor.

Ya amanecía y el día prometía una linda mañana de sol cuando el descanso de los dos se interrumpió con un ruido en el pasillo.

—¿Dónde está Néstor? ¿Aún duerme? ¿No es más como antes cuando se despertaba con las gallinas? ¡Hermanito, llegué!

Néstor, aún en estado soñoliento, no tuvo tiempo de levantarse cuando la puerta de la recámara se abrió. Sebastián se quedó clavado con lo que vio, no podía creerlo, la sobrina en la cama con el tío.

—¡No me lo puedo creer! Tú enloqueciste a mi hermano.

—Calma, Sebastián, no saques conclusiones precipitadas. Después hablamos. —dijo Néstor.

—¡Levántate de esta cama ahora mismo, Leonora! —Sebastián estaba indignado. ¿Qué será que nuestra madre estará pensando? —¿No oíste qué dije, señorita? ¡Sal ya de ahí!

Leonora miró a Néstor y aguardó que él dijera algo. Pero Néstor estaba mirando al hermano, pensando en la mejor manera de hablar para evitar una nueva tragedia.

—No voy a levantarme. Solo si Néstor me pide. Tú no me mandas.

—Niña insolente, todos tenían razón. Tú has hechizado a Néstor, él jamás lo haría en sana conciencia. Todos tenían razón, solo yo no quería verlo.

—Cállate, Sebastián. No sabes nada. —dijo Néstor.

Ya era posible ver la rabia por medio de los ojos negros de Leonora, su voz estaba más fuerte y agresiva como si el odio que sentía por toda aquella familia estuviese regresando del pasado. Sebastián, al oír la respuesta descarada de Leonora, fue hasta la cama para sacarla de allí. Néstor lo agarró por los brazos y dijo:

—No hagas eso, Sebastián. Baja y espera por mí. Hablaremos a solas después.

Contrarrestado, Sebastián salió de la recámara y se dirigió al salón para esperar a Néstor. Estaba muy indignado con aquella situación; se recordó del accidente de Rose en las escaleras y, claro, empezó a sacar conclusiones precipitadas sobre el suceso de aquella noche en la recámara de Leonora.

Leonora estaba muy agitada, su fisonomía estaba alterada, andaba de un lado a otro mientras Néstor intentaba tranquilizarla.

—No te pongas así, cariño. Hablaré con él y todo saldrá bien. Ya lo verás.

—Néstor, él quiere separarnos. No lo permitiré.

—Por favor, Leonora, no dejes que el odio te domine otra vez. Todo está bien, nadie nos separará de nuevo. Te lo prometo.

—¿Viste sus ojos? ¿Cómo él me miró? Me desprecia, como si yo fuera una cualquiera. No soporto más a la gente que me mira como si fuese superior.

—No te molestes, es que solo se sorprendió. Tenemos que admitir que es difícil que entiendan nuestro amor. No te olvides de que tienen la costumbre de vernos como padre e hija. Hablaré con él. Vístete, toma el desayuno y lee un poco. Estarás bien así.

Le dio un beso, acarició su rostro, la miró como si le pidiese calma y bajó al encuentro del hermano. Vio a Sebastián de pie, mirando hacia la puerta con los brazos cruzados, moviendo el cuerpo —totalmente impaciente.

—Ahora entiendo por qué no paraba de pensar en volver. Mi corazón me estaba avisando que algo muy equivocado pasaba aquí.

—Pues hiciste mal en volver, Sebastián. No sabes nada para juzgarnos con tanta facilidad.

—¿Qué quieres que entienda? ¿Que tu sobrina es tu amante? ¿Tu conciencia no está cargada por la muerte de Rose? ¿O me engañarás de nuevo diciendo que Rose no vio nada aquella noche?

—Si sigues hablando no podré explicarte qué pasa. Y, por favor, habla más bajo. No quiero que escuche Leonora.

—¿Tienes miedo de Leonora, hermano? ¿Crees que tiene pacto con el demonio?

Sebastián gritaba. Leonora escuchaba todo. Aunque no quisiese, no podía dejar de escuchar. Todos oían incluso los empleados. Ella bajó las escaleras y se acercó a la puerta para escuchar con más claridad. No quería que Sebastián convenciese a Néstor de que no estaba bien enamorarse de ella. Tendría que hacer algo para impedirlo.

—Desayunaremos con calma, después hablaremos en otro sitio. Créeme, hermano. Sé lo que hago y, por favor... no la temo, te temo a ti. No digas nada más ahora.

Sebastián intentó tranquilizarse al oír las palabras de Néstor. Tenía que darle al hermano un voto de confianza ya que él siempre ha sido el más responsable de todos en la casa; no era posible que hubiese perdido completamente el juicio. Desayunaron juntos en silencio. Leonora volvió a su cuarto ansiosa por la conversación de los hermanos y pensaba en una manera

de escucharla sin que ellos percibiesen. Ellos caminaron hacia el jardín y Leonora los vio por la ventana: iban al almacén. Cuando llegaron, Néstor abrió la puerta y sintió un escalofrío subir y bajar por todo el cuerpo. Llegó a asustarse.

—¿Qué hubo? —le preguntó Sebastián.

—Tuve un mal presentimiento. ¿Sentiste? Como si una corriente de aire frío hubiese pasado aquí.

Sebastián miró al hermano, sin creer.

—Creo que te estás volviendo muy supersticioso. Nunca has hablado así antes. Ahora te refieres a espíritus, a las fuerzas del mal. Has cambiado mucho.

—Cree en mí. Todo eso existe. Yo mismo he tenido una prueba: hablé con nuestra madre.

—Sebastián sonrió, y dijo con desprecio:

—Creo que todo es realmente una excusa para ti mismo. A mí no me engañas.

—Necesito que me creas, Sebastián. ¿No comprendes? Ven, te contaré los detalles. Después tendrás que admitir que tengo razón.

Mientras tanto, Leonora bajaba de la recámara y caminaba hacia el almacén. Estaba muy nerviosa, cualquier amenaza para su amor era un motivo para descontrolarse. Su miedo de perder a Néstor era tan grande, que la simple presencia de alguien de la familia ya era suficiente para creer que corría riesgos. Cruzó con algunos empleados de la casa que la miraban con pavor. Sentía que ellos no querían mirarle a los ojos. Todos sentían que algo muy terrible estaba a punto de ocurrir. La dejaron pasar y, enseguida, hicieron la señal de la cruz.

Néstor le contaba todo a Sebastián preocupándose de no olvidarse de nada. Él lo escuchaba sin interrumpir, esperando su turno para hablar.

—Y es eso que te acabo de contar, Sebastián. Leonora no tuvo la culpa de nada.

—¿Cómo no? ¿No es posible que estés tan ciego que no consigues ver cuánto es ella la culpable? ¿Ya te olvidaste de la muerte de nuestros padres, nuestras hermanas e incluso de tu mujer y tu hijo, que no llegó a nacer? Néstor estás completamente hechizado por ella, ¡es una bruja! Mamá tenía razón cuando la denunció y la prueba está ahí: ella tiene un pacto con el demonio. Mató a casi toda nuestra familia, solo estamos vivos nosotros dos. ¿No ves? ¡Nos matará también!

Sebastián no cesaba, gritaba y gesticulaba. Leonora observaba todo desde la pequeña ventana del almacén. Apenas cabían sus ojos de tan pequeña. Observaba e imaginaba todo lo que decían.

—Tienes que alejarte de ella, Néstor. Antes de que sea tarde. Los mató a todos.

—No —gritó Néstor. —No entendiste nada de lo que te dije.

—Sí, lo entendí perfectamente. Tú estás enfermo. Necesito llevarte de aquí inmediatamente. No te dejaré con ella.

—Para. No digas nada más.

Sebastián seguía gritando. El ambiente estaba muy cargado, parecía que ellos estaban luchando pues Sebastián lo sacudía por los brazos en la esperanza de despertarlo del trance. Aquel momento, un bulto de un gato saltó encima de Sebastián. Ellos intentaban agarrar el gato, pero él huía de un lado a otro, apartando la atención de los dos del fuego que empezaba a dominar todo el suelo de madera. Leonora, cuando percibió, intentó abrir la puerta pero estaba cerrada. Gritaba para que Néstor la abriese. Cuando ellos percibieron qué pasaba realmente, ya estaban en el medio de las llamas. Intentaron salir, pero no consiguieron acercarse de la puerta. Gritando desesperadamente del otro lado, Leonora resolvió pedirle socorro a alguien. Ninguno de los empleados tenía coraje para ir hasta el almacén y ver qué pasaba; todos tenían mucho miedo. Actuaban como si no escuchasen los gritos. Leonora en voz alta decía que nada podía pasarle a Néstor y le pedía ayuda al gato, que permanecía en el tejado mirándola. En aquel momento, ella pudo escuchar la voz del gato, la voz del mal:

—Todos tienen que morir, no te olvides, Helen. La familia Werck tiene que desaparecer. Esta fue tu promesa de venganza. Ahora tendrás de concluirla hasta el fin.

La carcajada venía de la profundidad del infierno. En llanto, Leonora intentaba pensar una manera para que él no los matase y se acordó de las palabras de Bartolomé: “Solo el amor puede vencer el mal”.

—No lo dejes morir, te suplico. Haré cualquier cosa, pero no lo dejes morir.

A través del pequeño vidrio de la ventana, Néstor vio a Leonora gritando por él y consiguió romper el vidrio para que el humo saliese un poco. Sebastián ya no respiraba pues estaba sofocado. Néstor intentaba salvarlo, llevándolo más cerca de la ventana.

—¡Ayúdalos! ¡No quiero que ellos mueran!

Corría de un lado a otro sin saber qué hacer, completamente desesperada. Su pánico al fuego la dejaba sin pensar y sin saber cómo actuar.

—Leonora, mi niña, solo el bien podrá vencer el mal. Solo tú tienes el poder que acabar con esto.

Era Bartolomé una vez más, Leonora lo escuchó. Pidió fuerza y ayuda. Pidió también que Dios la perdonase. Cuando miró una vez más al almacén, vio a Néstor casi desmayado y Sebastián en llamas. Su amor engrandeció, y se expandió sobre cualquier maldición o miedo. Corrió hasta la puerta y la abrió, con todas las fuerzas que tenía. Sin pensar en el fuego, miró a Néstor, que no conseguía más hablar; solo logró arrastrarse hacia Leonora. Con todo el amor que sentía por él, pidió a Dios que lo salvase y que sería capaz de morir en su lugar. En este momento, con la ayuda de los ángeles, Néstor agarró su mano y ella pudo arrastrarlo para fuera del polvorín. Súbitamente, el gato saltó sobre ella y la rayó, intentando impedir que Néstor se salvase.

El almacén estaba a punto de explotar completamente con toda la pólvora y explosivos que allí se encontraban. Leonora rápidamente agarró el gato, entró al polvorín y cerró la puerta. En un segundo, Leonora tenía el cuerpo quemado y sentía dolores alucinantes por todo el cuerpo.

—Te voy a matar, gato. Se acabó. No quiero más la venganza y tú te morirás conmigo.

—El gato luchó, intentando desprenderse de ella. Y ella lo maldecía:

—Nunca más harás daño a nadie. Si yo te resucité de las tinieblas, te mataré y volverás de donde viniste.

Cuando el fuego tomaba todo su cuerpo, Leonora clamó a Dios para que intercediese y no permitiese que llevase su alma. El destello de la explosión alumbró el lugar y Néstor, tumbado en el suelo, empezaba a recuperar los sentidos. Miró incrédulo la escena del fuego.

—¡Leonora! ¡No!

Ya era tarde, todo se acabó.

El dolor que sentía venía de lo más profundo de su alma. No soportaría una vez más perder a su amada. En llanto, su rugido despertaría incluso a los muertos. Gritaba por Helen y el jardín entero estremecía. Él seguía gritando exasperadamente: “una vez más no pude salvarla”.

—Helen, mi amor. ¡He fracasado de nuevo! ¿Cómo podré vivir sin ti nuevamente?

Nadie se acercaba a Néstor. Los empleados apagaban el fuego y rezaban por aquella alma en angustias.

Néstor se parecía a un zombi. Una semana tras el episodio, aún no reaccionaba. Los espíritus intentaban ayudarlo, pero de nada servía, él se negaba a creer en cualquier cosa que escuchase. Se quedaba en la recámara clamando a Helen.

La cuñada llegó a la mansión de los Werck pues había sido avisada de lo ocurrido. Estaba completamente en choque. En la carta que había recibido, le contaban sobre el estado despreciable en que se encontraba Néstor. No había nada más que hacer; su llegada a la mansión tenía como objetivo convencerle a Néstor a regresar a París. Era claro el abatimiento de la cuñada debido a la muerte del marido, Sebastián. Ella estaba mucho más flaca y pálida. Sin embargo, algo que traía le daba fuerzas para seguir adelante.

—¿Cómo estás, Néstor? Una vez más regreso a esta casa con mucho dolor en el corazón. Espero, cuñado, nunca más regresar.

—Seguro que no. —le contestó.

Néstor habló casi sin voz. Llamó a los empleados y, en la presencia de la cuñada, anunció que ellos estarían dispensados de los servicios de la casa. Los más antiguos recibirían una indemnización para que no necesitasen más trabajar. Le dio las gracias por el trabajo, la honestidad y la dedicación a cada uno en relación a su familia. Pasó toda la documentación para las manos de la cuñada, explicándole todo sobre la totalidad de bienes que tenía la familia.

—Néstor, no entiendo. ¿Qué haces? ¿Me das todo el dinero de la familia, incluso tu propia parte?

—Solo no te doy la escritura de esta casa pues ella terminará junto conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuñada, no tengo más razones para vivir. Cargo en mis hombros un peso muy grande. Aunque crea en Dios, siento que Él me dio un peso mucho mayor de lo que puedo soportar.

—No digas eso, Néstor. Es una blasfemia. El Señor sabe que lograrás soportar, jamás le daría esta carga si no lo supiese. Créeme, Néstor, recibirás Su ayuda. Si eso no es suficiente, tal vez la noticia que tengo para ti te ayude. Estoy embarazada, mi hijo y de Sebastián está aquí, dentro de mí.

—Me alegro y estoy seguro de que el alma de mi hermano también se alegra en saber que la familia no se acabó y que su hijo dará continuidad a nuestro nombre.

—Y tú estás vivo, cuñado.

—No, estoy muerto. No hay nada más dentro de mí. Esto que ves delante de ti es solo materia, pues mi alma se fue en el momento en que Leonora murió para salvarme. Ahora, cuñada, vete. No mires hacia atrás, sé feliz y vive en paz. Haz con que tu hijo ame el apellido y se sienta orgulloso de resucitar las cenizas de la familia Werck. Que use este nombre para auxiliar a todos que un día necesiten, que él pueda corregir los errores del pasado, para que, en espíritu, podamos tener orgullo de un día haber pertenecido a esta familia.

Enseguida, se despidieron para nunca más encontrarse en la vida. Por lo menos, era lo que Néstor imaginaba. Algunas horas más tarde, él estaba en el jardín mirando la casa en llamas. Mientras la miraba, esperando que todo desapareciese, pensó en su madre: “Madre mía, espero que esté en paz, pues yo ya le perdoné y le pido que me perdone también”.

Montó al caballo y cabalgó hacia la gruta. Después de tanto tiempo sin estar allí, percibió que la mata había crecido y había escondido la entrada de la cueva. Abrió camino para encontrar la entrada. Sentía el silencio del local invadiendo todo su ser. Se acercó al altar de piedra, se agachó y retiró las piedras que ocultaban una pequeña caja, enterrada hace muchos años. Una suave luz alumbró su rostro y, en el centro del altar, vio al espíritu del hermano Bartolomé.

—Néstor, sé que nada de lo que te diga cambiará tu decisión, pero aun así te lo diré. No hagas eso. No es así que conseguirán reunirse para siempre. Dios te dio la vida y solo Él puede quitarla. Tú crearás un karma negativo para tu alma. Espera la luz divina, ella te dirá cuando sus almas se unirán para siempre.

Al decírselo, desapareció, dejando a Néstor muy confundido. A pesar de las palabras de Bartolomé, Néstor estaba determinado a hacer lo que había planeado. No conseguía más vivir con tanto dolor y vacío en el alma. Salió de la cueva hacia el precipicio al lado del castillo.

Llegando al local, bajó del caballo y caminó lentamente hacia el borde de la montaña. Era posible ver el mar revuelto abajo, moviéndose fuertemente hacia las piedras. Miró el horizonte, abrió la caja y dejó que el viento llevase las cenizas de quien tanto había amado en la vida. Cerró los ojos, levantó los brazos como si se preparase para volar y gritó el nombre de su amada:

—Helen, espérame...

Un silencio profundo dominó el lugar, el viento sopló tan fuerte que parecía un lamento de dolor, proveniente de un alma que llora.

Y así termina, en esta vida, la trágica saga de dos almas que se amaban

profundamente y que, incluso después de su muerte, seguirán amándose, y por toda la eternidad lucharán por ese amor. La vida sigue y los personajes de este drama volverán a la vida para nuevas experiencias, aprendizajes y rescates de sus karmas personales.

Y Una Nueva Vida Empieza...

Diez años se pasaron y, en el jardín de una bella residencia en París, dos niños paseaban de la mano. Su madre observaba aquella escena y sentía mucho orgullo al ver cuánto los dos se amaban. El hermano siempre cuidaba a la hermana, aunque tuviesen la misma edad: eran gemelos. Estaban los dos cerca de la puerta de salida cuando la hermana le preguntó al hermano:

—¿Qué quiere decir Werck?

—Es nuestro apellido. Somos de una familia muy antigua y tenemos como misión preservar nuestra historia.

La niña lo miró y dijo:

—Te quiero mucho, mi hermano.

—Yo también, mi hermana.

Fin

La Maldición de Los Werck Almas Eternas

La continuidad de la saga de la familia Werck será publicada en el próximo libro de la serie:

La Maldición de Los Werck Volumen II: Almas Eternas

En este nuevo libro, los personajes principales de este drama de amor vuelven a la vida en la deslumbrante París como hermanos.

En Francia de 1539, la vida sigue vertiginosa en la esplendorosa París, tras la trágica y misteriosa muerte de los ancestrales de la familia Werck en las tierras del sur del reino. La maldición de los Werck se renueva después del nacimiento de los gemelos Bárbara y Leonardo. Almas que renacen en esta vida unidas por un gran amor.

A lo largo de esta historia, los hermanos se reencuentran con amigos e con enemistades para que puedan, a través de la convivencia, tener nuevas oportunidades de aprendizaje. Encuentros que despiertan sentimientos profundos de odio, amor, envidia, pasión, fe y resignación. Sucesos imprevisibles acarrearán una serie de investigaciones acerca de la vida de los Werck, que vuelven al tiempo de la Inquisición, de las brujas y de las hogueras y que llevan a los personajes de este drama a descubrimientos, escenas y circunstancias sorprendentes.

Increíbles e inesperados cambios suceden a lo largo de esta saga romántica intensa y seductora, en la que situaciones presentadas por los engranajes de la vida direccionan el destino de cada uno de los involucrados, trayéndoles momentos de alegría, dolor, desesperación y mucho sufrimiento y que, burilan sus espíritus hasta que los hermanos encuentren la paz y alcancen, por fin, el amor compañero, el amor amistad, el amor maternal, el amor compasión, el amor eterno...de **Almas Eternas**

La Autora

La autora nació en una familia espírita, en la ciudad de Río de Janeiro, Brasil. Desde niña, debido a su extrema sensibilidad, siempre tuvo contacto con el mundo espiritual. A lo largo de su vida, con la ayuda de sus amigos espirituales, desarrolló su mediumnidad y aprendió a usar este don para ayudar al prójimo. En 1998, inspirada por el espíritu Andorra, utilizó la psicografía y clarividencia para escribir su primera novela.

La responsabilidad del trabajo espiritual es enorme y por este motivo, *“espero seguir mereciendo el don de recibir historias que tratan sobre la vida y la muerte, intentando, de alguna forma, ayudar a los que pasan por pruebas, dándoles paciencia, comprensión y resignación. A lo largo de estos años, viví tantas experiencias con mis amigos espirituales, que les agradezco muchísimo por todo el tiempo que estamos juntos y unidos en la alegría de servirnos al bien de todos”*.

La Editorial

Piu Book es una editorial que publica libros que tocan a los corazones, inspiran vidas y abren conciencias, para que podamos sembrar un mundo mejor para nosotros.

!!!Palabras de Amor, Semillas de Luz!!!

Para conocer más sobre la editorial...

Visite nuestro sitio

www.piubook.com

Disfrute de nuestras páginas en las redes sociales

www.facebook.com/piubook

www.instagram.com/piubook

www.twitter.com/@piubook

Hable con nosotros por medio de la dirección electrónica

pb@piubook.com



[1] Fruto de la *jabuticabeira*, árbol nativo de la mata Atlántica de Brasil; también conocido como árbol brasileño de la uva. La jabuticaba es redonda y negra.